



SIGUENOS EN:



LIBROS UNIVERISTARIOS Y SOLUCIONARIOS DE
MUCHOS DE ESTOS LIBROS GRATIS EN
DESCARGA DIRECTA

VISITANOS PARA DESARGALOS GRATIS.

Ramón
Díaz Eterovic

El color de la piel



Lectulandia

El color de la piel es la novena entrega de la serie Heredia y en ella, el detective privado debe investigar la extraña desaparición de Alberto Coiro, un joven peruano que ha llegado a Chile en busca de trabajo y reside en los alrededores del barrio de Heredia. Para la pesquisa Heredia solo cuenta con los habituales consejos de su gato Simenon y la ayuda de un anciano que lo introduce en el mundo de los vagabundos y cartoneros que cada noche invaden la ciudad. En el desarrollo de su investigación, Heredia recoge antecedentes sobre redes de casinos clandestinos, salones de billar, tráfico de cocaína y oscuros personajes que arrastran un pasado cargado de culpas. En medio de su trabajo, Heredia conoce a Violeta, una atractiva peruana con la que inicia un romance cuya intensidad crece al mismo ritmo del misterio que da sentido a la historia. Junto a Heredia y sus habituales acompañantes —el policía jubilado Franklin Serón, el quiosquero Anselmo y el periodista Campbell— la novela de Díaz Eterovic entrega una notable galería de personajes. A ellos se añade la descripción de diversos ambientes de la ciudad de Santiago y un estilo que se caracteriza por su ironía y humor.

Ramón Díaz Eterovic

El color de la piel

Detective Heredia - 9

Titivillus 06.04.16

Título original: *El color de la piel*
Ramón Díaz Eterovic, 2003
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A
*Silvia Aguilera
y Paulo Slachevsky.*

A
Luis Sepúlveda.

A
Sonia, siempre.

En el comienzo de una tranquila noche de verano, el barrio vivía sin sobresaltos su rutina de construcciones viejas y calles en penumbras. Una franja azul se reflejaba sobre las lejanas cumbres de la cordillera de Los Andes, negándose a seguir al sol en su muerte cotidiana. Desde la oficina, y con algo de imaginación, podía escuchar el murmullo del río Mapocho avanzando sobre piedras y matorrales, sin entusiasmo, convertido en un hilillo barroso, anémico. Mi reloj indicaba las ocho de la noche y pese a que el anochecer convertía el paisaje en una mancha rosada, el aire cálido, ardiente a ratos, que deambulaba desde la mañana por los rincones del barrio, seguía entrando por la ventana entreabierta.

Los bares y restaurantes del barrio comenzaban a llenarse de clientes. Desde sus interiores brotaba el eco bullicioso de las conversaciones animadas por la cerveza. Preparé una taza de café, encendí un cigarrillo y luego de recuperar mi lugar junto a la ventana, pensé que había tenido un día bueno, de esos en los cuales todos los dardos parecen dar en el blanco.

Por la mañana había cobrado unos honorarios con los que saldé mis deudas con la dueña del departamento y abastecí de gasolina el estanque de mi auto. El precio del combustible subía todas las semanas, pero eso no preocupaba a mi viejo Chevy, que llevaba tres días inactivo, sediento, abandonado a su suerte de chatarra de otra época, anterior a la existencia de los cambios automáticos y a la invasión de los autos coreanos y japoneses que colapsaban las calles.

Sobre el escritorio estaba el diario que compraba cada mañana, y encima de éste, despatarrado, tapando los titulares que anunciaban alguna nueva catástrofe en el mundo, mi gato Simenon se aseaba minuciosamente, con la paciencia de un felino que no sabe de horarios ni deberes. Si existía la posibilidad de vivir otra vida, yo deseaba regresar a la tierra convertido en un gato de ojos oscuros, sin más preocupación que tenderme sobre una alfombra, al amparo de los rayos del sol, indiferente a todo, incluida la silueta de una sabrosa laucha.

—¿Te acicalas para salir a recorrer los tejados? —le pregunté, acercándome a su lado con la precaución de no interrumpir su aseo.

Su limpieza era el rito al que Simenon dedicaba buena parte del día, utilizando la parte áspera de su lengua para despojarse del polvo, los pelos muertos o los residuos de su alimentación.

—¿Tienes cita con alguna gatita ingenua? —insistí, al tiempo que lo observaba relamer sus largos bigotes.

—Las gatitas ingenuas no existen, Heredia. A tu edad ya deberías saber que a la menor provocación hasta la gata más recatada muestra sus garras.

—Cualquiera diría que has padecido muchas decepciones.

—No tantas como tú, Heredia. Solo las suficientes como para desconfiar de un lindo par de ojos.

—¿Qué sabes de mi vida, gato metiche?

—Todo.

—Entonces debes saber que deseo una cerveza helada.

—¿Qué te retiene? La flojera de abrir y cerrar la puerta.

Tomé la chaqueta que colgaba en el respaldo de mi sillón y salí del departamento sin prestar atención a la última impertinencia de Simenon. Una vez en la calle, respiré profundo y dejé que mis pasos me guiaran lentamente hasta el boliche ubicado frente a la entrada del edificio donde vivo, en la esquina de las calles Bandera y Aillavilú, el corazón de un barrio de restaurantes populares, tiendas de ropa usada, cabarés, relojerías y pequeños quioscos donde venden un sinfín de cachureos y baratijas de plástico.

Entré al bar «Touring» y me acodé sobre su barra. Sus paredes seguían revestidas de azulejos y alrededor de sus maltrechas mesas de madera se congregaba una amplia colección de hombres y mujeres que parecían alegres y despreocupados. Pedí una copa de vino y me ubiqué junto a un hombre bajo, de cabellos negros y ojos saltones. Su piel era morena y brillante. Lucía un bigote ralo, negruzco, que contrastaba con el blanco intenso de sus dientes. El hombre sonrió levemente y enseguida se llevó a los labios el copón de cerveza que tenía a su alcance. Luego, cuando lo dejó sobre el mesón, observó a su alrededor con una expresión de alivio en el rostro.

—Bonita noche —dijo, amistoso. Su voz tenía un timbre claro, que me sonó extraño en medio de las voces altisonantes que brotaban desde las distintas mesas del bar.

—Bonita —retruqué, sin muchas ganas de entablar conversación.

El hombre iba a decir algo más, pero en ese mismo instante sintió el choque violento de un hombrón que se abría paso hacia la barra a punta de empujones.

—¿Desde cuándo sirven trago a los peruanos hediondos? —preguntó el extraño, dirigiéndose al mozo que atendía la barra.

El moreno no dijo nada. Contuvo su rabia, bebió un nuevo sorbo de cerveza y miró hacia la puerta del bar, como esperando la llegada de un ángel redentor. Pero no tuvo suerte y tuvo que conformarse con observar la entrada de tres muchachos vestidos de negro que lucían vistosos tatuajes de serpientes y dragones en sus brazos.

El hombrón tomó la cerveza que le acababa de servir el mozo, y al ver el copón del peruano lo empujó con una de sus manos y quedó mirando cómo la cerveza escurría sobre la barra y descendía hacia el suelo.

—Los cholos ni siquiera tienen buenos modales —dijo.

El peruano se dispuso a encararlo. Deduje que no tenía ningún chance de ganar. Su cabeza apenas llegaba a la altura del mentón del agresor y a simple vista se notaba que carecía de experiencia en peleas con matones.

—Si no le agrada el bar, puede ir a otra parte —dije al hombrón.

—¿Quién te dio vela en el entierro? —preguntó.

—Iba pasando y me llamó la atención las lindas caras de algunos clientes.

El hombrón esbozó una sonrisa maliciosa y su rostro adquirió un tono púrpura.

—¿Quieres pelear, metiche?

—Quiero beber en paz y que reemplace la cerveza que le botó a mi amigo.

Miré al pendenciero e intuí que intentaría golpearme.

—A ti y a tu amigo peruano los puedo meter en una misma bolsa.

—Es probable, pero en tu lugar, lo pensaría dos veces antes de intentarlo.

—No necesito pensar en nada. Sé cómo tratar a los metiches.

—Haz un esfuerzo, cabrón. Tal vez yo no ande solo.

—No veo a nadie cerca.

—Tengo una buena amiga que siempre me acompaña —dije, indicando el bulto que se formaba bajo el bolsillo izquierdo de mi chaqueta—. ¿Quieres que te la presente?

El hombrón retrocedió un paso y pareció reconsiderar la situación. Dos hombres que estaban a su lado comenzaron a distanciarse y en las mesas más próximas se hizo un silencio expectante.

—Las peleas entre hombres son a mano limpia.

—Si es así, podremos pelear cuando evoluciones y pierdas tu expresión de chimpancé.

El matón apretó sus puños y por un segundo miró a su alrededor.

—Además, cuando trabajo suelo cuidar mis modales —agregué.

—¡Trabajo! ¿De qué trabajo hablas, metiche?

—El cuartel central de la policía está cerca. ¿Quieres conocerlo? Puedo acompañarte a dar un paseo por algunas mazmorras apestosas. Tengo llave para entrar cuando quiero.

Observé la reacción del hombrón y deduje que había conseguido introducir una duda razonable en su cabeza.

—Una semana en el chucho permite pensar en muchas cosas. ¿Qué dices? ¿Aún quieres pelear?

El grandulón observó a los clientes que estaban junto a la barra y movió sus hombros con desgano.

—Era una broma, amigo —murmuró—. No quiero líos con un tira.

—Nos debes una cerveza, cabrón.

Sonrió de mala gana. Enseguida sacó un billete de sus pantalones y lo dejó sobre el mesón.

—Por esta noche ya has bebido demasiado —dije mientras observaba la salida del bar.

El matón caminó hacia la puerta, cabizbajo, masticando su rabia.

Volví a mi lugar junto al mesón. En el rostro del peruano había una sonrisa que parecía agrandar sus dientes y su bigote.

—Espero que se haya calmado por un buen rato —comenté.

—Ese verraco no parecía estar en sus cabales. Gracias por la ayuda.

—Por nada. Me gusta tener espacio en la barra cuando bebo.

—Aparicio Méndez —agregó.

—Heredia —respondí estrechando su mano.

—Por favor, déjeme invitarle una chelita, señor.

—No es necesario —respondí y luego, al notar la desilusión del peruano, pregunté—: ¿De qué parte del Perú es usted, amigo?

—Nací y me crié en Lima. Vine a Santiago por una chamba y mal no me ha ido, señor. Mi sueldo no es gran cosa, pero gasto poco y así consigo enviar algún dinero a mis parientes.

—Tiene suerte, a la mayoría de sus paisanos no le va tan bien.

—Lo sé. Todas las tardes doy una vueltecita por los alrededores de la Iglesia Catedral, y cada vez encuentro a más hermanos que buscan trabajo. No está buena la cosa para nosotros.

—Tampoco para los chilenos.

—Aun así, para algunos de nosotros es el paraíso —dijo Méndez y comenzó una larga relación de pesares y desgracias que me hizo recordar el inicio de una novela de Vargas Llosa que había leído en mi época de estudiante universitario: «¿En qué momento se jodió el Perú, Zavalita?».

—Y usted, señor, ¿es policía como le dijo al matón? —preguntó Méndez al darse cuenta que no prestaba mucha atención a sus lamentaciones.

—Nunca dije que fuera policía.

—¿No? —preguntó, desconfiado.

—Detective privado. Tengo una oficina en el edificio que está frente al bar. Si alguna vez tiene problemas o solo quiere conversar, suba al ascensor y marque el piso siete. En la puerta de mi oficina hay una placa de acrílico que dice: Investigaciones Legales.

—¡Qué suerte la mía! Recibir la ayuda de un detective.

—Pude manejar la situación, pero no estoy seguro que ocurra lo mismo en otra oportunidad. El matón puede volver y dudo que logre engañarlo de nuevo con el truco de la pistola.

—¿Truco? No me diga que anda sin pistola.

—Solo porto la petaca que me regaló un amigo poeta —respondí, palpando el bulto bajo mi chaqueta—. Le recomiendo irse a su casa o cambiar de bar.

—Seguro, seguro que sí —dijo Méndez—. Me voy enseguida.

Pese a la prisa del peruano bebimos nuestras copas antes de separarnos. La nostalgia brotaba por sus poros y junto con hablar de las bellezas limeñas, dio una larga disertación acerca de las ventajas del pisco peruano sobre el chileno. Después, cuando quiso hablar de fútbol y de las últimas confrontaciones entre las selecciones de Chile y Perú, hice una seña para indicarle la calle. Méndez entendió que era el minuto de marchar hacia su casa.

El bar tenía dos puertas. Una daba a la calle Aillavilú y la otra hacia la Estación

Mapocho. Méndez escogió la segunda y lo vi alejarse con paso ligero. Pensé que mi paseo había sido breve y me dispuse a seguir la caminata. Encendí un cigarrillo. Seguía siendo una noche calurosa.

2

Hay barrios en Santiago, y el mío es uno de ellos, cuyas casas parecen abrirse en verano, permitiendo ver a través de sus ventanas a las familias que cenan o beben una triste merienda de té y pan con margarina. A veces se ven parejas de ancianos que se miran con callado hastío, mujeres que tejen, hombres de torsos desnudos que juegan al solitario. Es como mirar las entrañas de la ciudad, sin afeites ni falsos ropajes; su vida rutinaria, protagonizada por seres anónimos que día a día se levantan de madrugada para ir a trabajar y que por las noches ni siquiera tienen el ánimo de interrogarse a sí mismos para saber si son felices o tan solo un trozo de carne que resiste con la resignación de un caballo de tiro.

La Plaza de Armas ofrecía su habitual espectáculo de actores callejeros, pintores, hombres estatuas, predicadores y comerciantes de afiches y libros. A su alrededor se congregaba un sinfín de rostros sudorosos, atentos al voceo de las ofertas o a las actuaciones de los artistas. Durante un rato deambulé entre la gente y después, cansado, busqué refugio en un escaño. Mi cansancio no era producto de la caminata, sino que de algo más profundo, relacionado con el reciente enfrentamiento en el bar y la constatación de que a pesar de mis sentimientos, la vida imponía el uso de códigos violentos para sobrevivir. Debía hacer el trabajo sucio, sudar la gota gorda o atisbar en la oscuridad. Y no me quejaba, porque era el oficio que me permitía pagar mis vicios y mi pan.

Cerré los ojos esperando que el murmullo de la plaza me arrullara como una canción de cuna. La magia no se produjo y al reabrir los ojos, una vez más contemplé el espectáculo de la gente, sus gritos y risas que no se extinguirían hasta la madrugada. Estaba en eso cuando lo vi sentado en el suelo, cerca del lugar donde dos actores callejeros representaban una situación jocosa, seguida por las risotadas de una veintena de espectadores. Parecía observar a los actores, pero al acercarme, descubrí que su mirada estaba fija en un vacío de sombras y estrellas.

—Lo hacía en su cama, durmiendo —dije a modo de saludo y sentándome a su lado.

—¿Me está siguiendo? —preguntó Méndez, sorprendido.

—Parece que estamos predestinados a encontrarnos. ¿Qué pasó? ¿No tenía ganas de retornar a su casa?

El peruano me miró de reojo y luego simuló interesarse en el trabajo de los artistas callejeros.

—Me gusta venir a la plaza y observar los espectáculos.

—Intuyo que esa no es toda la verdad.

—Usted parece ver bajo el agua, Heredia. Tenía un plancito con una mujer, pero ya tengo claro que no vendrá. Un cholo pobre no es buen partido para nadie.

—¿Esperaba a una compatriota?

—A una chilena. La conocí en esta misma plaza, hace dos meses. Un par de veces la fui a buscar a su chamba, en una fábrica de tejidos ubicada en la calle Patronato. Después no lo hice más. Se avergonzaba de que la vieran conmigo.

—Si es así, no vale la pena preocuparse por ella.

Méndez miró a su alrededor, aún con la esperanza de ver aparecer a su amada.

—¿Tiene un pitillo? —preguntó.

Le pasé mi cajetilla de cigarrillos, escogió uno y lo encendió con el fuego del encendedor que acerqué a su rostro. En sus ojos noté una tristeza profunda, anterior al desengaño amoroso.

—Cuando se está fuera del terruño la tristeza es doble —dijo, y luego dio una larga calada al cigarrillo—. Uno está en corral ajeno y no pasa un día sin que haya algo o alguien que lo recuerde: malas palabras en el bus, desprecios en la tienda donde compras, más retos de los que mereces en el trabajo, las miradas de la gente.

—Siempre cabe esperar tiempos mejores.

—Eso dicen. La esperanza es el pan de los pobres.

—Lo convidó a tomar una cerveza.

—Prefiero volver a mi casa. Usted ya hizo bastante por mí. Primero me defendió y luego escuchó mis penas. No quiero abusar de su buena voluntad.

—Tengo ganas de conversar. ¿Qué me dice?

Méndez se puso de pie y sonrió mostrando sus grandes dientes blancos.

—Mis patas del Perú no me van a creer que me hice amigo de un detective privado chileno.

—En la vida hay cosas peores que eso. Caminemos hasta encontrar una fuente donde refrescar las penas.

Me despedí de Méndez al amanecer, junto a la puerta del Mercado Central. El sol comenzaba a redibujar el paisaje del barrio y en sus calles se escuchaban los primeros pasos de los obreros que marchaban hacia sus trabajos. Frente al mercado algunos peones descargaban cajones repletos de productos del mar. Se respiraba un aroma intenso en el que se mezclaba el olor de los pescados con el de las carnes, quesos, vinos y frutas. Le dije adiós y estreché su mano. Luego lo observé caminar hasta que dobló en una esquina y su imagen se convirtió en un recuerdo. Supuse que me bastaría recorrer la plaza de Armas para volver a verlo enfrascado en sus añoranzas. Durante un rato observé el trabajo de los peones, escuché sus tallas y después caminé las dos cuadras que me separaban de mi departamento.

Encontré a Simenon jugueteando con su larga cola blanca. No le dije nada ni él acusó mi presencia. Le hice un guiño y siguió mis pasos. Cuando llegamos a la cama, dio un brinco y se recostó sobre una almohada.

—Te ves cansado —creí oír a Simenon decir—. Las noches son cada vez más largas y difíciles de sobrellevar, ¿es eso?

—«Qué fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas todas de este mundo».

—¿Te parece una hora apropiada para citar a Shakespeare?

—La vieja y traicionera memoria no tiene horarios. Al menor descuido deja unas palabras o un recuerdo en los bolsillos.

—¿Qué sucede? ¿Bebiste más de la cuenta?

—Esta noche reconocí el rostro de la soledad.

—Creí que estabas acostumbrado a ella.

—Conozco mi soledad, pero no la ajena.

—Explícate.

—Otro día. Ahora solo quiero dormir. ¡Hasta más rato, Simenon!

—¡Hasta más rato, Heredia!

Escuché ronronear a Simenon hasta que mis ojos se cerraron y en el sueño vi venir una enorme ola. Estaba junto a la orilla del mar y el agua chocaba en mi pecho desnudo.

Desperté pasado el mediodía con los gritos que llegaban desde la calle. De mala gana, me puse de pie y caminé hasta la ventana. Una decena de personas se arremolinaban alrededor del quiosco de revistas y diarios que había permanecido cerrado durante los últimos meses. Me vestí de prisa y salí del departamento para ver de cerca lo que ocurría en el quiosco. La sorpresa casi me paralizó. Dentro del quiosco, algo más viejo, pero tan risueño como antaño, estaba mi amigo Anselmo, dedicado a saludar a la gente y a entregarles un diario. Vestía camisa marrón y pantalones blancos. Su cabellera lucía algunas canas y a simple vista se apreciaba que mantenía su menguado peso de *jockey*.

—Don Heredia, ¿no le alegra verme de vuelta? —preguntó en voz alta apenas me reconoció confundido entre sus clientes.

—¿De vuelta?

—En cuerpo y alma.

Mi amistad con Anselmo se remontaba a veinte años atrás. Su historia era simple. Cuando joven había sido jinete de caballos de carrera hasta que una rodada lo dejó con una severa lesión en la rodilla izquierda. Abandonó el oficio e instaló un quiosco de diarios, revistas y golosinas. Después —y de eso no habían pasado más de tres años— se enamoró de Madame Zara, una adivina con la cual se fue a vivir a Viña del Mar. Desde esa ciudad me escribía cartas en las que iba dando cuenta del deterioro de su romance. Anselmo sabía de caballos y apuestas. Nos habíamos conocido en una sucursal del Hipódromo Chile y su talento con las apuestas me había sacado de apuros en más de una ocasión. Era el típico busquilla que se gana la vida como puede y se las ingenia para pasarlo lo mejor posible. Su optimismo era capaz de trizar mis aprensiones más negras, y cuando yo no veía otra cosa que oscuridad al final de un túnel, él encontraba un par de palabras para subir mi ánimo por sobre las nubes.

—Usted y yo no nacimos para vivir mucho tiempo al lado de una misma mujer —agregó, al tiempo que entregaba un diario al último de sus clientes—. Necesitamos la atracción de lo nuevo, la magia de una piel desconocida, todo el azar de la vida a nuestra disposición.

—¿Qué quieres decir con esa sarta de frases?

—Hoy se reinaugura el quiosco Don Anselmo. Por eso estoy regalando diarios. Sin promoción los negocios no funcionan. ¿Qué le parece, don?

—¿Y Madame Zara?

—Quedó en Viña del Mar. No tuve que darle explicaciones. Adivinó todo antes que yo se lo dijera.

—No pareces muy triste.

—Extrañaba el barrio y a mi gente. Y en cuanto a Madame Zara, fue bueno mientras tuvo el encanto de lo novedoso. Después la pista se puso pesada.

—¡Diablos! No sé qué decir, Anselmo.

—Nada, no diga nada, don. Solo deme un abrazo —agregó Anselmo, saliendo del quiosco.

Lo acogí entre mis brazos, y su cuerpo me pareció más menudo y frágil que antes. Anselmo dio un paso atrás y palmoteo mi estómago con entusiasmo.

—Le hace falta ejercicio, jefe. La panza le ha crecido un centímetro desde la última vez que nos abrazamos.

—Tan mal no estoy. Algunas mujeres aún me miran con interés.

—Es sabido que a nadie le falta Dios. ¿Y cómo está su trabajo, don?

—No me puedo quejar.

—¿Y Simenon?

—Igual que siempre, gordo y regañón.

—¿Se acordará de mí?

—Con pelos y señales. Es un gato con memoria de elefante.

—¡Estoy tan contento de haber recuperado mi quiosco! ¿Se anima a una copa para celebrar el regreso?

—¿Solo una?

—Sigue siendo el mismo de siempre.

—No hay ningún motivo para cambiar.

—¿Tiene a alguien que le haga cosquillas por las noches?

—Palomas que se posan en mi balcón y enseguida vuelan.

—Eso quiere decir que está solo.

—Con Simenon, mis libros, la música de Mahler, mis tangos y los trastos de la oficina. A veces es mucho y a veces nada. Solo espero que cada mañana aparezca un nuevo cliente en la oficina y que algunas monedas, aunque sean pocas, caigan dentro de mi alcancía. Como diría Sancho Panza, aún no me canso de «andar de ceca en meca y de zoca en colodra».

4

—Es bueno volver a los lugares que se aman —dijo Anselmo.

Nos encontrábamos en el restaurante «Central» de la calle San Pablo; uno de los pocos lugares que se mantienen inalterables, a pesar de los años y de la incesante transformación del barrio que, de la noche a la mañana, convierte un restaurante en sucursal bancaria o tienda de ropa usada. El «Central» tenía una veintena de mesas cubiertas con manteles de hule floreado, espejos que duplicaban los rostros enrojecidos de los clientes y un mesón grande que siempre lucía brillante. Ese día su oferta de comida no era muy variada. Un mozo nos dijo que solo se podía pedir congrio frito o un lomo a lo pobre. Opté por lo primero y Anselmo, más por llevar la contra que por apetito, pidió el segundo plato y luego de un rato quedó atónito cuando el mozo le trajo una generosa ración de papas y cebollas fritas, un gran trozo de carne y dos huevos.

—Tenía tantas ganas de recuperar mi libertad y volver a Santiago —agregó, alzando su copa de vino—. No podía seguir viviendo con esa mujer. Adivinaba mis pensamientos y quería tenerme siempre a su lado, en calidad de perro faldero. Al principio lo pasamos bien, pero al cabo de un año comencé a sentir que me faltaba aire. No le deseo vivir nunca una cosa así, don.

—Si buscas consuelo, puedo recomendarte una psicóloga. Cobra barato, tiene paciencia y suele mantenerse despierta durante las sesiones.

—Lo cabrón no se le quita, don. Le cuento mis penas y se burla.

—Intento que tomes distancia de tus quejas. Cuanto menos pienses en la adivina, mejor lo vas a pasar.

—Puede que tenga razón, don.

—¿Cómo siguen tus contactos en la hípica? ¿Obtienes buenos datos?

—Para las carreras de hoy tengo un par de caballos que prometen pagar buenos dividendos.

—Podemos asociarnos en las apuestas.

—Como en los viejos tiempos, don.

Terminamos el almuerzo y nos encaminamos hacia la sucursal hípica del barrio. El lugar parecía un avispero, lleno de tipos ansiosos de besar las tetas generosas de doña Fortuna. Jugamos a los caballos indicados por Anselmo y nos fue mal. Insistimos con otros matungos y tampoco la suerte se arrimó a nuestro lado. Después salimos de la sucursal y caminamos por el barrio, comentando los cambios ocurridos en los tres últimos años. Había más tiendas de ropa usada, más cafés atendidos por jovencitas semidesnudas, más tiendas chinas y centrales telefónicas en las que algunos peruanos esperaban su turno para llamar a su país.

—Hay una parte del barrio a la que llaman «La pequeña Lima» —dije—. Los peruanos viajan a Chile pensando que llegarán al paraíso, y no es así. Sobran los comensales y no hay nadie que multiplique los pescados.

—Supongo que el barrio sigue peligroso.

—Nunca me ha parecido peligroso. La gente me conoce y sabe que soy un mirón inofensivo. He aprendido a tomar las cosas con calma; a detenerme en las esquinas mientras a mi lado la gente pasa frenética. A veces me pregunto si saben lo que desean. ¿Más dinero? ¿Más poder? Hoy en día hay dos clases de gente: la que el sistema agarra a patadas y no tiene dónde caerse muerta, y la que el sistema agarró de los cojones y la tiene loca, metida en el juego de trabajar y consumir, enferma de los nervios, neurótica, a punto de reventar, como globos a los que han inflado con más gas del recomendado. ¿Y para qué? ¿Qué ganan con eso? Todos se van de la vida callados y metidos en un cajón estrecho.

—¡Carajo, don! No ha perdido la costumbre de hablar en difícil.

—Haz trabajar los sesos que tienes dentro de la cabeza, total a la pobre ya no le quedan muchos cabellos que soportar —respondí admirando la amplia calva de mi amigo.

—Me van a dar ganas de regresar al lado de Madame Zara.

—No exageres, Anselmo. Todavía existen los atardeceres de Santiago, el Parque Forestal con sus parejas de enamorados, las frutas en la Vega Central, las plazas pequeñas, uno que otro barcito tranquilo donde beber una copa de vino.

—Creo que es hora de ir a trabajar en mi quiosco. Además, tengo que trasladar mis maletas a mi alojamiento.

—¿Dónde piensas vivir?

—En su departamento, don. ¿Dónde más?

—¿Mi departamento?

—¿No se lo había dicho? Por un tiempito, nada más, hasta que encuentre algo propio. Total, si mal no recuerdo, a usted le sobra espacio.

5

Por algún extraño capricho del arquitecto a cargo del diseño de mi departamento, éste tiene dos baños y cada uno de ellos cuenta con su respectiva tina enlozada, amplia y con enormes patas de fierro que le daban un inconfundible aspecto de antigualla de museo. Uno de los baños lo tenía reservado para mi uso y el otro estaba convertido en un depósito de diarios y botellas que Anselmo botó al incinerador hasta dejar el lugar en un sitio habitable. Lavó las paredes e instaló un pequeño colchón en el interior de la tina de baño. De la regadera de la ducha colgó una lámpara y a un costado de la tina colocó un velador de madera adquirido en una tienda de remates. Dormía dentro de la tina y de acuerdo a los ronquidos que oía desde mi dormitorio, el estrambótico lecho no era obstáculo para que su sueño transcurriera plácido y sin pausa.

Anselmo despertaba al alba para recibir los diarios y revistas que vendía. Luego, y hasta el anochecer, permanecía en su quiosco, afanado en su trabajo y en el estudio de los programas hípicos.

Al peruano Méndez lo volví a ver dos semanas después de mi reencuentro con Anselmo. Llegó una mañana, poco antes del mediodía, acompañado de otro hombre, tan moreno y bajo como él. Golpeó a la puerta y cuando lo hice pasar a la oficina ocupó varios segundos en observar el aspecto de la habitación.

—Buenas mañanas tenga usted, señor Heredia. ¿Me recuerda?

—Espero que no haya vuelto a tener problemas en el bar.

El peruano escuchó mi respuesta y sonrió, complacido.

—Te dije que el detective se acordaría de mí —agregó, dirigiéndose a su acompañante.

—¿Qué lo trae a mi oficina? —le pregunté.

—Se trata de mi amigo Roberto —respondió Méndez, indicando al otro hombre—. Tiene un problema y pensé que usted podría ayudarlo.

—Roberto Coiro, para servirlo —dijo el amigo de Méndez—. Aparicio me aconsejó venir a conversar con usted.

La voz del hombre sonó temblorosa. Ofrecí asiento a mis visitas y luego me senté

en mi sillón. Simenon dormitaba sobre el escritorio, ajeno a la presencia de los extraños.

—Ustedes dirán en qué puedo ser útil —dije.

—Méndez dice que usted busca gente perdida —agregó Coiro.

—Tengo alguna experiencia en eso.

—Quiero encontrar a mi hermano Alberto.

—¿Qué pasa con él?

—Hace dos semanas que no aparece en la pensión ni va a su chamba —dijo Méndez, anticipándose a la respuesta de su amigo.

—Como si se lo hubiera tragado la tierra —comentó Coiro.

—¿A qué se dedica su hermano?

—Trabaja de vendedor en una tienda. Vive conmigo en una pieza que arrendamos a medias. Alberto es mi hermano menor.

—Tal vez encontró trabajo fuera de Santiago.

—Habría avisado...

—Tal vez decidió retornar al Perú.

—No, señor. Usted no me entiende. A mi hermano le debió pasar algo malo —agregó Coiro.

—¿Por qué lo dice con tanta seguridad?

—Últimamente andaba algo raro, preocupado. Le pregunté si tenía problemas en el trabajo y me dijo que no. Le creí a medias, pero tampoco quise profundizar en el asunto.

—¿Ha preguntado por él en los hospitales o a la policía?

—Roberto no tiene tiempo para eso —intervino Méndez—. Trabaja de sol a sol y apenas le dan permiso para ir a hacer sus necesidades.

—¿Su hermano tiene amigos extraños? ¿Vicios? ¿Padece alguna enfermedad?

—No señor, nada de eso. Es un muchacho tranquilo. A lo más gasta unos pesos en cervezas o en ir a una discoteque. Él se adaptó mejor que yo a Santiago y su gente. Se hizo de amigos y no se queda los fines de semana mirando el techo de la pieza, lloriqueando por lo que dejó en Lima. Debe ser cosa de la edad. Alberto está por cumplir veinticinco años y yo llegué a los cuarenta. No se extrañe por la diferencia de edad. Solo somos hermanos de padre.

—¿Puede ayudar a mi amigo? —preguntó Méndez.

—No veo motivos para sospechar que pudo ocurrir algo malo a su hermano. Pero para que estén más tranquilos puedo hacer algunas preguntas.

—¿Preguntas?

—Básicamente en eso consiste mi oficio. Hacer preguntas y meter la nariz donde no me invitan.

—¿Cuánto tendría que pagar por sus servicios? —preguntó Coiro.

—Déjeme hacer dos o tres preguntas y después hablamos de honorarios. Creo que encontrar a su hermano será algo simple. Tengo experiencia en la búsqueda de

personas extraviadas.

—Dios lo escuche, señor.

—No espere mucho de Dios, amigo. Está viejo y sordo. No escucha las plegarias de los hombres.

—No diga eso —dijo Méndez—. Dios lo puede castigar.

—Descuide, Méndez. Hace tiempo que dejé de preocuparme por él.

Los peruanos se miraron entre sí, desconfiados.

—Un profesor que tuve en el orfanato decía que la vida transcurre más fácil si uno no discute de religión, política ni fútbol —dije, y luego para cerrar el paso a cualquier alegato, pregunté—: ¿Dónde trabaja su hermano?

—En «La Poderosa» una tienda del barrio Franklin.

—¿Trae alguna foto que sirva para reconocerlo?

—No, no se me ocurrió. Además, las únicas fotos que tengo de él son de cuando era niño.

—¿Su hermano tiene alguna característica especial que lo identifique?

—¿A qué se refiere?

—Cicatrices, un apodo, un defecto físico. Cualquier cosa que lo pueda poner en evidencia.

—Nada. No se parece mucho a mí. Es joven, delgado y apuesto —dijo Coiro.

—¿Conoce a sus amigos?

—Lo he visto con dos o tres, pero no recuerdo sus nombres ni sé dónde ubicarlos.

—¿Alguna amiga en particular?

—No lo sé.

—Y usted, ¿dónde trabaja?

—En «El Solar del Inca», un restaurante de comida peruana que está en la calle Merced. Cocino y a veces también me toca atender las mesas.

Anoté en un papel el nombre de Alberto Coiro y el de la tienda donde trabajaba.

—Lo pasaré a ver a su trabajo en cuanto tenga alguna novedad —dije.

—Mi hermano es lo que más quiero en la vida, señor Heredia. Desde que yo tenía dieciocho años y él tres, me he preocupado de su bienestar. Su madre murió en esa época y me hice cargo de él. Lo alimentaba, lo vestía, salíamos a pasear juntos. Le enseñé a leer y con el sueldo de mi primer trabajo compré los primeros zapatos nuevos que él usó. También lo convencí de venir a trabajar a Chile. Le aseguré que le iría bien y que pronto, en seis o siete meses, regresaríamos a Lima. Solo que me equivoqué en el plazo. Llevamos dos años en Santiago y lo poco que ganamos se nos escurre entre los dedos.

Coiro dejó de hablar y miró a Méndez sin saber qué más decir.

Me despedí de los peruanos y los vi salir de la oficina, aparentemente sin mucha confianza en el resultado de mi trabajo.

—Nadie puede tener fe en los servicios de alguien que no cobra —creí oír decir a Simenon, al tiempo que estiraba sus extremidades para desprenderse del ocio que lo

aletargaba—. ¿Confiarías en un médico que no demanda sus honorarios o en un abogado que no pide adelantos para tramitar un par de mugrosos papeles?

—Se supone que estabas durmiendo. Nadie ha pedido tu opinión.

—Solo estaba con los ojos cerrados, escuchando tu parloteo con los peruanos. Debiste pedir un adelanto de honorarios. Tu corazón de abuelita nos llevará a comer mendrugos.

—Haré un par de preguntas, nada más. A simple vista se aprecia que los peruanos no la pasan muy bien. Apenas ganan lo suficiente para sobrevivir y enviar algunos pesos al terruño. ¿Desde cuándo te preocupan las finanzas?

—Desde que adquirí el vicio de comer todos los días.

—¿Qué te parece el asunto?

—No me quita el sueño, Heredia. Dos o tres preguntas en hospitales públicos, algunas llamadas al Servicio Médico Legal, una visita a la tienda del muchacho. Con eso, y salvo que estés pensando en algo más complicado, tienes para empezar el trabajo.

Guardé en mi chaqueta el papel donde había anotado el nombre del peruano y salí de la oficina. Mientras el ascensor descendía recordé los versos de un poema personal que jamás tendría la desfachatez de traspasar a un libro. «Envejezco, lleno de cigarrillos; mis pulmones, mis piernas sufren al subir las escaleras del Metro; al final del día, rendido de copas y malos pasos, duermo para espantar la soledad. Y por la mañana, con el sol en las entrañas, lavo mi rostro con agua helada y me visto con toda la esperanza que poseo». Maldita memoria y malditos versos, dije mientras concentraba mis energías en salir del ascensor.

Caminé por el barrio escudriñando en los escaparates de las tiendas y apreciando el aroma de las frutas exhibidas en los puestos ubicados frente al Mercado Central. Enseguida avancé hacia la Plaza de Armas con la intención de encontrar un sitio donde entibiar mis pensamientos con un café. El único lugar abierto era un tugurio de aspecto tenebroso, frente a la Iglesia Catedral. Empujé la puerta de batientes y quedé frente al espectáculo de una sala pequeña, en cuyo interior una decena de hombres sudorosos seguía los movimientos de las dos muchachas encargadas de servir los cafés. Eran morenas, una más gruesa que la otra, y ambas estaban vestidas con una suerte de uniforme compuesto por un sostén y una falda diminuta, de tela negra y transparente, que permitía observar sus pezones y las manchas negras de sus pubis. Ninguna de las dos era muy agraciada ni tampoco lo eran los clientes de aspecto patibulario que les prodigaban sus miradas de perros cachondos. Pedí un café expreso y por algunos minutos examiné a mis acompañantes que, a duras penas, se atrevían a mirar de frente a las mujeres y bebían con la ansiedad de un gusano en medio del desierto. Dejé el café a medio consumir, encendí un cigarrillo y salí del lugar anhelando respirar una bocanada de aire puro. Busqué un teléfono y por un instante dudé entre llamar al comisario Bernales o al inspector Cardoza. Finalmente, recordé que Bernales había intentado perjudicarme en el transcurso de una investigación y decidí llamar a Cardoza, al que en el pasado había ayudado a resolver un asesinato. No éramos amigos, pero de vez en cuando, y si uno u otro lo requería, compartíamos información respecto de nuestros trabajos. Generalmente a él le interesaban las copuchas tejidas en el ambiente de mi barrio o alguna referencia que le permitiera dar con el paradero de un delincuente. Por mi parte, recurría a su ayuda cuando se trataba de conseguir información que para él, amparado en su placa de policía, era fácil obtener haciendo un par de llamadas telefónicas o consultando sus archivos.

Le expliqué el asunto que me proponía investigar y le pedí que averiguara si Alberto Coiro estaba en el Servicio Médico Legal o en alguno de los hospitales de la ciudad. Al principio se mostró reacio a cooperar, hizo preguntas sobre el peruano y finalmente, cuando se convenció de que mi interés no iba más allá de una inquietud familiar, quedó en hacer las averiguaciones. Acordamos que me llamaría a la oficina tan pronto tuviera una respuesta y luego hablamos de una hipotética reunión para cultivar la amistad, cosa que ambos sabíamos no pasaba de ser una simple expresión de buenos deseos.

Estimé que a lo menos pasaría un día antes que Cardoza devolviera mi llamada, y para no dilatar más las averiguaciones que prometí realizar a Coiro, saqué mi auto de su estacionamiento y conduje hacia el barrio Franklin, sin acordarme de que era sábado y que por lo tanto el barrio estaba invadido por la gente que iba a recorrer los puestos de ventas del Mercado Persa y sus alrededores. Dejé el auto a un costado de la plaza Hermanos Matte y me encaminé hacia la tienda «La Poderosa», sorteando a

los vendedores que ofrecían los más disímiles artículos. La tienda estaba en el primer piso de un añoso caserón de madera. En la fachada tenía un letrero de acrílico y en su interior divisé un sinfín de estanterías sobre las cuales se amontonaban prendas de vestir, vasos y platos de loza, ollas de aluminio, recipientes de plástico, jaulas para pájaros, bolsas de alimentos para perros y gatos, cuadros de dudoso gusto y algunas artesanías de arcilla o yeso. Me abrí paso entre los clientes hasta llegar junto a un amplio mesón de madera, tras el cual se encontraba un hombre de aspecto cansado. Lo saludé, y él se limitó a mirarme de pie a cabeza.

—¿Usted es el dueño de la tienda? —pregunté.

—Depende —respondió de mala gana, mordisqueando el fósforo que tenía entre sus labios.

—¿Es el dueño o no?

—Si viene a cobrar alguna cuenta, no lo soy. Si quiere hacer un pedido de artículos, está frente a la persona indicada.

—Busco a un empleado de la tienda. Alberto Coiro.

—No estoy seguro de que aún sea empleado de esta tienda.

—¿A qué se refiere?

—Hace varios días que no viene a trabajar. Tal vez encontró otra ocupación o se fue de farra. Con esa gente no se puede contar. Llegan llorosos, implorando un trabajo, y cuando se les da confianza, rapidito comienzan a portarse mal. ¿Para qué lo busca?

—Soy su amigo.

El tendero me miró de reojo, dudando de la veracidad de mi respuesta. Luego tomó el fósforo con dos dedos y se puso a escarbar los dientes.

—¿Le debe dinero?

—Solo quiero verlo.

—Entonces va a tener que volver otro día o buscarlo en su casa.

—¿Cree que pueda estar metido en algo raro. Malas juntas, robos o algo que se le parezca?

—Lo dudo. El peruano es algo flojo para trabajar, pero es un buen muchacho. Su único pecado, por llamarlo de algún modo, son las mujeres. Tuve que prohibirle las visitas, porque no pasaba un día sin que apareciera alguna hembra interesada en él. Jovencitas y no tanto, todas parecían estar dispuestas a dar la vida por sus besos. Es un tipo simpático, lo reconozco.

—Tal vez se fue con una de esas mujeres.

—No me extrañaría. Puede obtener más dinero entre unas sábanas que atendiendo en este negocio —dijo el hombre, al tiempo que abarcaba con su mirada todo el ambiente de su negocio—. Si quiere averiguar algo más, le aconsejo que vaya al restaurante «El Tonel».

—¿Dónde queda ese lugar?

—Camine hasta la esquina, en dirección a la cordillera, doble a la derecha y

recorra otra cuadra. Va a ver un letrero con el nombre del lugar.

Salí de la tienda y luego de dar unos pasos me detuve. El atardecer comenzaba a caer sobre Santiago. Respiré hondo y por unos segundos soñé con deslizarme en trineo por una ladera nevada. Pero solo fue un sueño pasajero y tan frágil como el vuelo de las palomas que buscan alimento sobre las veredas.

«El Tonel» era un chinchel donde se expendía cerveza, vino y dos o tres platos de comidas que eran anunciados en una pizarra ubicada al costado derecho de la entrada. En su interior tenía una docena de mesas con cubiertas de acrílico y un mesón tras el cual una mujer de aspecto grueso y avejentado vigilaba los movimientos de sus clientes. Me acerqué a su lado y luego de pedir una cerveza, pregunté por el peruano.

—Hace días que no aparece por este lugar y más le vale que no lo haga más —dijo la mujer, esbozando una sonrisa—. No se puede picotear varias flores al mismo tiempo.

—¿Anda metido en líos con dos mujeres?

—Dos, tres, cuatro. La cantidad es lo de menos. El problema es cuando todas aparecen en el mismo sitio y a la misma hora. Si usted es su amigo, dígame que no se aparezca por aquí en varias semanas.

—No soy su amigo.

—¿Es el marido de algunas de las mujeres? Le advierto que no quiero peleas. Mi restaurante es modesto, pero tranquilo.

—¿Tengo facha de marido engañado?

—La verdad es que podría ser el padre de alguna de las muchachas seducidas por el peruano.

—Me faltan algunos años para llegar al medio siglo y le aseguro que aún quedan mujeres que me tienen cariño.

—Si no es amigo del peruano ni esposo de alguna de sus mujeres, ¿qué?

—Quiero encontrar a Coiro. Hace varios días que no vuelve a su casa.

—¿Y por qué tanto interés por un peruano? —preguntó la mujer—. Santiago está llena de peruanos. Uno más, uno menos, a quién le puede importar.

—Eso es asunto mío.

—A usted le pagan por encontrarlo. ¿Me equivoco?

—¿Sabe dónde puede estar?

La mujer tomó una cajetilla de cigarrillos que estaba sobre el mesón y luego de encender uno, me arrojó el humo a los ojos y quedó a la espera de mi reacción.

—Tiene suerte de ser mujer y que yo sea un caballero —dije, intentando mantener la calma—. Por mucho menos he arruinado la nariz de algunos tipos.

—No me gustan los mentirosos. ¿Para qué quiere encontrar al peruano?

Decidí confiar en la mujer y, brevemente, le conté acerca de la desaparición del muchacho y del interés que tenía su hermano en ubicarlo. También le dije que era detective privado.

—Sabía que usted era policía —dijo al término de mi relato.

—No soy policía. Soy detective privado.

—¿Cuál es la diferencia?

—No tengo licencia para aporrear ciudadanos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si yo fuera policía, ya habría agarrado a patadas su boliche o conseguido que un inspector del Servicio de Impuestos Internos le pasara una multa por evasión de tributos. ¿Me entiende o tengo que hacerle un dibujito?

—Solo quería saber con quién estoy tratando. En cuanto al muchacho, todo lo que sé es que trabaja en una tienda del barrio —dijo la mujer.

—Ya estuve ahí y no conseguí nada. ¿Alguna otra idea?

—¿Por qué no lo espera en el bar? Puede aparecer en cualquier momento. O vuelva mañana, por la tarde. Es la hora en que suele juntarse con sus amigas.

—Tal vez no sea mala idea.

—¿Quiere otra cerveza? —preguntó la mujer.

—No —dije observando la cerveza de la que solo había probado un sorbo—. ¿No tiene otro tipo de licor más contundente?

—¿Una copa de pisco?

—Solo una, para acortar la espera, y nada más.

La mujer tomó una botella que tenía guardada bajo el mesón y llenó una pequeña copa.

—¿Cómo se llama? —preguntó, luego de verme probar el licor.

—Heredia.

—¿Desde cuándo se dedica a detective?

—Es una larga historia, ¿de verdad quiere saberla?

—A esta hora casi no llegan clientes y con los que vienen, no hay mucho de qué hablar.

7

A la mujer le conté un par de cosas y enseguida puse sobre el mesón un papel donde anoté el teléfono de mi oficina. Ella perdió interés en mis anécdotas y optó por conversar con un anciano de mirada triste que estaba acodado en uno de los extremos de la barra. Dejé pasar los minutos y las horas. Observé a los clientes y ninguno llamó mi atención. Más tarde, cuando la mujer estaba por cerrar su negocio, retornó a mi lado y dijo algo sobre la mala suerte y la pérdida del tiempo. Prometí volver al

boliche y ella miró con desconsuelo la única copa de pisco que había pedido durante la espera.

A la salida del restaurante divisé a dos mujeres pendientes de los autos que pasaban por la calle. No eran jóvenes, pero sus pequeñas faldas y poleras apretadas las hacían lucir atractivas. Una de ellas se acercó a mí y ofreció compartir sus encantos por algunos minutos. Le dije que iba apurado y ella, sin ganas de insistir en la oferta, se limitó a pedirme un cigarrillo. Le ofrecí mi cajetilla de cigarrillos y luego, mientras ella daba lumbre al tabaco, le pregunté por Coiro.

—Por el barrio andan muchos peruanos —dijo evasiva.

—Busco a un tipo joven y buen mozo.

—De noche todos los gatos son pardos —agregó la mujer y retrocedió unos pasos hasta quedar de nuevo junto a su compañera.

Insistir carecía de sentido. Saludé a las mujeres con un guiño cómplice y apuré mis pasos en dirección a la tranquilidad de mi departamento.

Sin embargo, la noche me reservaba algunas sorpresas. Lo supe al llegar a la calle Aillavilú y ver el quiosco de Anselmo. Seguía iluminado y en su interior mi amigo ordenaba un sinfín de revistas, diarios y libros. El quiosquero parecía el mismo de antes, pero en su rostro lucía más arrugas. No había nada peor para sentir el paso del tiempo que reencontrarse con un amigo después de varios años. Por un instante tuve la idea de pasar de largo, pero enseguida desistí y me aproximé al quiosco.

—Al fin aparece, don. Me tenía preocupado. Subí al departamento un par de veces y solo encontré a Simenon. ¿Qué se había hecho?

—Trabajo, trabajo y más trabajo.

—No se le nota fatigado, don.

—No te engañes, Anselmo. El cansancio va por dentro.

—Ni me lo diga, jefe. Entre recontactar a los distribuidores y ordenar la mercadería he vivido un día de perros. Mis huesos han perdido fuerza.

—Aún puedes cambiar de opinión y volver al regazo de tu esposa.

—Mi exesposa. Digamos las cosas por su nombre. Y en cuanto a volver donde ella, ni amarrado, don. Prefiero ser un quiltro hambriento y no un perro de raza encadenado.

—Ya estás hablando como el Anselmo de los viejos tiempos.

—Me alegro que piense eso. ¿Qué tal una copita para terminar el día?

—Basta de copas por hoy, amigo.

—¿Está enfermo, don? —preguntó Anselmo, bajando la cortina metálica que protegía su quiosco.

—Nada, no tengo nada malo. Algo me dice que en los próximos días es preferible andar sobrio.

—Esta noche va a tener que explicar muchas cosas.

Salvo la natural inquietud frente a un misterio, no había mucho que explicar a Anselmo. La desaparición del peruano, a la luz de los pocos antecedentes reunidos, parecía destinada a terminar en la habitación de algún hotel galante o en un balneario costero donde probablemente se encontraba acompañado de alguna mujer cautivada por sus atractivos.

—¿No tiene ganas de hablar, don? —preguntó Anselmo, recurriendo una vez más al trato jerárquico empleado desde nuestro primer encuentro, cuando lo liberé de los apremios de unos mañosos del ambiente hípico.

—Me llamo Heredia, a secas. Te lo he dicho muchas veces. El don está de sobra.

—Es por cariño, don. Los buenos amigos no abundan, así que uno cuida los pocos que tiene como a hueso de santo. ¿Por qué está tan callado, don?

—Pensaba en Alberto Coiro.

—No le dé tantas vueltas al asunto. Mañana o pasado aparece y se acabó el caso. Cuando joven yo también desaparecía de la casa; sobre todo cuando comencé a montar en el Hipódromo Chile y llegó dinero a mis bolsillos. Mi madre y mi primera esposa se preocupaban. Salían a recorrer los bares próximos al hipódromo, y nada. El angelito había agarrado alas. Seguro que usted hacía lo mismo.

—Desde que dejé el orfanato, nadie se ha preocupado mayormente por el destino de mis pasos.

—Exagera, Heredia. Ha tenido mujeres que le han amado y amigos que aún se preocupan de usted. Además, tiene a Simenon que le mueva la cola. Usted está cansado, don. Vamos a dormir. Para recuperar el buen ánimo no hay nada mejor que un buen sueño.

Seguí el consejo de Anselmo y nos encaminamos al departamento. Al llegar, mi amigo partió de inmediato a ocupar su lugar dentro de la bañera que le servía de cama. Desde la oficina lo escuché silbar un bolero y luego la melodía dejó paso a sus ronquidos. Simenon se acomodó sobre mis piernas y lo atraje a mi lado con una caricia.

—«Estás solo. Nadie lo sabe. Calla y finge, mas finge sin fingir» —dije a Simenon, recordando los versos de Fernando Pessoa.

—¿Qué pasa?

—Hoy, sin motivo, pensé que ya debo haber vivido los dos primeros tercios de mi vida y que me queda un tercio más por vivir. Probablemente el más difícil, el del cansancio y las despedidas. No tengo las certezas de otras épocas ni el consuelo del futuro. Solo queda la repetición de algunos gestos conocidos y las burlas de un cuerpo cansado. Los golpes duelen el doble, las resacas me desprenden la piel y no consigo revivir los sentimientos de antaño.

Cerré los ojos y escuché la respiración de Simenon. Después puse atención en el murmullo de la calle y sin oponer resistencia dejé que mi conciencia se fuera

apagando.

9

Llevaba dos horas despierto y el día se anticipaba eterno, como hacer el amor con la mujer equivocada. Simenon dormía a mi lado sin preocuparse del tedio que me impedía pensar en algo cuerdo. Una sensación de agobio me inmovilizaba sobre la cama. Ni siquiera tenía ánimo para caminar hasta la cocina y preparar una taza de café o beber un vaso de agua. Había oído a Anselmo salir del departamento con la prisa de un impala asediado por el león más hambriento de la selva. Tomé una novela de Leo Malet y traté de leer, pero fue igual que subir una cuesta empedrada: las letras diminutas se juntaban en una sola línea sin sentido. Arrojé el libro a un costado de la cama y sin dar más aliento al desgano, me puse de pie y fui a colocarme bajo la ducha. El agua helada me sacó la modorra. Minutos más tarde, cerré la llave y comencé a secar lentamente cada centímetro de mi maltrecha piel.

—Odio los días calurosos y los ungüentos para la piel. Nada se iguala a una tarde de otoño, con sus cielos grises y las calles de la ciudad cubiertas por las hojas que caen de los árboles —dije a Simenon que observaba el resultado de mi aseo matinal.

—Prueba con meter la cabeza dentro del refrigerador.

—¿Quién pidió tu consejo?

—Nadie. Es gratis.

—¿Se te ocurre cómo seguir buscando al peruano?

—Repasa el camino recorrido. Tal vez quedó alguna pregunta en el aire o una pista que no llamó tu atención.

—Puede ser una buena idea.

—Entre no hacer nada y pegar un palo a ciegas, siempre puede ser mejor el palo.

—Te debo un consejo, Simenon.

—Puedes pagármelo fácilmente. Camina hasta la carnicería del barrio y compra un bistec de trescientos gramos.

—Solo piensas en comer. Deberías salir a dar un paseo por el vecindario.

—¡Con el calor que hace!

Regresé al «Tonel». El lugar no había cambiado desde el día anterior. La dueña seguía tras la caja registradora y en las mesas había una media docena de clientes. La mujer me reconoció de inmediato y se acercó sin mucho entusiasmo.

—Le dije que volviera por la tarde.

—Ya pasamos el mediodía.

—Perderá su tiempo. El peruano no suele aparecer a esta hora.

—Esperaré. En una de esas tengo suerte y suena la flauta.

—¿Quiere beber algo?

—Una copa de vino blanco helado.

No fue una buena elección. Lo supe cuando probé el primer sorbo y sentí que una huella ácida quedaba impresa en mi paladar. Encendí un cigarrillo y durante la media hora siguiente me entretuve observando a los clientes. Hombres de aspecto cansado que comían mientras intercambiaban bromas o comentaban noticias deportivas. No era un espectáculo novedoso, pero me hizo recordar un verso del poeta José Ángel Cuevas: «Ahora solo faltaría que Dios eche un vistazo y se siente en una silla del restaurante».

Pasó otra media hora. Los obreros se fueron y la copa de vino, que no había vuelto a tocar desde el primer sorbo, comenzó a verse borrosa. Sin ganas de luchar, dejé que el sueño hiciera su juego malévol.

Desperté al sentir que alguien me gritaba al oído. Abrí los ojos y vi el rostro agrio de la mujer del bar.

—No quisiera interrumpir su siesta, pero si pasa la ronda de carabineros y lo ven durmiendo van a creer que está borracho.

—Agradezco su interés —dije, de mala gana.

—No lo hago por usted. Defiendo el prestigio del restaurante.

—Usted no se da cuenta, señora, pero a cada segundo la quiero más.

—Mientras usted dormía pensé en algo que tal vez le ayude. El peruano tiene un amigo. No sé su nombre, pero lo llaman el Papa Negro.

—¿Papa Negro? ¿Sabe dónde ubicarlo?

—Trabaja en el Paseo Ahumada. Se disfraza de cura o algo así y se queda inmóvil durante varios minutos. La gente le da monedas.

—Un hombre estatua.

—¿Le sirve el dato?

—Nada pierdo con tratar de ubicar a ese amigo de Coiro.

—Si lo encuentra, no le diga que yo le di el dato. No quiero meterme en ningún lío.

—No tema, señora, cuidaré el prestigio de su boliche —respondí a la mujer. Luego dejé un billete sobre el mesón y salí del restaurante.

En el Paseo Ahumada florecían las artes. Y no eran solo los cantantes callejeros ni los pintores de paisajes marinos instalados en la Plaza de Armas o sus alrededores. Tampoco los vendedores de discos piratas ni los niños que tocaban el acordeón, junto a un cartel que decía: «Somos de Rumania y queremos comer». El paseo estaba poblado de estatuas humanas: vaqueros, soldados romanos, filósofos griegos, vampiros, discóbolos, astronautas, fantasmas de túnicas blancas. Todos quietos, inmutables, sometidos a la vigilancia de los peatones que se detenían frente a ellos y

trataban de sorprenderlos en uno de sus inevitables movimientos.

Deambulé unos minutos por el paseo y frente a la entrada de una sucursal bancaria lo divisé, de pie sobre un pedestal. Vestía una sotana negra y en la cabeza llevaba un birrete de obispo. Su rostro, ennegrecido y brillante, sudaba bajo una gruesa capa de pintura. Cada cierto rato alguien dejaba una moneda a sus pies y él movía sus manos en una breve bendición. Hacía bien su trabajo y tuve que observarlo un buen rato hasta que logré verlo pestañear. En ese momento, el grupo de diez o doce personas que lo rodeaban siguió su camino. Di unos pasos hasta quedar a su lado, y dejé un billete de dos mil pesos dentro de la gorra colocada a sus pies.

—¿Qué desea? —le oí preguntar con voz ronca—. Nadie deja tanto dinero por nada.

—Quiero conversar contigo.

El Papa Negro descendió del pedestal. Era un hombre bajo, de ojos oscuros y tristes. Recogió la gorra y durante un par de minutos contó el dinero ganado.

—¿Eres peruano? —le pregunté.

Lo vi sobresaltarse, como si hubiera recibido el pinchazo de una aguja.

—Tranquilo. Quiero conversar de tu amigo Alberto Coiro.

—¿Para qué lo necesita? —preguntó, receloso.

—Su hermano está preocupado porque Alberto lleva varios días sin aparecer por la casa. Alguien me sopló que tú y él se ven a diario.

Se llamaba Javier Aspén. Esperé mientras se sacaba el maquillaje y guardaba su vestuario en una maleta de lona y lo invité a beber una cerveza en «La Piojera». Era actor. Había viajado hasta Santiago para tentar suerte en alguna compañía de teatro, pero solo había conseguido un espacio en el improvisado escenario de la calle, compartiendo roles con otros actores alejados de la fortuna.

—Busqué trabajo en varias salas y en la televisión. Solo me contrataron de extra en una teleserie. Debía leer un diario mientras a mi lado la pareja protagonista se besuqueaba de lo lindo. Trabajé de payaso, entreteniendo niños en un restaurante a las afueras de Santiago. Lo hacía a cambio de comida. Al final llegué a la calle.

—¿Conociste a Coiro en el Perú?

—En Santiago, en un salón de pool al que a veces voy a jugar. Supo que yo era peruano y se acercó a conversar. Después hemos seguido viéndonos en el mismo lugar casi todas las noches.

—¿Cómo se llama el salón de pool?

—«El Audaz».

—Como la película de Paul Newman.

—Está a la entrada de la Gran Avenida, cerca del barrio Franklin —agregó Aspén sin prestar atención a mi recuerdo cinematográfico, de la época en que me escapaba del orfanato para ver tres películas seguidas en un cine rotativo.

—¿Lo viste anoche?

—Hace varios días que no llega al salón.

—¿No te parece raro?

—No es la primera vez que desaparece. ¿Hay algún motivo para preocuparse?

—Su hermano mayor está inquieto.

—¿Desde cuándo tiene tanto interés por su hermano? —preguntó Aspén y luego bebió un sorbo de cerveza.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que me ha contado Alberto, su hermano no es alguien que le haga la vida feliz. Lo molesta exigiéndole dinero para una y otra cosa. Sé que lo ha expulsado varias veces de la pieza donde viven y que incluso se han dado de golpes.

—Me cuesta creer esa historia, Aspén.

—Si me cree o no, es asunto suyo.

—Busco a Alberto por encargo de su hermano.

Aspén quedó inmóvil, como si de pronto se hubiera acordado de su oficio de hombre estatua.

—¿Te sorprende? —le pregunté.

—Tiempo atrás, Alberto dijo que estaba cansado de su hermano y pensaba darle una lección.

—¿A qué se refería?

—A robar los ahorros que Roberto esconde bajo el colchón y mandarse a cambiar lo más lejos posible. Tal vez lo hizo y por eso su hermano lo anda buscando.

—No parece que Roberto Coiro sea un tipo con ahorros.

—Puede creer lo que guste, Heredia —dijo Aspén y luego de vaciar su copa de cerveza, agregó—: Si no tiene más preguntas, me voy. Debo volver al trabajo.

Me convertí en una estatua y observé al peruano hasta que desapareció por la puerta del bar.

—«Caras vemos, corazones no sabemos» —dije en voz baja y recordé al Rey de los Cócteles, un tipo gordo que frecuentaba las exposiciones de pinturas o presentaciones de libros. Su aspecto era el de un oficinista de buen pasar, pero no tenía dónde caerse muerto. Por las mañanas pedía monedas en la calle, para un supuesto viaje al sur del país; y por las tardes concurría a las recepciones más inverosímiles. Salas de artes, librerías, academias. Lo conocí al inicio de mi amistad con Anselmo. El gordo aparecía por el quiosco para leer las noticias de los actos o eventos culturales del día. Cuando lo dejé de ver, pregunté por él y nadie me supo dar indicios de su paradero. Tal vez murió acuchillado en la hospedería piojosa donde solía dormir o consiguió el dinero que necesitaba para viajar al sur.

Con las primeras sombras de la noche salí de la oficina. Anselmo estaba en su quiosco, acompañado de dos patines dispuestas a iniciar su trabajo nocturno. Me detuve a comprar cigarrillos y a observar de cerca a las amigas del jinete.

Anselmo me pasó una cajetilla y rechazó el billete que pretendí entregarle a cambio.

—¿Cómo le voy a cobrar, don?

—La amistad es una cosa y los negocios, otra —dije, metiendo el billete en la chaqueta de Anselmo.

—Si usted insiste, don.

—Cuando las vacas están gordas, se pagan los vicios. Y cuando no, se recurre a los amigos.

—Otra vez hablando en difícil, don —dijo Anselmo y luego, mirando a las mujeres, preguntó—: ¿Quiere organizar una fiestecita? Las muchachas andan de buen ánimo.

Las muchachas tenían demasiadas arrugas para mi gusto, pero no se lo dije a Anselmo ni a las mujeres. Me limité a sonreír y caminé en dirección contraria al quiosco.

—¿Tiene su propia fiesta, don? —preguntó Anselmo.

Seguí caminando y la pregunta se mezcló con las risas provenientes de un bar.

«El Audaz» era un cuchitril al que llegaban algunas de las ratas más hambrientas de la ciudad. Estaba ubicado frente a un parque de aspecto desolado y unas luces de neón anunciaban el nombre del salón de pool. Junto a la entrada había un hombre delgado. Vestía una polera con la imagen de Stone Cold estampada a la altura del pecho. Le faltaban sesenta centímetros y ochenta kilos para alcanzar el porte de su héroe de la lucha libre.

—¿Primera vez que viene? —preguntó, receloso.

—Busco chicas hermosas, buenos tragos y una mesa de pool.

El flacuchento dudó entre creer en mis palabras o pensar que le hacía una broma. Aproveché su vacilación y sin más palabras entré al salón. Apestaba a cigarrillo, alcohol y otros olores extraños, seguramente relacionados con el desaseo de sus clientes. Había una enorme barra en la que se acodaban media docena de hombres, y diez mesas de pool ocupadas por jugadores de aspecto patibulario. No era peor que otros sitios, pero algo en su atmósfera me hizo pensar que tras el juego de pool existía un trasfondo de apuestas duras.

Avancé hasta la barra y encendí un cigarrillo. Sentí varias miradas posadas en mi rostro y vi acercarse a una mujer que parecía llevar todo el aburrimiento del mundo sobre sus espaldas.

—¿Piscola o cerveza? —preguntó.

—Nada por el momento —respondí, al tiempo que buscaba a Aspén entre los

clientes.

La mujer se alejó arrastrando su desgastado entusiasmo. Una pareja de obesos cincuentones enfrentaba a dos tipos más jóvenes, vestidos con casacas de cuero y *blue jeans*. Parecían dos malas imitaciones de James Dean. Uno de los vejetes tomó el taco, le puso tiza y luego, sin mayor esfuerzo, embocó tres bolas consecutivas en las troneras. Su pulso era seguro y le bastaba dar un vistazo a la disposición de las bolas para decidir la mejor tacada. Metió tres bolas más en las troneras. Volvió a estudiar la jugada y sin aparente esfuerzo impulsó el taco y consiguió otra bola a su favor.

Al fondo del salón había dos puertas de las que salían y entraban los clientes. Caminé por entre las mesas de pool y llegué junto a las puertas. Una de ellas conducía a los baños, y la otra tenía una pequeña placa de bronce que decía: Privado. Intenté abrir la segunda puerta, y de inmediato sentí que a mis espaldas se detenía la silueta de un hombre joven.

—¿Adónde cree que va? —preguntó.

Era casi de mi estatura, aunque bastante más delgado. Su tez morena y el acento de su voz me hicieron pensar que pertenecía a la cofradía de los peruanos.

—Al baño. ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—¿No leyó que dice: Privado? Está equivocado de puerta.

—De noche todo los gatos son negros —dije, abriendo la puerta que conducía a los servicios higiénicos.

—La puerta derecha es la del baño para hombres —dijo el extraño y sentí su aliento pegado a mi cuello.

Seguí el consejo y entré a un baño inmundo en el que había tres urinarios de pedestal y un lavamanos.

—¿Quiere jugar una mesa de pool o vino solamente a dar una vuelta? —preguntó. El hombre me había seguido y simulaba desahogarse frente uno de los urinarios.

—Busco a un amigo llamado Aspén.

—Vuelva a su sitio en la barra. Aspén debe estar por aparecer.

Cuando salía del baño volví a escuchar la voz de mi inesperado custodio.

—¿También eres peruano? —preguntó.

—No —respondí y seguí mi camino.

El espectáculo seguía invariable. Los vejetes vencían a los émulos de James Dean, y en la mesa vecina, una muchacha aprendía a jugar siguiendo las instrucciones de un improvisado maestro, más interesado en acariciar su trasero que en enseñarle los secretos del juego.

Media hora más tarde el hombre que me había acompañado en mi excursión al baño entró en el salón. Caminó a mi encuentro y se detuvo junto a la barra.

—¿Aún espera a Aspén? —dijo.

—Tengo paciencia.

—¿Quién es usted? —preguntó con desconfianza.

—Soy amigo de Aspén. Lo busco a él o a su amigo Alberto Coiro.

—Veo que conoce a muchos de los clientes del salón.

—¿Conoce a Coiro?

—Sí, pero hace varios días que no aparece por este lugar.

—Eso dijo Aspén. También me dijo que si necesitaba ayuda podía preguntar por Carlos Barreiro.

El hombre sonrió; con un gesto llamó a la muchacha que atendía la barra y le pidió una cerveza.

—¿Qué le causa gracia? —pregunté.

—Yo soy Carlos Barreiro.

—Entonces usted me puede decir dónde puedo encontrar a Coiro.

—Mi amistad con Alberto se reduce a lo que ocurre entre las cuatro paredes de este salón, y a lo que él ha querido contarme. No sé dónde vive.

—¿A qué hora suele venir?

—A esta hora ya debería estar aquí. Pero, como ya le dije, hace días que no asoma su nariz en este lugar.

—¿No le parece extraño?

—Nadie está obligado a venir todas las noches.

—Si aparece, ¿puede darle mi teléfono? —pregunté, al tiempo que le daba una de mis tarjetas de visita.

—¿Heredia? No es un nombre común —dijo, después de leer la tarjeta.

—Hasta donde sé, no hay más de cuarenta Heredia en la guía telefónica.

—Apenas vea a Alberto le daré su teléfono —dijo Barreiro.

Pensé una nueva pregunta, pero en ese momento un hombre viejo se acodó en el mesón y con voz temblorosa pidió una piscola a la mesonera. Sus cabellos canos lucían pringosos y su ropa apestaba.

—¿Trae dinero, abuelo? —preguntó la mujer.

El hombre dejó unos billetes arrugados sobre el mesón. La mujer los tomó sin disimular su asco y después de comprobar que alcanzaban para el consumo, se alejó en busca de la bebida.

—Con ese dinero puede comprar una o dos cajas de vino —le dijo Barreiro.

—Cuando se puede, prefiero beber algo bueno —respondió el hombre.

—¿En recuerdo de los viejos tiempos? —preguntó Barreiro y esta vez el viejo prefirió no responder. Concentró sus energías en dar fuego a la colilla que sacó de su chaqueta.

—En los viejos tiempos bebía cosas mejores —respondió el viejo.

—Aún no bebe una gota y ya fantasea, abuelo —dijo Barreiro. Luego se acercó a la mesa ocupada por la muchacha y su improvisado maestro. Abrazó a la mujer y le dio un beso en los labios. Tomé mis cigarrillos, dispuesto a esperar otra oportunidad para continuar la charla con Barreiro.

—¿Me convida un puchito? —preguntó el viejo a mi lado.

Le pasé la cajetilla y el viejo sacó un cigarrillo. Le di fuego, y a la luz de la llama vi sus ojos verdes.

—¿Busca al peruano Coiro? —preguntó.

—¿Lo conoce?

—Conozco a todos los clientes habituales de este lugar. Hace tres o cuatro noches vi al muchacho Coiro.

—¿Dónde?

—¿Qué me da por la información?

Saqué de mis pantalones un billete de cinco mil pesos y lo dejé sobre el mesón. El viejo lo cogió con avidez y rápidamente lo guardó en su chaqueta.

—Lo vi entrar en una casa, frente a mi dormitorio de esa noche.

—¿Dormitorio de esa noche?

—Recojo cosas de los tachos de basura y duermo donde me pilla la luna. No sé el nombre de la calle, pero podría llegar a ella sin esfuerzo. Pero no esta noche. Mañana, al mediodía. Puede ubicarme al final de la calle Lira, frente al terminal de buses.

—Eso es muy vago. ¿Cómo sé que no miente?

—Cuando vaya a buscarme se dará cuenta de que es fácil dar conmigo. Yo y otra gente que se me parece vivimos en un condominio bastante singular.

—¿Y si usted no está donde dice?

—Descuide, por sobre todas las cosas, me interesan los diez mil pesos que me dará por la información.

—¿Diez mil pesos? Su tarifa sube más rápido que el valor del euro.

—Su dinero será una buena inversión. Puedo ser un borrachín, pero conservo mi buena vista y mi honestidad. No tiene nada que perder.

—Solo mi tiempo y diez mil pesos.

—Diez mil pesos por un poco de esperanza, no es mal negocio.

—Una buena frase, abuelo.

—En otra época ideaba frases más ingeniosas.

—¿En que otra época? —pregunté, mordido por la curiosidad.

—Toda buena historia tiene un precio.

—¿Quiere beber otra pisco?

—Usted parece adivinar mis pensamientos.

El viejo me contó su historia en el transcurso de dos copas que bebió sin prisa, disfrutando cada sorbo de pisco y Coca Cola. Se llamaba Alfredo Encina. Había trabajado en una financiera hasta la muerte de su esposa y su hijo de dos años.

—Murieron en un incendio —dijo—. Perdí las ganas y los sueños. Abandoné mi trabajo, gasté el dinero ahorrado durante mi matrimonio y terminé en la calle. Un final del que podría librarme de no ser tan cobarde. No importa cuán miserable sea la vida, uno siempre se aferra a ella. Pero, no todas son historias tristes. Cuando era joven me gustaba jugar al pool. Era bueno con el taco, y en más de una ocasión incursioné por los salones donde estaban los mejores jugadores de la ciudad. Ahora

las manos me tiemblan y sería incapaz de darle a una pelota de baloncesto. Sin embargo, el gusto por los paños, las bandas y las troneras nunca se pierde. Una noche, mientras buscaba dónde dormir, encontré este salón. El ambiente no es muy distinguido ni los jugadores son de gran categoría. Lo importante es que nadie me dijo nada esa primera noche. Entré, pedí una cerveza y miré los juegos. Después volví una y otra vez, hasta que me hice conocido de los clientes. A veces alguno de ellos me paga una copa. No molesto, no hablo de más, no hago escándalos ni robo. El abuelo Encina es parte del paisaje y cuando muera, algunos de los que vienen a este pool preguntarán por mí, aunque sea una sola vez. Tenga confianza. Mañana le diré dónde vi al peruano. Ahora, convídmeme otra copa y pida algo para usted. Se ha pasado toda la noche con una miserable cerveza.

Encina se alejó lentamente, arrastrando su carretón repleto de cartones, botellas vacías, trozos de madera y diarios viejos. A su manera, era libre. En más de una ocasión había imaginado un destino similar para mis huesos, sin más preocupación que reunir unos pesos para comprar un poco de vino y algo de comer. Podía ser una buena vida si uno conseguía olvidar las lluvias, las noches frías, la soledad y el desprecio de la gente.

Se perdió en la oscuridad y resistiendo la tentación de seguir sus pasos, caminé hasta mi auto. Conduje hasta el departamento. El vehículo avanzaba al compás de un concierto de latas sueltas y chirridos que acusaban su condición de chatarra con más de treinta años de trajín por las calles de Santiago. Que sus fierros siguieran en movimiento era un milagro atribuible a la calidad de fabricación y a los cuidados del mecánico al que lo llevaba para ajustar sus tuercas.

En la oficina me esperaban Simenon y un mensaje de Anselmo: Cardoza deseaba conversar conmigo. Consulté mi reloj y deduje que ya no era hora de llamar a su casa. Debía esperar hasta la mañana para saber si tenía alguna información sobre Alberto Coiro. Preparé café, puse un disco de Astor Piazzola en el equipo de música y me senté a hojear una revista. Al correr de las noticias confirmé algo que ya sabía, pero que no dejaba de preocuparme: el mundo estaba desquiciado. Los pobres seguían aumentando, en Medio Oriente se mataban por un pedazo de tierra, las Naciones Unidas seguían gastando dinero en funcionarios inútiles, los africanos se morían de sida, los Estados Unidos pretendían ser los amos del mundo, y pese a eso y otras calamidades, la pobre Tierra seguía girando sobre su eje, maravillando a los enamorados con nuevas puestas de sol y a los ingenuos con la esperanza de días mejores.

Simenon llegó a sentarse a mi lado. Su ocio y su belleza se mantenían inalterables, pese a la edad y a los rasguños que recibía en sus peleas con otros gatos del barrio. Ambos habíamos engrosado desde la tarde en que apareció en la oficina, flaco y hambriento, solo con fuerza para tenderse sobre los cuatro tomos de las novelas selectas de Georges Simenon. Desde entonces poseía un nombre y un hogar donde nunca le faltaban unas gotas de leche y algo de comer. Desde entonces también había crecido el volumen de mis libros, amontonados sin más orden que el azar.

—¿Crees que Encina cumpla su promesa? —pregunté a Simenon.

—No tienes remedio, vas a morir confiando en el género humano. ¿Qué te hace pensar que un sujeto de esa calaña cumpla su promesa? Gastará el dinero y no lo volverás a ver.

—Me pareció una buena persona.

—No puedes regalar confianza a diestra y siniestra como si fuera un caramelo.

—No es la primera vez que encuentro a tipos como él, pero me conmovió su abandono. La ciudad está llena de gente que sobrevive en un rincón, marginada, sin

ilusiones, bestializados. Basta recorrer el centro de Santiago para ver a los vagos que amanecen junto a las grandes puertas del Banco del Estado, en los alrededores de las estaciones del Metro, a los pies de los monumentos de los héroes, a la luz de las vitrinas de las grandes cadenas comerciales. Todo el mundo los mira y nadie los ve.

—Reduces tu cuota diaria de alcohol y te da por cambiar el mundo. Los tiempos son otros, Heredia. Los que gobiernan solo quieren vender el mundo lo más rápido y al mejor precio posible.

—Sigo creyendo que otro mundo es posible. Solo se requiere un poco de sentido común.

—El mundo está podrido y se cae a pedazos. Pero, claro, es solo la opinión de un gato que quiere pasar por la vida sin sobresaltos.

—A veces me olvido de ese detalle.

—Debe ser porque me quieres y estás muy solo.

—No aspire a tanto. Cualquier día de estos te cambio por una pareja de catitas australianas o una tortuga.

—Últimamente gruñes más de la cuenta. Deberías buscar una costilla cálida que te mantenga con los cinco sentidos ocupados.

—No esta noche, Simenon. Encina me hizo pensar que llega un punto en que la vida empieza su cuenta regresiva. Recordé los versos del poeta Hugo Vera: «Como un gato que huye del delito, mi vida escapa de la vida».

—Los gatos no huyen, Heredia. Solo buscan el lugar más apropiado para observar la vida. Somos demasiado inteligentes para andar cargando culpas.

—La recomendación viene de cerca. Es hora de dormir. Anselmo debe llevar varias horas en su cama.

—No ha vuelto al departamento. Debe andar acompañado. Él sabe tomar las cosas con calma, en cambio tú le pides mucho a la vida.

—Lo justo y necesario para que tenga sentido.

—Tu chachara me adormece, Heredia. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —respondí, de mala gana—. Y en todo caso, tengo el presentimiento de que el viejo Encina va a cumplir su palabra.

A la mañana siguiente desperté con el ruido del teléfono. Maldije mi idea de instalar una extensión en el velador ubicado junto a mi cama, y aún con ganas de seguir durmiendo contesté la llamada. Desde la calle llegaba el rumor del barrio y los gritos de Anselmo voceando los diarios con su particular estilo de comentar los titulares a las personas que pasaban frente al quiosco.

—¿Heredia? —preguntó Cardoza desde el otro lado de la línea—. Ayer lo llamé varias veces y también le dejé recado. ¿Dónde andaba?

—Trabajando. Todo el día fuera de la oficina, preocupado por las acciones de la Bolsa.

—No joda, Heredia —dijo Cardoza—. ¿Aún quiere ubicar al peruano Coiro?

—Sí, y todavía no sé qué pasa con él.

—No hay ninguna información sobre Coiro en hospitales, cuarteles ni comisarías. Tampoco está registrado su paso por los controles fronterizos ni figura su nombre en nuestro archivo.

—Eso quiere decir que es un buen muchacho.

—O que aún no lo atrapan en algo malo. Consulté en la oficina de inmigraciones y no está registrado entre los peruanos residentes en el país. Es un ilegal del que se desconoce domicilio y actividad laboral.

—Veo que te has preocupado del asunto.

—No quiero tener cuentas pendientes con usted, Heredia.

—Entre amigos no se contabilizan los favores.

—¿Quién dijo que éramos amigos?

—¿Sigues resentido por el caso de la prostituta? —pregunté, recordando una investigación de ocho meses atrás.

—Quedé con sangre en el ojo. Debió avisarme de sus pesquisas antes que a Campbell.

—Intuí que la policía no tenía muchas ganas de ventilar el asunto.

La prostituta se llamaba Rita Mercado. Había sido acuchillada en un motel de la calle Diez de Julio. La policía, a través de un comunicado leído por Cardoza, se apresuró en decir que el culpable era un cliente de la mujer y que era buscado en todo el país. Campbell, mi amigo periodista, me dijo que el asunto olía mal, ya que una hermana de la víctima había aparecido en su oficina para contar otra versión de los hechos. Conversé con la hermana, los empleados del motel y con un muchacho que cuidaba autos en el sector. El asesino era un colega de Cardoza llamado Julián Serna, quien chantajeaba a la prostituta obligándola a entregarle sus caricias a cambio de protección. Campbell llenó varias páginas de su revista y la policía debió reconocer su falta, recurriendo a una alambicada declaración de prensa en la que la eficacia del servicio policial no salía bien parada.

—Por su culpa quedé como chaleco de mono —dijo el policía.

—Tal vez Campbell se apresuró en dar la noticia. Pero ese es su negocio.

—Obedecí órdenes. Ni siquiera sabía lo de Serna. Me dieron el comunicado y lo leí a los periodistas. Eso fue todo.

—No dudo de tu inocencia, Cardoza. Por eso he seguido en contacto contigo.

—Usted no resulta simpático a muchos de mis colegas.

—No se puede ser amigo de todo el mundo.

—Por eso me he apresurado en saldar nuestros mutuos favores.

—Cada cual sabe dónde le molesta el zapato —respondí.

—¿Seguirá buscando al peruano? —preguntó Cardoza, sin ganas de seguir con el tema de la prostituta.

—Por un par de días más.

—Si yo fuera usted, no perdería mi tiempo en petardos que no meten bulla.

- En materia de gustos no hay nada escrito.
- En el caso de que descubra algo interesante, ¿me avisará?
- Dijiste que no deseabas ser mi amigo.
- Un buen dato servirá para olvidar los resquemores.

12

El paisaje que rodeaba al salón de pool tenía otro aspecto durante el día. Sin la complicidad de las sombras ni el burbujeo chispeante del neón, a su alrededor solo se veía la colección de casas chatas y envejecidas, en cuyas paredes habían pegado carteles de propaganda, consignas políticas, grafitos y letreros anunciando la venta de una casa y sitios eriazos. Los árboles parecían resecos, como si hubieran crecido debatiéndose entre la tierra calcinada y el sol que penetraba entre sus copas con la prepotencia del que se sabe imprescindible.

La fachada del salón tenía un aspecto miserable. Detuve el auto frente a la puerta y en lo que demoré en fumar un cigarrillo pensé en la ruta que debía seguir para encontrar al viejo Encina. Temía no reconocerlo a la luz del día y me pregunté si él recordaría nuestra conversación.

Después de fumar el cigarrillo y siguiendo las instrucciones de Encina, conduje el auto por la calle Carlos Valdovinos en dirección al sector oriente de la ciudad. En el fondo, como un decorado que resistía al paso del tiempo, la Cordillera de Los Andes observaba la ciudad con su majestuosidad de siempre. Erguida, alba, rodeada de los mimos del sol y de la brisa que con seguridad acariciaba sus faldeos y quebradas.

A medida que avanzaba, el paisaje se fue haciendo más sucio y desolado. Me detuve junto a un parque en el que sobrevivían algunos restos de juegos infantiles y unos escaños maltrechos. Apenas descendí del auto tuve la certeza de andar bien encaminado. Un olor profundo, a suciedad y basura, entró por mis narices. Caminé, acostumbrándome al peso del sol sobre mi cabeza, y luego de un rato comencé a ver a los hombres que yacían en las veredas, cubiertos por restos de frazadas y grandes trozos de cartón. Los que estaban despiertos extraviaban sus miradas en algún punto inimaginable del paisaje. Dejé de contar a los vagabundos cuando llegué a la cantidad de cuarenta y me detuve frente a un destartado carretón de madera, de cuyo interior sobresalía la cabeza de un hombre cuyo rostro tenía la huella de muchas noches pasadas a la intemperie.

—Papito, ¿tiene unos pesitos? —dijo, alargando una mano mugrosa.

—Si contestas unas preguntas tal vez tenga algo para ti —respondí.

Me di cuenta que el hombre era incapaz de comprender tantas palabras de una vez.

—Papito. Una moneda —insistió.

—Antes una pregunta.

—Una moneda, papito. Un cigarrito.

Le ofrecí mi cajetilla de Derby. Tomó un cigarrillo y de algún bolsillo oculto entre los harapos que vestía, sacó una caja de fósforos.

Después de la primera calada pareció más lúcido.

—Busco al viejo Encina —dije—. Sé que duerme por estos lados.

—Aquí nadie tiene nombres, papito.

—Le dicen el Abuelo.

El hombre pareció hurgar en su memoria y luego de unos segundos indicó un portón metálico de color azul, al fondo de la calle.

—Busque por ese lado —dijo, al tiempo que se dejaba caer sobre el fondo del carretón, como si sus energías se hubieran agotado de improviso.

Dejé un billete de mil pesos entre sus manos y caminé hacia el punto indicado.

—¡Grande, papito! —alcancé a oír que exclamaba.

Frente al portón azul yacían una docena de hombres rodeados por los carros que usaban para recoger los despojos de la ciudad y otros tantos perros. Traté de reconocer a Encina y no tuve suerte. Pregunté por el Abuelo y no obtuve respuesta. Uno de los hombres se acordó de mi madre y gritó que me fuera. Quise explicarle el motivo de mi búsqueda y el tipo volvió a mentarme la madre.

Un par de perros se acercó con la intención de roer mis huesos. Pensé en iniciar la retirada y olvidar a Encina.

—¡Cachafaz! ¡Halcón! —gritó alguien a mis espaldas, dirigiéndose a los perros que, como por arte de magia, adoptaron una actitud amistosa.

—Son buenos perros —escuché que decía Encina, sentado dentro de una caja que anteriormente debía haber servido para embalar un refrigerador.

—Detesto a los perros —dije—. Son tontos y apatronados.

—Estaba esperándolo —dijo Encina, sin prestar atención a mi comentario—. Seguro pensó que me había emborrachado con el dinero. Pero hay cosas que no se pierden, por más bajo que uno caiga. El respeto por la palabra empeñada, por ejemplo.

Trató de incorporarse y sus fuerzas no lo acompañaron. Le ayudé a ponerse de pie y comenzó a caminar, lentamente, dudando de cada uno de sus pasos. Lo seguí en silencio hasta una casa pintada de gris que daba la impresión de abandono.

—En esta casa lo vi entrar —dijo.

—¿Está seguro? No parece que viva nadie en ella.

—Podemos confirmarlo con Macías.

—¿Quién es Macías?

—El amigo que andaba conmigo esa noche. Para hablar con él tendría que ir al Hospital Barros Luco. Ayer lo internaron con una hemorragia estomacal.

—Basta con su palabra —dije, acercándome a la casa.

Toqué cuatro o cinco veces el timbre adosado a un costado de la puerta y no obtuve ninguna respuesta. Enseguida probé con unos golpes de puño.

—Quizá sus ocupantes trabajan y aparecen solo por la noche —dijo Encina.

—Creo que está deshabitada. Desearía dar una mirada en su interior. Si usted me ayuda...

—No cuente conmigo. Lo último que deseo es tener problemas con la policía. Mejor espere hasta la noche y trate de entrar cuando el barrio esté a oscuras.

Tuve que reconocer que el viejo tenía razón. Volví a golpear y luego desistí.

—Seguiré su consejo —dije a Encina.

Los ojos del viejo se iluminaron con un brillo de entusiasmo. Pensé que se conformaba con poco para ser feliz.

—No olvide que me adeuda diez mil pesos —dijo—. Las cuentas claras conservan la amistad.

Busqué en mis pantalones y saqué dos billetes de cinco mil. Se los pasé al viejo y éste los quedó mirando detenidamente, como si no pudiera creer en lo que veía.

—Si para usted no es muy temprano, lo invito a beber una cerveza —le dije.

—¿Puede ser una pisco? —preguntó.

13

Fuimos a un figón oscuro en el que había un par de mesas y un mesón de madera sobre el que acodaban sus pesares una decena de borrachos cabizbajos. En las paredes había varios afiches que reiteraban la imagen de una rubia de cintura estrecha y pechos generosos. Flotaba un tufo de comida recalentada que me hizo arriscar la nariz. Los clientes nos miraron de reojo, y cuando comprobaron que no éramos tiras ni voluntarios del Ejército de Salvación, volvieron a concentrar sus esfuerzos en el bebestiaje que tenían a su alcance. Un hombre gordo y de aspecto somnoliento emergió por una puerta ubicada tras el mesón y se acercó hasta quedar frente al cartonero.

—¿Lo de siempre, Abuelo? —preguntó a Encina.

—Beberé una pisco —contestó el viejo, y señalándome con un dedo mugroso, agregó—: El amigo paga la cuenta.

El mesonero me observó un instante y cuando estuvo seguro de la solvencia de mi billetera cogió la botella de pisco que tenía sobre una repisa.

—¿Coiro andaba solo o acompañado? —pregunté a Encina una vez que le sirvieron su brebaje.

—Yo estaba botado en la vereda, sentí ruido y vi pasar a mi lado a varias personas. No sé si todas ellas acompañaban al peruano. A él lo reconocí porque hasta esa noche lo veía a diario en el salón.

—La casa parece deshabitada. Tal vez usted estuvo en otra calle.

—No sé si se fijó, pero frente a la casa hay dos enormes tubos de cemento que quedaron abandonados después de un trabajo municipal. Esa noche, mi amigo Macías y yo usamos esos tubos para dormir. Macías había hecho una buena venta de cartones y compró cuatro cajas de vino.

Posiblemente yo estaba borracho o adormilado, pero le juro que vi entrar en esa casa al peruano.

Lo miré a los ojos y reconocí en ellos el deseo, casi desesperado, de que alguien diera crédito a sus palabras.

—Le creo, Abuelo. De verdad.

—Me duele la desconfianza; la obligación de repetir varias veces una historia para que me crean.

El viejo no tenía mucho más que decir. Lo acompañé hasta que terminé de beber una cerveza que sabía a jarabe para la tos. Pedí una segunda pisco para Encina y me despedí.

Conduje hasta mi oficina y al llegar encontré a Simenon junto a la puerta. Sus orejas lucían grandes y erectas, lo cual significaba que no había peligros ni extraños de qué preocuparse. Un rayo de sol caía sobre su lomo blanco. Lo tomé en brazos y entramos a la oficina.

—Tiempo atrás leí una leyenda sobre el origen de los gatos —dije a Simenon—. Noé tenía su arca llena de animales y mientras esperaba el diluvio descubrió que los ratones se habían reproducido y comenzaban a comer las provisiones. Inquieto, preguntó a Dios qué podía hacer para evitar la voracidad de los roedores. Dios le dijo que acariciara tres veces la cabeza del león. Noé siguió el consejo; el león estornudó tres veces y de sus narices emergió una pareja de gatos que dio rápida cuenta de los ratones que sobraban en el arca.

—De ahí debe venir la creencia de que nos gustan los ratones.

—¿No es así?

—Cazar ratones demanda mucho esfuerzo.

—Sin embargo, con hambre...

—Con hambre hasta los huevos fritos son buenos —dijo Simenon, y enseguida, liberándose de mis brazos, agregó—: Y a propósito, ¿qué tenemos de comida?

—Queda algo de los tallarines que cocimos ayer.

—Tallarines recalentados. No está mal.

Mientras preparaba la pasta, Simenon jugueteó entre mis piernas y solo se tranquilizó cuando puse a su alcance una generosa porción de tallarines.

—¿Qué tal el tuco con ciruelas? —pregunté.

El gato no respondió ni yo insistí con la pregunta, porque en ese instante sonó el teléfono. Al contestar reconocí la voz de Campbell.

—¿Qué es de tu vida, Heredia?

—Lo de siempre. Entrando y saliendo de la oficina.

—¿Investigas algún asunto útil para mi revista? Últimamente escasean las buenas crónicas. El delito se ha convertido en algo rutinario. Robos en las casas, cogoteos en las vías públicas, captura de pequeños traficantes de drogas. Hace tiempo que no me topo con un caso interesante, como el de esa vez que destapamos el negociado tras la construcción de un gasoducto entre Chile y la Argentina.

—Hasta donde recuerdo, aún no pagas mi comisión.

—Ya llegará la ocasión. No desesperes.

—Llevo cuatro años esperando la ocasión.

—Para qué discutir por detalles, Heredia —dijo Campbell, y luego, con la clara intención de cambiar de tema, preguntó—: ¿En qué dijiste que estabas trabajando?

—No te he dicho nada.

—¿No?

—¿Qué sabes de los peruanos en Chile?

—Lo que comenta todo el mundo. Vienen a trabajar a Chile, viven al tres y al cuatro; algunos han sido atrapados en cosas ilícitas; la mayoría es explotada en trabajos donde pagan una miseria. ¿Por qué la pregunta?

—Por nada en especial.

—¿A quién pretendes engañar, Heredia? Puedo reconocer cuando mientes.

—Busco a un peruano que desapareció sin causa aparente. He visitado los lugares que él frecuenta y nadie sabe nada de su paradero.

—Mi olfato dice que ahí puede haber una buena noticia.

—En tal caso, tal vez quieras ayudarme en una pesquisa.

—¿Algo peligroso? —preguntó Campbell y en su voz noté una huella de inquietud.

—Golpear a la puerta de una casa y esperar a que alguien nos atienda.

—Parece simple. ¿Y yo qué gano?

—Mi olfato me dice que nada.

—Si solo se trata de golpear una puerta, te acompaño.

La oficina de Campbell estaba ubicada en el segundo piso de una vieja casona de estilo colonial. En el lugar había funcionado un salón de juegos, del que mi amigo heredó un wurlitzer, una vieja mesa de billar y un piano que solo servía de adorno. El resto del amoblado eran tres escritorios, dos computadores y algunos estantes con libros y diarios antiguos. De sus paredes colgaban múltiples fotos de Marilyn Monroe y Kim Bassinger.

Campbell estaba sentado frente a un computador y deslizaba sus manos por el teclado con la habilidad de un pianista frenético. Hizo un gesto para indicarme que ocupara la silla colocada frente a su escritorio y luego encendió un cigarrillo.

—Cinco líneas y termino el artículo —dijo, sin apartar la mirada del computador.

—Escribir cinco buenas líneas puede demandar una eternidad.

—No en mi caso, Heredia. Solo intento remachar un texto sobre la cría de jabalí en el sur de Chile.

—¿Qué sabes tú de jabalíes?

—Nada, pero pagan bien. Al fin de cuentas, lo que se sabe se sabe, y lo que no, se inventa.

Dejé que siguiera con su trabajo y me acerqué a la mesa de billar. Pensé en Aspén y en el viejo Encina. Encontrar a Coiro estaba resultando más difícil que dar una tacada a ojos cerrados. Tomé una bola que estaba sobre la mesa y la hice rodar por la carpeta. Diez minutos más tarde, Campbell apagó el computador y nos pusimos en marcha hacia la casa donde Encina había visto a Coiro por última vez.

Mientras conducía puse al tanto a Campbell sobre los detalles de la investigación. Luego, al reconocer que estábamos cerca de la casa, detuve el auto y le dije a mi amigo que haríamos el resto del camino a pie.

Al llegar frente a la casa, y al igual como había hecho en la mañana, golpeé a su puerta. Pasó un minuto y nadie respondió. Campbell se acercó a una ventana de la casa y miró hacia su interior.

—Apostaría cualquier cosa a que no hay nadie —dijo.

—Tendremos que entrar a la mala —respondí, indicando un portón de madera ubicado a un costado de la casa.

—¿No estarás pensando en saltar el portón?

—No. Tú lo puedes hacer con más facilidad.

—¿Yo? ¡Estás loco!

—Eres el más chico y liviano de los dos —dijo, al tiempo que trenzaba mis manos y se las ofrecía en forma de pisadera, para que apoyara uno de sus pies.

Campbell siguió mis instrucciones y comenzó a trepar. Luego oí el ruido que hacía al manipular la cerradura y unos segundos después su cabeza asomó por el portón entreabierto.

El patio estaba repleto de fierros oxidados, rollos de alambre, cajas de cartón y

algunos otros cachureos entre los que alcancé a reconocer una rueda de bicicleta y varios carteles de una antigua campaña electoral. Hice una seña a Campbell y avanzamos hasta una puerta que parecía fácil de forzar. Sin embargo, no fue necesario emplear la fuerza. La puerta estaba abierta y bastó un leve empujón para entrar a una cocina de aspecto tenebroso. Mi amigo encontró un interruptor y al accionarlo descubrió que la casa estaba sin electricidad y debíamos conformarnos con la luz que provenía de la calle. En la piletta para el lavado de la loza había tres o cuatro tazas y varios cigarrillos apachurrados. El silencio dentro de la casa era espeso como una capa de gelatina. Saqué la pistola que traía en mi chaqueta y avancé hasta la siguiente habitación, ocupada por una roñosa mesa de madera y media docena de sillas colocadas a su alrededor. De sus paredes colgaba un calendario del año 2000 y un afiche con la estampa de una montaña nevada.

Lo demás fue más silencio y tiempo perdido, hasta que entramos a la siguiente pieza, donde encontramos un camastro desordenado, una silla de mimbre y el grueso cordón de una lámpara que pendía del techo, brutalmente aferrado al cuello de un desconocido. Un olor pesado, a mugre y descomposición, flotaba en el ambiente.

—¿Sabes quién es? —preguntó Campbell, al tiempo que reprimía una arcada.

Noté que su rostro lucía tan pálido como el del muerto.

El ahorcado vestía pantalones blancos, camisa roja y zapatillas deportivas. En su brazo derecho conservaba su reloj de pulsera, y en la izquierda una cadennilla de plata. Su muerte no había sido motivada por el robo ni tampoco por el suicidio, porque bajo sus pies no había objetos o muebles que le hubieran podido servir de apoyo. En su rostro reconocí rasgos que lo asemejaban al de Roberto Coiro.

—Debe ser Alberto Coiro —respondí.

—Mi olfato no estaba errado —agregó Campbell, dando unos pasos alrededor del cadáver—. Además, creo que esta casa no ha sido usada por nadie en mucho tiempo. En el polvo sobre los muebles se pueden plantar lechugas. ¿Qué vas a hacer?

—Avisar a la policía para que lo vengán a descolgar. Después, si se confirma la identidad del cadáver, tendré que revelar el hallazgo a su hermano.

—¿No vas a intentar encontrar al o los responsables?

No alcancé a responder nada, porque en ese mismo instante oímos unos gritos provenientes de la calle. Ordené a Campbell que me siguiera hasta la ventana y desde ahí vimos a dos mujeres.

—¡Ladrones! —gritaba una de las mujeres.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Campbell.

—Una alternativa es quedarnos, enfrentar a los vecinos y luego dar explicaciones a la policía; la otra es salir a la calle y correr. ¿Cuál prefieres?

—Prefiero un poco de ejercicio.

Nos acercamos a la puerta principal de la casa y la abrí lentamente. Junto a las mujeres se encontraba un hombre gordo.

—Si nos apuramos podremos salir bien parados de este lío —dije a Campbell.

Las mujeres aumentaron sus gritos al vernos salir y el gordo hizo el vano intento de alcanzarnos. Campbell corrió a la velocidad de un galgo, y yo lo seguí a la medida de mis posibilidades. Me detuve al llegar a la primera esquina y vi que el gordo desistía de su persecución y que a su lado llegaban otros dos hombres, aparentemente sin muchas ganas de participar en la maratón. Me dolía el pecho endemoniadamente y una tos profunda, áspera, me hizo lagrimear. Campbell había desaparecido de mi vista. Retomé la carrera y al cabo de dos cuerdas detuve mi fuga al oír una voz conocida. Era el periodista, oculto tras un enorme contenedor de basura.

—Nadie te sigue —dijo con voz agitada.

Respiré hondo y sin decir nada me senté a su lado, sobre la tierra.

—¡Carajo, Heredia! ¡Qué mal te ves! Debieras visitar un médico o conseguir una muchacha que te mantenga en forma.

—Cuando te canses de decir pendejadas podemos buscar un lugar más tranquilo donde conversar.

Minutos después, cuando mi respiración recuperó su ritmo normal, nos pusimos de pie y caminamos hasta encontrar un bar. Nos sentamos junto a una mesa, pedimos dos cervezas y durante un rato nos quedamos viendo uno al otro, sin decir nada. De un parlante brotaba la voz de Jorge González cantando: «No necesitamos banderas, no reconocemos fronteras, no aceptaremos filiaciones, no escucharemos más sermones».

En una mesa vecina a la nuestra, cuatro hombres jugaban una partida de dominó. Una niña de no más de diez años entró al bar y comenzó a repartir láminas religiosas entre los clientes que, en su mayoría, rechazaron de inmediato las imágenes. Campbell le dio unas monedas.

—¿Andas con tu celular? —le pregunté.

Campbell buscó en los bolsillos de su chaqueta y me pasó el aparato telefónico.

Miré mi reloj y no vacilé en marcar el número telefónico de Cardoza. El mismo policía contestó la llamada y en su voz aprecié un inconfundible tono de fastidio.

—¿No tiene reloj? —preguntó molesto—. Faltan dos minutos para la medianoche.

—Encontré al peruano —le dije, sin detenerme a considerar su pregunta—. Ahora te corresponde descolgarlo de la soga que aprisiona su cuello.

—¿Se suicidó?

—Sospecho que alguien lo obligó a colgarse —dije y enseguida lo puse al tanto de mi visita a la casa.

—Ordenaré a mis subordinados que se hagan cargo del occiso y de las pesquisas correspondientes —dijo Cardoza.

—Nada es gratis, Cardoza. Necesito conocer el resultado de la autopsia que le harán al peruano.

—Eso es información confidencial.

—A otro estúpido perro con ese hueso. No será la primera vez que se filtren los

resultados de una necropsia.

—¿Para qué quiere la información? ¿Piensa seguir investigando?

—Simple curiosidad, Cardoza. No quiero quedar con la bala pasada.

15

Abandoné a Campbell después de soportar el interrogatorio al que me sometió para obtener información destinada a escribir un artículo. Tuve el cuidado de no mencionar a Aspén ni al viejo Encina, y aun así mi amigo pareció satisfecho. La certeza de mis palabras le importaba poco y solo deseaba dos o tres datos a partir de los cuales ejercitar su imaginación.

De regreso en mi oficina me sentí más solo que nunca. Comencé a revisar los cajones del escritorio, atestados de servilletas con anotaciones, cartas, cuentas, programas hípicas, lápices inservibles y una guía de tratamientos naturistas que había comprado con la esperanza de encontrar alivio para las molestias del colon. Al azar, busqué en la guía la palabra alergia y leí las indicaciones: «Una fórmula que suele ser efectiva para tratar las alergias cutáneas es el aceite esencial de hisopo mezclado con aceite de soja. En caso de irritaciones cutáneas como la producida por la varicela, la recomendación es aplicar una loción de calamina». Hisopo, ¿qué es el hisopo?, me pregunté y recurrí al glosario incluido al final del libro. «Planta muy aromática de la familia de las labiadas». El avance no era mucho, y para salir de la duda, consulté el *Pequeño Larousse* que mantenía sobre el escritorio. Las labiadas era una «familia de plantas dicotiledóneas de corola en forma de labio». Pensé en cerrar el diccionario, pero en el último segundo opté por darle otra oportunidad. Averigüé que se llaman dicotiledóneas las plantas «cuyas semillas tienen dos cotiledones»; y que un cotiledón es el «lóbulo que en muchas plantas rodea al embrión». Palabras, demasiadas palabras. Llegar a saber lo que era el hisopo podía ser tan complicado como descubrir al asesino de Coiro. Experimenté una súbita alergia hacia las palabras y arrojé el diccionario a los pies del escritorio. Al caer salió de su interior una descolorida foto polaroid. La recogí, y temiendo lo peor, contemplé el retrato de una muchacha de cabellos rojos. En la foto acababa de cumplir veinte años y aunque hacía diez que no estaba a mi lado, seguía esperando que un día ella apareciera en la oficina, con la sonrisa que recordaba cuando la soledad trepaba a mi cama con la sutileza de una araña. Pensé en Frédéric Moreau, el protagonista de *La Educación Sentimental* de Gustave Flaubert, y en su imposible amor por la señora Arnoux, a la que al cabo de

muchos años de inútiles intentos de conquistar, encuentra con sus cabellos blancos, envejecida y triste. Solo en la literatura los héroes aman durante toda una vida, me dije, espantando el recuerdo. Luego, mientras guardaba la foto en el escritorio, recordé a Coiro.

¿Quién o quiénes eran los responsables de su muerte? ¿Quiénes eran los hombres que lo acompañaban cuando había sido reconocido por Encina? El asunto debía ser tan fácil como buscar la identidad del asesino en las últimas páginas de una novela policial. Dudas, preguntas, incertidumbre. ¿Continuaría la investigación? ¿Tendría ánimo para visitar a Roberto Coiro? Simenon interrumpió mis cavilaciones. Lo vi olfatear los papeles que había sobre el escritorio y después, decepcionado, apoyó su cabeza en la guía telefónica.

—¿Son estas horas de llegar a la casa? —pregunté.

—El calor no me dejaba dormir. Salí a dar una vuelta por el vecindario. ¿Y tú?

—Aquí me tienes, pensando en la muerte del peruano —respondí, al tiempo que repasaba cada una de las cosas que había hecho, oído o visto desde que asumiera la búsqueda de Alberto Coiro—. Lo que parecía simple, ya no lo es.

—Hiciste tu trabajo. Te resta conversar con Roberto Coiro y cobrar los honorarios.

—¿Qué quieres que le diga? Murió su hermano, me debe cien mil pesos.

—¿Acaso no cobran los médicos cuando se les muere el paciente?

—No tengo estómago para eso.

—Tú quieres seguir revolviendo el gallinero. ¿Me equivoco?

—Quiero saber por qué lo mataron. ¿Líos de faldas, narcotráfico, deudas impagas, problemas con su hermano mayor?

—Todas esas son buenas razones —comentó Simenon.

—Tal vez fueron los neonazis que rayan en las murallas: «Mueran los peruanos. Traen a Chile la tuberculosis y la sífilis». Por el barrio he visto varios escritos en ese tono.

—Duerme, Heredia. Descansar te hará bien.

—No puedo, Simenon.

—Convoca al sueño con otro sorbo de *whisky*.

—¿No se te ocurre otra idea mejor?

—Un martillazo en la cabeza.

—¿Quién dijo que el gato es el mejor amigo del hombre?

—Nadie. Eso se dice de los perros. Pero sabemos que los perros son seres inferiores. De otro modo no se explica que corran detrás de los autos, coman huesos, muerdan a la gente o trabajen de policías. En cambio, los gatos, inteligentes por naturaleza, existimos para vigilar la conducta de los hombres.

—No sé cómo te soporto.

—Tienes sueño, estás solo y me quieres.

—Un día de estos...

—¡Tonteras! Vamos a morir de viejos. Uno al lado del otro.

Me dormí apoyado en el escritorio y por la mañana desperté con los gritos de Anselmo. Estaba a mi lado, con una bandeja en la que portaba el desayuno más contundente que había visto en muchos meses: café, huevos, jamón, pan tostado y jugo de naranjas. Sin embargo, el desayuno no era lo más impresionante. Anselmo vestía un disfraz de piel roja. Pantalones y camisa con flecos, mocasines de gamuza y un penacho de plumas.

—¿Estoy despierto o es una pesadilla? —pregunté.

—Despierto y a punto de engullir un desayuno de palo grueso, don.

—¿Y el disfraz?

—Publicidad, don.

—Lo que sea, requiere una explicación.

—¿Le hablé alguna vez de mi compadre Menchaca?

—Nunca.

—Es un amigo que tenía una tienda de disfraces. El negocio funcionaba bien, pero este año lo pilló la crisis económica y quebró. Lo encontré la semana pasada y me contó que estaba liquidando la mercadería.

—¿Y? —interrumpí, deseoso de llegar cuanto antes al desenlace de la historia.

—Dijo que podía usar algunos disfraces como estrategia de venta y le compré una docena. La idea es vocear los diarios y los juegos de azar disfrazado de piel roja, mago, futbolista, vampiro, caníbal, cazador, duende, astronauta, pirata, marinero, payaso y detective privado.

—¿Detective privado?

—Sin publicidad no se vende. Para tener éxito en los negocios hay que imitar a las gallinas. Si no fuera por el cacareo nadie sabría de sus huevos.

—¿Estoy soñando?

—Además, tengo otra novedad —dijo Anselmo, indicando la bandeja—. El desayuno es a modo de despedida. Me cambio a un departamento que arrendé en el barrio. Fue un placer compartir el mismo techo, pero no hay como tener un lugar donde criar las propias pulgas. Solo tengo un problema, don. Me acostumbé a dormir en su tina, ¿puedo llevármela?

—Necesito que alguien me diga que esta conversación no es real.

—¿Quiere escuchar el grito de piel roja que ensayé?

Bebí dos tazas de café y un vaso de jugo. Los huevos, excesivamente salados, fueron a dar a la basura y sin ánimo de ingerir nada más, guardé el resto del desayuno en el refrigerador, lejos del alcance de Simenon, que en un descuido mío arrancó con tres gruesas rebanadas de jamón. Me di una ducha y salí de la oficina en dirección al «City». El día se presentaba caluroso y al dejar el edificio observé por un instante el quiosco de Anselmo rodeado por una gran cantidad de personas que seguían con interés su novedosa faceta comercial.

El «City» conservaba su tranquilidad de costumbre. Las mesas de madera invitaban a sentarse junto a ellas y su bien provista barra de licores era una tentación de la que no resultaba fácil escabullirse. Solo dos de sus mesas estaban ocupadas por ocasionales clientes, y ninguno de ellos era Cardoza. Me senté junto a la escalera que conducía al segundo piso y desde ahí contemplé el lugar. Los farolillos en forma de corazón que colgaban de las paredes, los vitrales multicolores y la puerta giratoria que vi empujar a Cardoza cuando llegó a nuestra cita.

—El informe demoró más de la cuenta —dijo, disculpándose de su retraso. Unas gotas de sudor corrían por su rostro y en sus ojos no existía el brillo belicoso de otras veces.

Le ofrecí algo de beber y eligió una cerveza.

—Entiendo que este es su bar favorito —dijo.

—Suelo encontrarme aquí con un escritor al que le cuento mis casos y una buena cantidad de mentiras. Luego él ordena mis historias y las publica en forma de novelas. No sé si venda muchos ejemplares de sus libros, pero el tipo se entretiene y eso ya es bastante. No se puede pedir todo en la vida.

—Los escritores no tienen idea de lo que es el trabajo de un policía —comentó Cardoza.

—La literatura es siempre una metáfora.

—Mi trabajo solo me permite pensar en informes y oficios.

Cardoza bebió un sorbo de cerveza y enseguida sacó una hoja de papel que traía en su chaqueta.

—El peruano murió hace dos días y no hay dudas de que fue asesinado —dijo después de examinar los apuntes escritos en la hoja—. Según la necropsia su cuerpo evidencia golpes en el pecho y en la nuca. Probablemente estaba muerto, o al menos inconsciente, cuando lo colgaron. El médico también encontró quemaduras de cigarrillo en las piernas y bajo vientre de la víctima. Eso indica que fue objeto de torturas. Feo asunto, Heredia. Se trata de un asesinato cometido por profesionales o por un desquiciado.

—¿Cuál es la diferencia?

—Un desquiciado nos puede llevar a cualquier parte y los profesionales a algo relacionado con negocios turbios.

—¿Y qué nos dice el lugar del crimen?

—La casa estaba desocupada. Las huellas que hay en los suelos son todas confusas. Si las investigamos nos encontraremos con las huellas de los zapatos de los asesinos, de Coiro, de los vecinos que entraron a la casa, y las suyas, Heredia.

—¿Investigaron la casa? ¿Quién es el dueño?

—Pertenece a una anciana que murió hace ocho meses. Sus herederos viven en San Bernardo y no han podido venderla porque aún no tramitan la posesión efectiva. Tampoco han intentado arrendarla. La casa requiere arreglos y ninguno de los herederos pretende invertir dinero. La anciana era viuda y tenía dos hijos. No fue

difícil ubicarlos; las vecinas conocían toda la vida y milagros de la mujer. Mi hipótesis es que los asesinos sabían de la existencia de la casa abandonada y la ocuparon para perpetrar el crimen.

—No está mal para empezar, Cardoza. ¿Algo más?

—¿Sabe dónde ubicar al hermano? —preguntó el policía—. Alguien deberá hacerse cargo del cuerpo o de lo contrario irá al cinerario de los indigentes y los muertos abandonados.

—No sé dónde ubicarlo —mentí—. El hombre llegó a mi oficina, contrató mis servicios y quedó en llamar para saber los resultados de la investigación.

—Me extraña que acepte trabajar sin requerir algunas referencias de sus clientes.

—Creí que se trataba de un asunto sin mayor importancia.

—La próxima vez pídale sus señas.

—Dalo por hecho, Cardoza.

—Pondré a mis hombres a trabajar entre los peruanos residentes en Santiago. Hay varios sitios donde se reúnen. Restoranes en la calle Santo Domingo, los alrededores de la Iglesia Catedral, la Parroquia Italiana, algunas tiendas ubicadas en la calle Teatinos.

—No parece muy entusiasmado.

—Los peruanos solo han venido a darnos trabajo. Peleas entre ellos, problemas de visas, robos a casas comerciales, tráfico de drogas. Líos y más líos. El último, y uno de los más jodidos, fue una pelea con resultado de muerte entre peruanos y chilenos, con motivo del partido de fútbol que la selección peruana le ganó a la chilena.

—Su manera de ver el asunto no es muy original, y por cierto, no la comparto.

—¿A qué se refiere?

—A la falta de hospitalidad, a la estupidez de creernos superiores a los demás. El mundo está lleno de racismos intolerantes y preocuparse por el color de la piel es un camino que no conduce a nada bueno. Onas, yaganes, aymarás, mapuches. Todos esos pueblos han sido o son combatidos. Vivimos en un país que desprecia a los que son diferentes.

Cardoza bebió otro sorbo de cerveza. Movié los hombros para dar a entender que el tema del racismo le tenía sin cuidado y que prefería regresar al conocido juego de las preguntas y respuestas.

—Usted iba acompañado cuando encontró al muerto. Las vecinas del barrio vieron salir a dos personas de la casa. ¿A quién le cubre las espaldas, Heredia?

—Probablemente esas señoras tienen problemas a la vista.

—Podría pensar que usted es el asesino y que tiene un cómplice.

—Y que llamé a tu casa para facilitarle el trabajo. No seas absurdo, Cardoza. Si yo no hubiera entrado a esa casa jamás habrían encontrado al peruano.

—Voy a creer en sus palabras, Heredia.

—Lo contrario sería una pérdida de tiempo para los dos.

—Usted es un hueso duro de roer —dijo Cardoza, y al tiempo que miraba hacia la

puerta del bar, preguntó—: ¿Por qué se dedica al negocio policiaco?

—La culpa es de un policía jubilado al que conocí cuando trabajé de vigilante en un hotel parejero. Pensé que el negocio policial era fácil. Me gusta inmiscuirme en las vidas ajenas y tengo paciencia para seguir y escuchar a la gente.

Más tarde, cuando el policía abandonó el bar, pedí prestado el teléfono al barman y llamé a Campbell. El periodista escribía el artículo sobre la muerte de Coiro con el que pensaba ocupar cuatro páginas de su revista. Lo puse al tanto de los antecedentes de la autopsia y pareció respirar más tranquilo cuando le dije que había omitido decir su nombre a Cardoza. Después salí del bar con la intención de ubicar a Roberto Coiro en el restaurante donde trabajaba. No estaba lejos del lugar, pero el sol caía sobre las veredas y eso, unido al mar humano que las recorría, transformó la caminata en un viaje hacia las profundidades del infierno.

El restaurante ocupaba una vieja casona de la calle Santa Rosa. Frente a su fachada tenía una pizarra con las especialidades culinarias de la casa: cebiches de cojinova, tiradito de corvina, picante de camarones, ostiones a la parrilla, ají de gallina, aguadito de pollo, tacu tacu y arroz chaufá. Era un restaurante popular, con mesas de madera, manteles tejidos a telar, sillas plásticas y algunas macetas con flores. Un mozo de cabellos largos llegó a mi lado y no pudo reprimir una mueca de desencanto cuando le dije que solo buscaba a Roberto Coiro.

—Coiro no está —dijo de mala gana.

—¿No es su horario de trabajo? ¿Pidió permiso o está de vacaciones?

—Ya no trabaja en este lugar. La dueña lo despidió ayer en la mañana, o tal vez debería decir que él se despidió a sí mismo.

—Explícate.

—¿Verdad que no desea comer nada? —preguntó el mozo, intuyendo que sus respuestas podían ser retribuidas con una buena propina.

—¿Qué sugieres?

—Lasaña de centolla.

—Debe costar un ojo de la cara.

—Es el plato del día. No necesitará desembolsar mucho dinero.

—Anota eso en tu boleta de pedidos, llévala a la cocina para que la preparen con un agregado de mucha prisa.

El mozo me obsequió una sonrisa de oreja a oreja y se alejó. Lo vi desaparecer a través de una puerta y a los pocos minutos reapareció portando una bandeja donde traía un pocillo con cebiche de lenguado y una copa de pisco sour.

—Cortesía de la casa —dijo, y se quedó a mi lado, esperando.

—¿Cómo fue el despido de Coiro?

—Andaba raro. Hace dos días llegó atrasado y tuvo un intercambio de palabras con la dueña. Ayer se equivocó en la preparación de dos platos y la patrona le mostró la puerta. El maestro ni siquiera protestó. Tomó sus cosas y se fue.

—¿Solía ser descuidado en su trabajo?

—Jamás. Es un buen maestro de cocina. Después de su partida, conversamos con los muchachos y más de uno opinó que Coiro lo había hecho adrede.

Bebí un poco de pisco sour y comprobé que estaba en su punto de preparación; no muy dulce ni tampoco cargado al limón. El mozo se apartó de la mesa, volvió a desaparecer por la misma puerta de la vez anterior y transcurridos algunos minutos regresó con el plato de lasaña.

—¿Sabes dónde vive? —pregunté.

—Lo ignoro. Era muy reservado con sus asuntos personales.

—La patrona debe tener registrado su domicilio. ¿Qué tal si lo averiguas mientras yo pruebo la lasaña?

El muchacho tomó un buen tiempo en las averiguaciones. Volvió cuando la lasaña comenzaba a ser un buen recuerdo.

—Mala suerte —dijo—. En la hoja de antecedentes de Coiro hay una dirección pero esta tarjada. Le pregunté el motivo de eso a la patrona y me dijo que esa dirección la había dado Coiro cuando comenzó a trabajar y que dos meses después se cambió de casa. Quedó en proporcionar la nueva dirección y nunca lo hizo.

—Ocultó su domicilio y se hizo despedir —pensé en voz alta—. Aparicio Méndez debe conocer la dirección de Roberto Coiro.

17

Regresé a la oficina, escuché música durante gran parte de la tarde y cuando comenzaba a oscurecer fui hasta la Plaza de Armas con la intención de encontrar a Méndez. Sabía que era difícil y aun así deambulé por la plaza observando a la gente y a los artistas callejeros. A cada minuto sentía más inútil mi búsqueda y solo por apostar en mi última esperanza recorrí la vereda ubicada a un costado de la Iglesia Catedral, donde solían reunirse muchos de los emigrantes peruanos. Caminé sin prisa entre los peruanos, oyendo sus voces, atisbando las expresiones de sus rostros, atento a la posible aparición de Méndez. Los peruanos, en su mayoría hombres y mujeres jóvenes, miraban al vacío sin otro afán que dejar pasar el tiempo mientras llegaba el dato de un trabajo o alguna noticia que alentara un cambio de suerte. Había algunas parejas acompañadas de niños que recogían papeles del suelo y correteaban de un lado a otro desobedeciendo las órdenes de sus padres. Las conversaciones en voz alta, las risas, los abrazos daban la ilusión de una reunión festiva, pero un halo de tristeza cubría el lugar.

Coiro había desertado del trabajo. ¿Coincidencia? ¿Maltrato? ¿Un empleo mejor remunerado? Tal vez Roberto Coiro había asesinado a su hermano menor y la salida del restaurante era el inicio de su fuga. Una y otra vez recorrí la vereda ocupada por los peruanos y solo conseguí llamar la atención de algunos de ellos. Me detuve junto a un quiosco y un muchacho espigado, que vestía polera roja y unos gastados pantalones azules, se acercó y me pidió fuego para encender el cigarrillo que equilibraba entre sus labios.

—¿Busca a alguien? —preguntó luego de dar la primera calada al cigarrillo—. Hace rato que lo veo dar vueltas.

En la voz del muchacho reconocí un resabio de sospecha o rabia contenida.

—A un peruano llamado Aparicio Méndez —respondí.

—¿Para qué lo busca? —preguntó y luego, sin esperar mi respuesta, agregó—: ¿Usted es de la policía?

—Quiero hablar con él acerca de una oferta de trabajo.

—No contestó mi pregunta —insistió el peruano.

—Si fuera policía no tendría paciencia para escuchar tu interrogatorio.

—Estamos cansados de que nos vigilen. Los tiras nos joden todo el tiempo. Si no es por la denuncia de alguna vecina, es porque uno de los hermanos está bebiendo una chela o se le ocurre gritar en la calle para chonguear un rato. Los viernes en la noche son habituales las redadas y por cualquier motivo le ponen las marrocas a algún peruano.

—Hoy en día todos somos sospechosos. El que cobra un cheque en el Banco o el que va a comprar al supermercado debe soportar las miradas de los guardias. Al que despacha un paquete en la oficina de Correos lo vigila un sujeto de uniforme. Hay guardias en las calles y en los andenes del Metro. En época de elecciones los políticos nos llaman ciudadanos, pero no somos más que sospechosos.

—No es lo mismo —alegó el peruano.

—¿Conoces a Méndez? —pregunté, sin ganas de oír sus protestas.

—No. Por aquí todo el tiempo está llegando gente nueva.

—Y a Roberto Coiro, ¿lo conoces?

—Tampoco, hombre.

Parecía sincero y no insistí en mis preguntas. El peruano habló de su trabajo en la construcción de un edificio y luego, cuando se percató de que no era mucho mi entusiasmo por su historia, apachurró el cigarrillo y se alejó levantando uno de sus brazos a modo de despedida.

Volví a caminar hacia la plaza. Me senté en un escaño a contemplar a la gente. Con el paso de las horas, el paisaje humano iba cambiando y comenzaban a emerger los seres nocturnos del centro de Santiago. Había perdido algunas horas de mi tiempo y aunque lo cuerdo era volver a la oficina y esperar la llamada de Roberto Coiro, algo imposible de definir me impulsó a seguir en la calle, aferrado a la ilusión de ver aparecer a Méndez. Dejé que pasaran los minutos y me sentí dolorosamente inútil.

Entonces decidí ubicar a Encina para ponerlo al tanto de lo sucedido con Alberto Coiro.

No tuve suerte en «El Audaz». Un mozo de rostro colorado me dijo que Encina no había llegado esa noche al salón. Pedí una cerveza y la dejé entibiar sobre el mesón. Por algunos minutos vigilé la puerta que estaba junto a la entrada a los baños y nadie salió por ahí. Dejé un billete junto a la cerveza y salí del lugar sin otra esperanza que respirar una bocanada de aire fresco. La noche seguía cálida y por la vereda tres muchachos caminaban sin prisa. Unos perros olfateaban el contenido de un bote de basura y un taxi, con sus puertas abiertas, aguardaba la salida de los clientes del salón. La sirena de una ambulancia me hizo pensar en una tragedia ocurrida en otro punto de la ciudad. No hay de qué preocuparse, la vida sigue igual, me dije. Mientras me alejaba del salón, recordé el libro de los samuráis del maestro Yamamoto Tsunetomo que leía cuando el insomnio se recostaba a mi lado. Para vivir, decía el texto, es necesario nutrirse de inteligencia, humanidad y coraje. La inteligencia es la capacidad de aprender de los otros; la humanidad hacer algo por los demás, y el coraje es «rechinar los dientes e ir hacia adelante, sin prestar atención a las circunstancias».

Decidí buscar al viejo Encina y mientras caminaba iba aspirando los aromas que emergían de las casas que enfrentaba a mi paso. El perfume de un Jazmín del Cabo, el olor de la tierra recién regada o de un bistec con ajo. Aromas que luego de cinco minutos dieron paso a un fuerte olor a desperdicios.

Estaba cerca del lugar que usaba Encina para dormir. Seguí caminando hasta oír los ladridos de unos perros, y en medio de éstos, un aullido penoso y prolongado, que parecía suspenderse en el aire indicando que algo especial ocurría entre los cartones y mantas pringosas donde dormían los vagabundos.

Me orienté por los aullidos y llegué hasta el rincón de Encina. El viejo estaba cubierto por una manta mugrosa y un perro negro intentaba despertarlo con el aliento de su hocico. Junto al cuerpo de Encina había una caja de vino y una ajada edición de *La Biblia*. El quiltro guardó silencio y fue entonces cuando advertí que volvía a dar un paso en falso en la investigación. Levanté la manta y de inmediato vi la herida que atravesaba el cuello de Encina. Los ojos del viejo miraban hacia un suelo de cartón y tierra, y bajo su boca se formaba un charco de sangre espesa. Por el color de la sangre y la rigidez de su rostro calculé que Encina llevaba algunas horas muerto y que su asesino lo había atacado mientras dormía. El resto del espacio estaba en orden y sin huellas de haber sido el escenario de una reyerta. Me incliné para cerrar los ojos del cartonero y cubrir su cabeza con la manta. El perro me observó con expresión lastimera.

—Tienes que buscar un nuevo amo —le dije.

El perro olfateó el cuerpo de Encina y luego miró hacia un infinito sin estrellas. El ruido proveniente de un refugio cercano llamó mi atención. Di dos o tres pasos y desde el interior de un enorme barril emergió el rostro barbado de un hombre que

hacía grandes esfuerzos por ver lo que acontecía a su alrededor. Era joven y su piel tenía el tono amaranto de los borrachines.

—¿Qué busca? No nos gustan los extraños —dijo con voz aguardentosa.

—Vine a ver al Abuelo —respondí.

—Viejo cabrón —agregó el hombre—. Si aún no llega es porque debe andar tomando solo. Parece que andaba forrado en plata, porque hoy amaneció curado y estuvo hablando huevadas todo el día. Por la tarde, cuando yo venía llegando del Matadero, dos tipos preguntaron por él. ¡Los mandé al carajo! No me gustan los sapos.

—¿Eso fue todo? —pregunté intuyendo que ocultaba una parte de la verdad.

El borrachín dio una mirada de reojo a su entorno.

—Se pusieron pesados. Uno de ellos me pegó un puñetazo en la cara. Les dije que podían encontrar al Abuelo en el salón de pool de la Gran Avenida.

—¿Dos hombres?

—Uno y dos. Ni uno más ni uno menos.

—¿Qué aspecto tenían?

—Dos hombres, grandotes. El que me dio la trompada era rubio.

—¿Los volviste a ver más tarde?

—No. ¿Usted, qué pito toca en el cuento? ¿Es amigo de los otros cabrones?

—Pasaba por el barrio y decidí visitar al Abuelo.

—¿Está bromeando? —preguntó el borracho, al tiempo que se dibujaba en su rostro una sonrisa despectiva—. En este condominio nadie recibe visita. A veces aparecen los pacos o unos cabros universitarios que nos traen pan y café por las noches.

Saqué un billete de mi chaqueta y lo dejé a su alcance. El hombre lo recogió con avidez.

—¡Buena onda, jefazo! Con estos pesitos tengo asegurado el botellín de mañana.

—Observa bien a esos hombres si vuelven.

—Tendré los ojos bien abiertos —dijo y luego preguntó—: ¿No va a esperar al Abuelo? Debe aparecer de un momento a otro.

—Dudo que pueda decirme algo de interés.

El hombre hizo un gesto de indiferencia y volvió a meterse en su refugio. En ese momento oí nuevamente los aullidos del quiltro. Encendí un cigarrillo y me alejé del lugar a toda prisa. Más tarde, desde una cabina telefónica llamé a Cardoza y le conté de mi hallazgo. El policía me hizo repetir el cuento dos veces y se resignó a olvidar algunas horas de sueño y ponerse a trabajar.

—Es evidente que la muerte del vago está relacionada con la del peruano. Bebió más de la cuenta, se fue de lengua y sus palabras llegaron a oídos de quienes mataron a Coiro. Si duda, ese fue el motivo de su asesinato.

—¿Por qué siempre los policías se preocupan del motivo?

—Un motivo claro siempre conduce al culpable.

—Es lo que decía Dagoberto Solís, tu profesor. Si la memoria no me falla, pronto se cumplirán diez años de su muerte.

—Hoy en día los profesores de la Escuela de la Policía de Investigaciones enseñan sus mejores casos —dijo Cardoza, y enseguida, agregó—: Usted estaba con él cuando lo acuchillaron en el Mercado Central. ¿Cómo fue eso? Nunca ha querido contármelo con todos sus detalles.

—Prefiero no recordarlo, Cardoza. Ahora tienes que preocuparte de otro muerto. ¿Qué piensas hacer?

—Recoger el cadáver y hacer algunas preguntas.

—Dudo que saques algo en limpio.

—Es el procedimiento a seguir.

—¿Tienes hijos, Cardoza?

—Dos pequeños. ¿A qué viene la pregunta?

—Hay un quiltro que perdió a su amo esta noche. Después de varios baños puede servir de compañía para tus hijos.

—¿De qué demonios está hablando?

18

Busqué mi auto y antes de ponerlo en marcha, encendí un cigarrillo. El desolado final de Encina me hizo recordar a los hombres que veía en las calles, abandonados a una existencia cuyo único horizonte era un trozo de pan y una botella de mal vino. Hombres cansados, perplejos frente al rumor de un festín al que nadie los invitaba. Tristes vagabundos, vigías involuntarios de una sociedad inmisericorde. Maldije en silencio sus suertes y luego de tres intentos conseguí encender el motor.

El auto se deslizó por Gran Avenida, Avenida Matta y Vicuña Mackenna, y al llegar a la Plaza Italia lanzó un gruñido de oso cansado y se negó a seguir andando. Intenté dar nuevo contacto al motor, sacudí el volante con un par de mamporros, menté la madre a los fabricantes, y nada. Me acerqué a dos punks que miraban pasar la noche en una esquina y ellos me ayudaron a estacionar a un costado de la calle.

Le di una palmada en el capó a modo de despedida y después de agradecer la ayuda a los punks caminé por la Alameda en dirección al poniente, recordando el itinerario de bares y picadas que realizaba años atrás, en mi época de estudiante de la Escuela de Leyes. Otra época, otro entusiasmo y un hígado más resistente a los exigencias del alcohol y las traspachadas. Otra época, con calles vacías a causa de la

vigilancia militar y el rigor del toque de queda. Otra época y con un paisaje humano diferente al que comencé a ver mientras caminaba en dirección al barrio cívico. Muchachos alegres, parejas de enamorados, oficinistas festivos, y una galería de rostros miserables que no conseguían ocultarse entre las sombras de la noche: Vendedores de *pizzas*, empanadas y sopaipillas; una mujer con dos niños a su lado hurgando en los tachos de basura, vendedores de casetes y libros pirateados; un lisiado que mostraba sus dos piernas cercenadas, dos ancianas ciegas cantando boleros. Me interné por el Paseo Ahumada en dirección a la Plaza de Armas, confundido en el gentío presuroso de todas las noches. Volví a mezclarme entre los peruanos reunidos en los alrededores de la plaza, y durante dos horas esperé inútilmente a Méndez. Desganado, como un caballo que ha corrido demasiadas carreras sin ganar, me dejé vencer por el hastío.

No lograba olvidar a Coiro y Encina. El fracaso quemaba mi piel y me hacía dudar. Toda mi experiencia en investigaciones parecía inútil. Estaba solo, sin ganas de regresar a la oficina o entrar a los bares del barrio, como si temiera que alguien me apuntara con un dedo. Deambulé sin rumbo, ajeno al brillo de las vitrinas y a los rostros que pasaban a mi lado, en una hora donde la mayoría de la gente estaba durmiendo o adormecía sus fatigas con algún estúpido programa de televisión. Me sentía ebrio de rabia y soledad. Quería perderme en el rincón más anónimo de la ciudad y como un animal que vuelve instintivamente a su refugio, llegué a un viejo cabaré donde años atrás había conocido a una bailarina llamada Andrea. Apenas crucé su puerta intuí que había cosas que no cambiaban. El lugar conservaba el aspecto decadente de antaño, el olor a humedad y tabaco, la música estridente. Solo habían cambiado las mujeres que bailaban sobre el escenario o recorrían la sala coqueteando con los clientes para conseguir una copa o que las acompañaran a un rincón donde, a cambio de dinero, se dejaban manosear durante unos minutos. Pedí una bebida y observé a la mujer que bailaba. Me sentía distante, solo, infinitamente solo. Por un instante creí volver al pasado y que era cosa de esperar unos minutos para ver aparecer a mi amiga. Nos iríamos caminando hasta mi departamento, con una breve pausa para beber una copa o comer. Pero ella era solo un recuerdo. Las bailarinas seguían jóvenes y bellas, y yo estaba más viejo, con el rostro surcado de arrugas y algunas canas en la cabellera. No tenía nada que ofrecer. Presté atención a la rubia que terminaba de bailar y desaparecía tras una cortina azul. Creí ver en ella la sonrisa de Andrea. Pasaron algunos minutos. Otra bailarina ocupó el escenario, encendí un cigarrillo y cuando aspiraba la primera bocanada la vi llegar. Sonrió y sus dientes relucieron en medio de la oscuridad. Me preguntó si podía hacerme compañía y le dije que no. Tomó mis manos y las puso sobre la perfecta desnudez de sus pechos. Dijo llamarse Elena. Repetí su nombre y dejé que mis manos se deslizaran hacia sus caderas. Desabotonó mi camisa y acercó sus pechos al mío. Su piel era suave y acentuó mi desamparo. Sabía que el cariño de la mujer tenía la fragilidad de una noche. Pensé que debía salir del cabaré y enfrentar de otro modo el fin de ese día.

Desperté sin recordar el momento en que había abandonado el cabaré. Miré el reloj sobre el velador y pensé que había dejado pasar muchas horas sin preocuparme de Coiro y Encina. Simenon llegó a mi lado y acaricié su cola blanca que relucía en la oscuridad del dormitorio.

—¿Qué puedo hacer a esta hora, Simenon?

—Leer a Shakespeare. ¿Qué otra cosa?

—Agradece que estoy desanimado. En otra ocasión esa respuesta te habría valido un puntapié.

—¿Cuál es el problema?

—El vacío, la ausencia, el perfume que quedó flotando en mis recuerdos —dije, al tiempo que reacomodaba mi cabeza en la almohada y cerraba los ojos con la intención de dormir.

Volví a despertar diez minutos antes del mediodía. Mientras me acostumbraba a la luz, tuve la sensación de estar inmovilizado. No sentía dolor ni sufría los efectos de una resaca, pero era incapaz de moverme, como si un ente maligno hubiera robado mis energías. Recordé el manido chiste: «Si después de los cuarenta años te despiertas y no sientes dolor, quiere decir que estás muerto». No me hizo gracia. El desgano era intenso y contradictorio. No quería hacer nada para revertir la situación, y al mismo tiempo deseaba caminar hasta la ducha, sentir el agua sobre mi piel y luego preparar una buena taza de café. Sin embargo esa mañana parecía condenado a la quietud. El reloj del entusiasmo había dejado de funcionar en mi interior. Cerré los ojos esperando que el desgano se esfumara y al hacerlo tuve la impresión de hundirme dentro de la cama, en una especie de caída sin fin. La sensación duró lo suficiente como para llegar a sentir pánico, y luego, cuando tuve el valor de abrir los ojos, supe que el desgano se batía en retirada, que podía reconocer los viejos muebles del dormitorio y resurgía el recuerdo de mi nombre y de las cosas que deseaba realizar ese día. Volví a tener conciencia de mi cuerpo; pude mover una mano y después la otra, tocar la punta de mi nariz y sentí mi cuerpo invadido por el calor que entraba por la ventana entreabierta del dormitorio.

Odiaba el calor del verano y su implacable persecución por cada rincón de la ciudad. Recordé cuando conducía un taxi y debía recorrer las calles atestadas de vehículos. Dejé de pensar en el calor y en el pasado y caminé hasta la oficina. Junto al escritorio, apoltronado en mi sillón, reconocí que no sabía cómo seguir adelante con la investigación. Durante una hora no hice más que revisar los cuadernos que guardaba en mi escritorio, llenos de anotaciones relacionadas con mis trabajos. Al leer uno de los cuadernos comprobé que mi última investigación de interés tenía ocho meses de antigüedad y se relacionaba con la muerte de un crítico literario. Las demás investigaciones se reducían a la búsqueda de familiares perdidos, un caso de estampillas robadas y las cobranzas que me encargaba el abogado Alfredo Razetti.

Las cuentas no podían ser alegres ni tampoco tenía esperanza de incrementar la cartera de clientes.

20

En medio de la lectura, entre el pausado ir de una página a otra, comencé a pensar en el nombre del amigo de Encina: ¿Malbrán? ¿Márquez? ¿Macías? El nombre tardó en acudir a mi memoria y al recordarlo, lo sentí como el último aullido del quiltro que acompañaba al cartonero en su deambular por la ciudad. ¿Macías? Había estado junto al Abuelo cuando los desconocidos llevaban a Coiro hasta el lugar de su muerte. ¡Macías! Su nombre era un hilo suelto que debía recoger y por eso, sin dar más vueltas al asunto, dejé de lado la novela y salí a toda prisa de la oficina.

Sin embargo no llegué muy lejos. Primero, porque recordé que mi auto seguía estacionado en los alrededores de la Plaza Italia y por lo tanto, para desplazarme debía abordar un bus o caminar hasta la estación del Metro ubicada a una cuadra de la oficina. Y segundo, porque a la salida del edificio quedé paralizado frente a la imagen de Anselmo. Estaba disfrazado de Chaplin y daba brincos alrededor de su quiosco, promoviendo los boletos del Kino y los diarios que vendía. Me acerqué y le pregunté por los progresos de su negocio.

—Mientras aguante el cuero, todo irá bien —respondió, despegando el bigotillo falso que lucía sobre sus labios—. ¿Y usted, dónde andaba? Ni siquiera el mayordomo del edificio, con lo chismoso que es, pudo, darme una cuenta de sus pasos.

—Me sorprende. Si algo sobra en esta ciudad son los chismosos.

—No se enoje, don. El mayordomo cumple mis instrucciones.

—¿Conoces el horario de visitas en los hospitales públicos? —pregunté, sin ganas de profundizar en los cuidados de Anselmo.

—La última vez que estuve en un hospital fue cuando me accidenté en la pista de carreras, y de eso, usted lo sabe tan bien como yo, han pasado muchos años.

—Fue poco antes de conocernos. Yo estaba en el hipódromo la tarde que ocurrió el accidente y después seguí tu recuperación a través de los diarios. Eras un buen jinete, Anselmo, aunque te faltó más suerte a la hora de contratar tus montas. Corrías caballos de segunda categoría y aun así lograbas hacerlos galopar.

—No me gusta recordar el accidente, don. Fue el fin de mi profesión de jinete.

—Entonces, no se habla más del asunto —dije, y luego de una pausa, agregué—:

Necesito que me hagas un favor.

—Usted dirá, don. Si se puede, se puede, y si no, se lo digo.

—Dejé mi auto en la calle Vicuña Mackenna, a media cuadra de la Plaza Italia, por la vereda poniente. Necesito un mecánico que vaya a buscarlo. Uno que sepa hacer milagros.

—Tengo un amigo que nos hará la gauchada. Saber que usted está con el auto averiado me remuerde la conciencia. No olvido que yo le regalé el Chevy.

—¡A auto regalado no se le miran las tuercas! Cuento contigo para recoger esa chatarra.

En mi camino hacia la estación del Metro, crucé frente a la casona donde años atrás había funcionado la *Boite Zeppelin*, uno de los grandes refugios de la bohemia santiaguina del siglo veinte, y en la cual, según había leído en un libro de Oreste Plath, el pianista Claudio Arrau interpretó una pieza de *jazz*. De la boite no quedaba nada, y su nombre sobrevivía en la memoria de los vecinos más viejos o en los escritos de algunos cronistas nostálgicos.

A Griselda, la vecina que vendía dulces a la entrada de la estación, le pregunté sobre el horario de visitas a los enfermos. Me informó que las visitas comenzaban a las cuatro de la tarde. También me contó el largo historial de enfermedades de su marido, hospitalizado por causa de una descompensación diabética. Sin excusa para no trabajar en la investigación y haciendo acopio de todo mi ánimo, entré en la estación del Metro.

Era un horario de baja afluencia de pasajeros. Subí al primer tren que arribó a la estación y pude descansar mi humanidad en uno de sus asientos y dejar que mis ideas divagaran a la misma velocidad del tren. Edificios, casas, árboles, autos, puentes y carteles de publicidad. Todo parecía ser parte de una película filmada por un camarógrafo nervioso o apurado en terminar su trabajo y regresar a casa. Atrás quedaron dos estaciones y luego el tren se hundió en la oscuridad de la línea subterránea. El paisaje externo cambió por la imagen de mi rostro reflejada en la ventana del vagón. Tenía la frente cubierta de sudor. Mis mejillas necesitaban una rasurada vigorosa y mi cabellera una urgente sesión de peluquería. Estuve tentado de cerrar los ojos y dejarme llevar por el traqueteo monocorde. ¿Valía la pena seguir investigando? La pregunta me sorprendió cuando el tren se detuvo en la estación Franklin, y una vez más, como en otras ocasiones del pasado, me respondí que era algo inevitable, relacionado con la mirada sin vida de Encina. Seguramente a nadie le importaba la suerte del viejo. Era una cifra en la estadística de vagos muertos en la vía pública. Debía dar algún sentido a su muerte y encontrar al responsable aunque solo fuera para tranquilizar mi conciencia.

El tren volvió a ponerse en marcha y cuando se detuvo en la siguiente estación, abandoné el vagón y busqué la puerta de regreso a la superficie.

Ubicar a Macías fue fácil. Hice un par de preguntas en la oficina de informaciones, donde una funcionaría revisó el listado de enfermos y me indicó el

pabellón y la sala donde se encontraban los dos internados de apellido Macías existentes en ese momento en el hospital: un profesor llamado Gaspar, que había sido atropellado por un taxi a la salida del colegio, y Jacinto, un hombre de sesenta y seis años al que habían recogido en la calle. Deduje que este último era el amigo de Encina y luego de agradecer la información caminé hacia la sala donde estaba internado.

Llegué a un pasillo donde había medio centenar de personas esperando que comenzaran las visitas. Formaban pequeños grupos y comentaban en voz alta las dolencias de sus enfermos. Minutos después apareció un funcionario que dio las instrucciones a seguir para entrar a los pabellones. Se formó una fila y cuando llegó mi turno, el funcionario preguntó la identidad del paciente al que visitaba y me dejó entrar sin más tramitaciones.

Macías compartía sala con ocho enfermos más. Su cama estaba ubicada junto a una pared y su cuerpo era una mancha oscura que desentonaba bajo las sábanas blancas. Me acerqué y revisé la hoja clínica que colgaba de un tablero, a los pies de la cama. Leí el nombre de Macías y la volví a dejar en su sitio, sin querer profundizar en los detalles de un diagnóstico que incluía problemas diabéticos y cirrosis hepática, entre otros males.

—Macías —dije, acercando mi rostro al del enfermo.

Me observó con atención, extrañado. Tenía la piel adherida a los huesos de su rostro; sus brazos, picoteados por diversas sondas, se veían flacos y cubiertos de moretones. Unos cabellos blancos cubrían su frente y en su boca sobrevivían dos o tres dientes amarillentos.

—Vine a verlo por encargo del Abuelo —dije.

—¿El Abuelo? —preguntó, mirando a su alrededor, como si hubiera esperado ver a Encina entre las personas que en ese momento visitaban a sus enfermos.

—El Abuelo —insistí, y en el rostro del enfermo asomó una sonrisa.

—Quiere ganar la apuesta —dijo con voz apagada.

—¿Qué apuesta? —pregunté.

—Hace tiempo, mientras bebíamos unas copas, apostamos quién de los dos se iría cortado primero. Si no ocurre un milagro, el cabrón va a ganar. Me queda poco para entregar la herramienta. No necesito ser adivino para darme cuenta.

Cerró los ojos. No tenía mucho tiempo para hacer mis preguntas. Me acerqué lo que más pude y pausadamente recordé la borrachera de él y Encina frente a la casa donde había muerto Alberto Coiro. Macías asintió a cada uno de los detalles y cuando llegué a la pregunta sobre los extraños que acompañaban al peruano, su mirada se hizo más intensa.

—¿Quién es usted? —preguntó, desconfiado.

—¿Reconoció a uno de esos hombres? —retruqué, sin hacer caso a su pregunta.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Usted le ganó la apuesta a Encina y estoy seguro que fue por culpa de uno de

esos hombres.

—¿El Abuelo está muerto?

Volvió a cerrar los ojos y temí que fuera para siempre. Le hablé en voz baja relatándole los pormenores de la muerte de su amigo. Él apretó la boca y su rostro se desfiguró de dolor.

—Dos y el peruano —balbuceó, sin abrir los ojos.

—¿El peruano iba acompañado por dos hombres? —pregunté.

Macías respondió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Reconoció a alguno de ellos? —insistí.

—Gambino —dijo Macías y volvió a abrir los ojos.

—¿Quién es Gambino?

—El Paco Gambino.

—¿Quién es el Paco Gambino?

—No sé más. Con ese nombre se le conoce en el barrio.

—Volveré a verlo en otra oportunidad —dije, al tiempo que buscaba una de sus manos y la estrechaba entre las mías.

—No pierda su tiempo —dijo y miró la pared que tenía junto a su cama—. Pronto estaré charlando de nuevo con el Abuelo.

Salí del hospital y enfrenté un horizonte asoleado sobre el que se recortaban una docena de edificios, dos grandes depósitos de agua y los árboles de un parque por el que paseaban niños en bicicleta y algunos ancianos soportaban de mala gana los rigores del sol. Me pregunté si existiría un camino para encontrar al mentado Gambino. No era un apellido común. Tal vez revisando la guía telefónica obtendría alguna pista. Necesitaría de mucha paciencia para tomar la guía, llamar por teléfono e intentar un diálogo con los interlocutores. Nada fácil. Debía confiar en mi buena suerte y tal vez en la ayuda de Cardoza.

Al revisar el contenido de mi billetera comprobé que me acercaba peligrosamente a una época de vacas flacas. Necesitaba dinero para continuar mi trabajo y comprar la comida de la semana. Antes de llegar a la estación del Metro vi una sucursal hípica y decidí dar una oportunidad a la fortuna. Había una cincuentena de apostadores; unos con las miradas fijas en los dividendos reflejados en una pantalla y otros concentrados en los pesos de los jinetes y la distancia de las carreras. La sucursal era el reflejo del país. Había eso que los políticos llaman modernidad y que se manifestaba en los medios electrónicos que permitían hacer diferentes apuestas simultáneas o conocer el resultado de una carrera en otras ciudades. Pero el progreso solo llegaba hasta ese punto, porque en medio de la tecnología avasalladora, los hombres de la sucursal parecían los sobrevivientes de una catástrofe nuclear. En su mayoría eran tipos vestidos con ropas andrajosas, ancianos flacuchentos y los infaltables borrachines del barrio.

Quería jugar y no sabía qué caballo elegir. Aposté en la primera competencia del programa y solo conseguí reducir el volumen de mi billetera. En las siguientes tres carreras recurrí a todas mis cábalas. Jugué a un caballo cuyo jinete vestía casaquilla roja, a otro que venía de llegar tercero en sus últimas cinco carreras y a un tercero que tenía nombre de músico. Perdí en las tres ocasiones y en mi billetera comenzó a vivir su soledad un ajado billete de diez mil pesos. La lógica indicaba abandonar la sucursal y conservar el último billete para una causa más segura. Sin embargo, la lógica no es algo que oriente mis pasos, menos aun si se trata de apostar y estoy con la sangre caliente. Revisé el listado de competidores de la siguiente carrera y encontré un nombre que hizo palpitante mi corazón. El caballo se llamaba «Guapo y Varón». Cargaba sesenta kilos en sus lomos y pagaba un dividendo de treinta veces a la cantidad apostada.

—¿Quiere jugar los diez mil? —preguntó la cajera, luego de revisar la autenticidad de mi billete.

—A ganador —respondí—. Los apostadores de verdad juegan a ganador.

Me ubiqué cerca de la pantalla de televisión en el momento en que los caballos salían del partidito y comenzaban a correr los primeros tramos de la competencia. «Guapo y Varón» lo hizo por los palos y hasta los primeros quinientos metros se

mantuvo en el quinto lugar. Su galopar era tranquilo y el jinete lo dejaba correr sin exigencias, reservando el rigor de la fusta para los últimos metros. A mi lado, dos apostadores gritaron el nombre del caballo que lideraba la competencia. Era el favorito, y pese a eso, me bastó observarlo unos segundos para saber que no llegaría de los primeros a la meta. Su tranco era forzado y a lo más le serviría para alentar momentáneamente las esperanzas de los que habían apostado a la velocidad de sus cuatro patas. Al entrar en tierra derecha, el jinete de «Guapo y Varón» lo ubicó por el lado externo de la pista. Luego le dio un par de golpes y lo dejó correr con la libertad del viento. Ganó por dos cuerpos de ventaja y cuando llegó a la meta en la sucursal se instaló un silencio fúnebre, solo alterado por las maldiciones destempladas de un apostador ubicado junto a una de las cajas.

Tengo leña para quemar en la chimenea, me dije mientras salía de la sucursal. Podía proveer mi despensa, pagar la reparación del auto y dejar una reserva para los gastos de la semana. Feliz y agradecido de la fortuna, enfilé hacia mi departamento con la intención de escuchar a Mahler y leer la novela de Mijaíl Bulgákov que ocupaba mi atención en los últimos días.

—Vino Anselmo y dejó estas llaves —creí que decía Simenon, al tiempo que indicaba con sus patas el llavero sobre el escritorio.

—Siempre se puede confiar en el viejo Anselmo —dije, mientras guardaba en mi chaqueta las llaves del auto—. Seguro que el cacharro recuperó sus energías.

—Yo, en tu lugar, pensaría en comprar otro vehículo —agregó Simenon.

—No exageres.

—Sabes que me conformo con poco, de otro modo no estaría a tu lado. Tu aspecto da lástima. Deberías aprovechar las ganancias para comprar una camisa.

—Tengo cosas más importantes en qué pensar.

—Coiro, Encina, el desconocido Gambino. Qué manía la de armar rompecabezas a los que les faltan piezas.

—Necesito un poco de fortuna para encontrar a Gambino —dije, mientras el gato se extendía encima del escritorio.

—Nada asegura que Gambino sea la pieza que falta.

—Pero mientras no haya otra cosa en qué pensar...

—¿No crees que es tiempo de buscar a Roberto Coiro?

—Todo en su momento, Simenon.

Eran dos muchachos: uno alto y musculoso, y el otro, pequeño y delgado, como bailarín de *ballet*. Vestían unas camisetas negras que dejaban al descubierto sus músculos y tatuajes. El más grande hizo girar una antorcha con su mano derecha, y a sus espaldas, el pequeño retrocedió dos pasos y luego dio un brinco de gacela que lo dejó sobre los hombros del grandote. La antorcha giró un par de veces en una y otra mano del más grande, y enseguida, como atraída por un imán invisible, subió hacia lo alto y fue a descansar en la mano izquierda del muchacho más pequeño, que colocó algo en su boca, atrajo hacia ella la antorcha y dejó que de su garganta brotara una repentina llama roja. Repitió el truco varias veces y la gente que los rodeaba aplaudió con entusiasmo. Algunos depositaron monedas en el sombrero que los muchachos habían dejado sobre el suelo, y los más se alejaron cabizbajos y en silencio hacia las cuatro esquinas de la plaza.

El reloj marcaba las diez de la noche. Llevaba quince minutos sentado en un escaño de la Plaza de Armas sin otra ocupación que observar a la gente y fumar. Nada nuevo en mi vida de fisgón a tiempo completo, de pasajero en un viaje de preguntas que iban quedando en el camino, la mayoría de las veces sin respuesta.

El muchacho pequeño contó las monedas acumuladas en el sombrero y el otro metió dentro de un bolso los implementos empleados en el espectáculo. Luego, algo se dijeron entre sí y caminaron hasta quedar a los pies de la estatua del cardenal Raúl Silva Henríquez. El grandote sacó una cajetilla de cigarrillos del bolso y le ofreció uno a su socio. Fue en ese momento que lo vi, sentado en el suelo, a unos cinco metros del lugar donde los muchachos habían presentado su espectáculo circense. Seguía fascinado por el recuerdo de las llamas. Lo vi y sin pérdida de tiempo caminé a su encuentro con el temor del viajero que ve cómo su tren comienza a salir de la estación.

—Lo andaba buscando —dije, deteniéndome junto al peruano.

Méndez, sobresaltado, pareció despertar de un sueño, y solo cuando se puso de pie logró reconocermé.

—El amigo detective —dijo, sonriendo.

—Vine a buscarlo varias veces en los últimos días y hasta ahora la suerte me fue esquivá.

—Me enviaron a hacer un trabajo fuera de Santiago; a levantar una casa en el balneario de Santo Domingo.

—¿Ha visto a Roberto Coiro?

—No lo veo desde el día que lo acompañé a su oficina. Volví esta tarde a Santiago. Fui a dejar el equipaje a mi casa y luego vine a dar una vuelta por la plaza. Tal vez piense que estoy loco, pero extrañaba a la gente, la bulla y los espectáculos. También necesitaba oír hablar a mis compatriotas; saber algunas noticias del Perú y enterarme de la suerte de los amigos.

—Me suele pasar lo mismo. Es la magia de la ciudad la que nos atrae y nos convierte en seres anónimos, sin más compañía que la conciencia y los buenos

recuerdos.

—Tal vez sea como usted dice —dijo Méndez, y luego de una pausa que ocupó en secar el sudor de su frente con un pañuelo, preguntó—: ¿Para qué deseaba verme?

—Necesito conversar con Roberto Coiro. Lo fui a buscar a su trabajo y me informaron que ya no seguía en ese lugar.

Méndez hizo una mueca de interrogación y miró a su alrededor, como buscando una respuesta para su sorpresa.

—¿También andaba en Santo Domingo? —insistí.

—No, claro que no. ¿Cómo se le ocurrió a Roberto dejar el restaurante?

—Es lo mismo que me pregunto.

—¡Se volvió loco! Con lo que le costó encontrar ese empleo.

—Quiero que me ayude a ubicarlo.

—¿Ahora? —preguntó el peruano, sin salir aún de su asombro.

—Cuanto antes lo ubique, mejor.

—¿Le pasó algo al hermano de Roberto?

—Se convirtió en uno de los protagonistas de una historia inconclusa. Lo invito a una cerveza y le cuento los detalles. No es cosa de hablar en la calle.

—¿Qué quiere decir con eso?

Aparicio Méndez bebió la cerveza y se quedó en silencio, sin saber qué decir después de haber escuchado mi relato acerca de la muerte de Alberto Coiro.

—Otro peruano que baila con la fea. ¿Por qué? ¿Quién fue? —preguntó.

—Dos preguntas para las que busco respuestas. Tengo mis sospechas, pero hasta ahora son más frágiles que romance de adolescentes.

—No sé qué decir, Heredia. Lo llevaré al lugar donde vive Roberto. Seguramente no sabe lo ocurrido.

—Sinceramente espero que sea así. De lo contrario tendría que pensar mal de él.

—No creerá que Roberto tiene algo que ver con la muerte de su hermano.

—Por ahora no creo en nada, Méndez. Solo husmeo y hago preguntas. Tendremos una noche larga. Si lo prefiere, beba otra cerveza antes de ponernos en camino.

Seguí los pasos de Méndez por la calle Catedral, con el peso de la historia que acababa de contar en mi memoria, junto al recuerdo de otras muertes con las que había convivido desde que estableciera mi oficina de investigaciones legales. Pensé en los titulares de la prensa del día siguiente y en ninguno de ellos imaginé una referencia a la muerte de Encina. Apenas nos alejamos un par de cuadras de la plaza, la ciudad se volvió más oscura y comenzamos a oír el eco de nuestros pasos sobre las veredas. Méndez seguía empeñado en su silencio, pensativo y concentrado en la ruta trazada. ¿No podía ser como los demás mortales y estar a esa hora en mi casa, frente a un televisor o un plato de lentejas recalentadas, sin otras preocupaciones que el pago de las cuentas o la mala conducta de los hijos en el colegio?

¿No podía renunciar a las preguntas y dejar que otros pensaran por mí y me hicieran soñar con un paraíso inexistente? Desde luego que no podía. Llevaba

demasiados años en lo mismo, y aunque sabía que el mundo giraba en el sentido contrario, seguía obsesionado con la búsqueda de una justicia que la mayoría de las veces resultaba fragmentada y efímera. Estaba jodido; era incapaz de abandonar mi adicción por las causas perdidas, la poesía, el *jazz*, las novelas de Dumas y Dickens, la rebeldía que me hacía soñar con un mundo organizado de otra manera.

Méndez se detuvo frente a un portón que limitaba el acceso a un estacionamiento de autos. A los costados se erguían unas fantasmales casonas de tres pisos que lucían deshabitadas. Empujó el portón y éste cedió lentamente, dejando una brecha que usamos para entrar. En el interior había cuatro largas hileras de autos que terminaban frente a un galpón, al fondo del estacionamiento. La oscuridad se hizo más densa y temí ser víctima de una emboscada. Llevé mi mano derecha al costado del cinturón donde solía llevar mi pistola, pero esa noche la había dejado en el cajón superior de mi escritorio y no portaba más armas que los puños y mis piernas que aún corrían con aceptable agilidad.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—No se impaciente —respondió el peruano y siguió caminando hasta llegar frente a la puerta.

A través de unos ventanucos salía una tímida luz del interior del galpón. Agucé el oído y oí una melodía pegajosa. Me ubiqué tras la espalda del peruano, alerta a sus próximos movimientos. Méndez golpeó suavemente la puerta y sin esperar una respuesta, entró. Caminé tras de él y quedé frente a un espectáculo que no habría podido imaginar. El interior estaba fragmentado en una veintena de compartimentos, cuyas divisiones habían sido levantadas con cartones, restos de maderas y diarios. En cada uno de los espacios vi grupos de adultos y niños recostados sobre mantas y colchonetas colocadas a ras de suelo.

—¿Dónde estamos? —insistí.

—Hay gente que no se cansa de inventar negocios —respondió el peruano—. El dueño del estacionamiento arrienda el galpón a los peruanos que necesitan un lugar donde dormir. Al principio eran dos familias, pero después siguió parcelando el galpón hasta llegar a una veintena de alojamientos. El negocio es ilegal, pero eso no inquieta al dueño. Coimea a los inspectores municipales. No le importa el hacinamiento, los peligros de incendio y la falta de servicios de aseo. Sabe que ningún peruano va a reclamar ni menos recurrir a los carabineros. Si se quejan, los amenaza con denunciar que están en Chile sin visa de residencia.

—¿Qué hay de Coiro? —pregunté, observando a una niña de rostro sucio que acurrucaba en su pecho a una muñeca de plástico a la que le faltaba la pierna derecha. A su lado, un niño de pocos años mordisqueaba una manzana.

—Coiro arrienda un espacio ubicado al fondo del galpón. Déjeme saludar a un par de conocidos y vamos a conversar con él.

Asentí con la cabeza y sonreí al mocosito de la manzana. El niño lanzó un grito festivo y corrió a refugiarse en los brazos de su madre. La mujer estaba sentada sobre

un colchón, con su espalda apoyada a una pared de la que pendía la imagen del mulato Martín de Porres, el santo peruano que, según recordaba de mis clases de religión del orfanato, fundó en Lima la primera casa de acogida para niños abandonados.

El cubículo de Roberto Coiro no medía más de cinco metros cuadrados. En su interior había dos colchonetas separadas por un cajón que hacía las veces de mesa y sobre el cual vi una guía turística del Perú y un cenicero. De las paredes colgaban afiches del Cuzco y un banderín del equipo de fútbol Alianza de Lima. De una percha colgaba una casaca de cotelón. Uno de los colchones estaba desocupado y en el otro yacía Coiro, cubierto hasta el cuello con una sábana grisácea. Tenía mal aspecto y por su frente escurría un hilillo de sudor. Parecía un maratonista desfalleciente.

—Hace tres días que tengo fiebre —dijo, anticipándose a nuestro saludo.

Méndez se agachó junto al enfermo y le puso una mano sobre la frente. Retrocedí hasta quedar junto a la entrada.

—Te vuelas de fiebre, pata —dijo Méndez a Coiro—. ¿Has tomado alguna medicina?

—La vecina me trajo una infusión de tilo —respondió Coiro.

—Necesitas un médico.

—Ya pasará. No te preocupes.

—Conozco a un médico peruano que vive por aquí cerca. Si le digo que es para un compatriota, viene de inmediato —agregó Méndez. Enseguida, se puso de pie y salió del lugar.

Algo me molestó en la actitud de Coiro. Su tono quejumbroso o el hecho de no reconocerme cuando me acerqué a su lado.

—Soy el detective que contrató para encontrar a su hermano —dije.

—Disculpe usted. La cabeza me retumba y no puedo ver bien.

—Tengo que hacerle algunas preguntas.

—Diría que me trae malas noticias, señor...

—Heredia —dije. No era muy alentador tener clientes que ni siquiera se acordaran de mi nombre.

—Lo siento, de verdad lo siento —se excusó con tono compungido.

—Después que usted estuvo en mi oficina, ¿volvió a ver a su hermano?

—No.

—¿Tuvo noticia de él? ¿Una llamada telefónica, una carta, algún recado?

—No.

—¿Vino alguien a preguntar por su hermano?

—No.

Las tres negaciones me dolieron como una patada en el vientre. Respiré hondo y continué el interrogatorio.

—Me contaron que usted y su hermano no se llevaban bien. Que usted quería echarlo de aquí.

—¿Quién le contó esas mentiras?

—Aspén.

—No lo conozco, pero no me cabe duda que es un embustero. ¿Por qué tantas preguntas, Heredia?

—Detesto ser engañado, y quiero comprobar que usted no tiene la intención de hacerlo —dije y antes que el peruano respondiera, agregué—: Fui al restaurante donde usted trabajaba y me dijeron que lo habían despedido.

—Me cansé de las humillaciones.

—Usted necesita ese trabajo —interrumpí.

—Tengo otro restaurante donde me van a contratar. Por eso hice un par de cosas que sabía molestarían a la dueña. Por culpa de la fiebre no pude presentarme en el nuevo trabajo y ahora no sé si me acepten.

—¿Cómo se llama el nuevo restaurante?

—«El bodegón de Pizarro». Lo instaló un chileno que vivió exiliado en el Perú.

Parecía una historia auténtica. Decidí creerla hasta no encontrar argumentos para pensar lo contrario. Sentía ganas de fumar, pero la imagen del peruano afiebrado me obligó a reprimir el deseo.

Había llegado el momento de informar a Coiro sobre la suerte de su hermano y solo por retardar ese momento, pensé en una última pregunta.

—¿Mencionó su hermano alguna vez a una persona llamada Gambino?

—Gambino —murmuró Coiro, y luego de una pausa, añadió—: Tres o cuatro meses atrás, en víspera de un domingo, dijo que viajaría a Valparaíso por un trabajo para un tal Gambino.

—¿Sabe quién es?

—No.

—¿Algo más sobre el trabajo de su hermano en Valparaíso?

—Regresó con una radio que luego empeñamos para pagar la deuda del almacén. Le pregunté de dónde la había sacado y volvió a mencionar a Gambino. ¿Por qué tantas preguntas? ¿Alberto hizo algo malo?

—Hasta donde he logrado averiguar, solo escogió mal a sus amistades.

—¿Qué quiere decir con eso?

y delgado, que portaba el típico maletín de los matasanos. No se tomó la molestia de saludar. Se inclinó junto al enfermo y sacó de su maletín un estetoscopio con el que le auscultó el pecho. Méndez hizo una seña para indicarme que abandonáramos el cuartucho. Al salir vi algunos rostros dirigidos hacia el rincón habitado por Roberto Coiro.

—Es mejor que el médico trabaje tranquilo —dijo Méndez.

—Sí, podemos descubrir sus secretos —acoté.

—Por suerte aceptó venir a ver a mi compadre.

—No alcancé a decirle que Alberto está muerto.

—Quisiera estar lejos cuando se lo diga.

—Alguien tiene que decirle la verdad.

—¿Puede esperar a que se mejore?

—Roberto debe retirar el cuerpo de su hermano y además es probable que pronto reciba la visita de la policía.

—Parece tener respuesta para todo, Heredia.

—Ojalá fuera así, Méndez.

—¿Va a seguir investigando?

—Cuando una bola de nieve comienza a rodar, es difícil detenerla.

—Dudo que Roberto pueda pagar sus servicios por mucho tiempo.

—Ya habrá tiempo para preocuparse de eso —dije, y al tiempo que comenzaba a caminar hacia la puerta del galpón, agregué—: Avíseme cuando el matasanos termine su trabajo.

La noche había refrescado, pero persistía en el aire una sensación de calor proveniente del asfalto y de las luces que iluminaban la cuadra. Todo estaba tranquilo, a la espera de una nueva jornada y del bullicio que volvería por ese barrio ocupado por tiendas de géneros, talleres, estacionamientos y un par de restaurantes que funcionaban de día, atendiendo a las obreras y empleados del sector.

Encendí un cigarrillo y quedé a la expectativa, como esperando que el humo del tabaco despertara la ira de un monstruo desconocido. Pero no pasó nada. Durante varios minutos escuché el rumor de la ciudad que se apagaba. Luego oí un ruido de tacones y vi aparecer la silueta de una mujer. Caminaba despacio, como contabilizando los pasos que le faltaban para llegar a su destino. Se detuvo al advertir mi presencia junto al portón. Era morena y joven. Vestía una polera ceñida a sus pechos y un pantalón oscuro. Su cabellera ensortijada le llegaba hasta la cintura, y el neón de la calle la rodeaba de un resplandor fantasmal.

Por un segundo pensé que se trataba de una jugada de mi imaginación o la imagen del ángel encargado de conducirme al infierno. A despecho de mis temores, pasó junto a mí y empujó el portón. La busqué con la mirada para observarla por última vez. Ella se detuvo, retrocedió unos pasos y quedó con sus ojos a la altura de los míos.

—¿Espera a alguien? —preguntó.

—Estoy de visita en lo de Roberto Coiro —respondí, entregándome a la seducción de su voz—. Salí a tomar aire. ¿Y usted?

—Vivo aquí —contestó indicando hacia el interior del estacionamiento.

—La vi llegar y no parecía muy entusiasmada.

—Si ya ha visto el interior, entenderá mi falta de entusiasmo.

—¿Quiere un cigarrillo? —pregunté.

—¿Por qué no? —se preguntó a sí misma, y luego, al tiempo que sacaba un cigarrillo de mi cajetilla, afirmó—: Usted no es peruano.

—No, no lo soy.

—¿No es un poco tarde para andar de visita? —preguntó, recelosa.

—Coiro está afiebrado y en estos momentos lo examina un médico.

—¿Es grave?

—Pienso que no.

—Es una buena persona. Me ayudó a conseguir trabajo cuando recién llegué a Santiago.

—¿Conoce a su hermano Alberto?

—Todos los que vivimos en este sitio nos conocemos y oímos nuestras intimidades. Dicen que el mundo es chico, pero este conventillo lo es aún más.

Me gustaba la seguridad de la mujer. No era bonita, pero tenía una extraña atractivo que emanaba de sus grandes ojos negros. Sus labios pintados de rojo eran una invitación a los besos más suaves y cuando hizo el gesto de levantar su cabellera, dejó al alcance de mi mirada un cuello largo y sensual.

—¿Siempre conversa con extraños? ¿No tiene miedo?

—Si piensa que soy una chuchumeca en busca de clientes, se equivoca. Trabajo de mesera en un bar y puedo calar a un hombre con solo una mirada. Usted no me parece una mala persona.

—Espero no defraudarla —dije y enseguida le pregunté si había visto a Alberto Coiro durante los últimos días.

—Cuando salgo a trabajar suele no haber nadie en el conventillo, salvo algunos niños con sus madres. A mi regreso encuentro a la gente dormida. Además, no soy amiga de Alberto. Solo lo conozco como a todos los que viven en este lugar. La verdad es que por aquí pasa mucha gente. Algunas se quedan y otras huyen a la primera oportunidad.

—¿Y usted no piensa en huir?

—Apenas junte dinero para arrendar una pieza independiente.

—¿Cómo se llama el lugar donde trabaja?

—¿Para qué quiere saberlo?

—A veces, por las noches, me dan ganas de beber una copa.

—«Rocco» —dijo y sonrió—. Preparamos buenos tragos. Si pregunta por Violeta le prepararé un pisco sour a la limeña.

—¿Violeta?

—¿No le gusta? Hay nombres peores. ¿Y el suyo?

—Heredia.

—¿Heredia y nada más?

—Solo eso por ahora. Mi secreto más horrendo lo reservo para nuestra primera cita.

—Heredia y nada más. Me gustaría conocer su secreto, pero ahora llegó la hora de dormir.

Empujó el portón y comenzó a recorrer el sendero que conducía hasta el galpón. Quise seguirla, pero en ese mismo instante oí la voz de Méndez.

—El médico se va —dijo—. Parece que lo de Coiro no es grave.

—Estaba conversando con una mujer. Era alta y atractiva. ¿No se cruzó con ella?

—No he visto a ninguna mujer.

—¿Seguro?

—¡Diablos, Heredia! Parece que hubiera visto una aparición.

Oí un ruido proveniente del interior y luego vi aparecer al médico que llegó hasta la entrada y le entregó una papeleta a Méndez.

—Compre esos remedios y que el enfermo repose un par de días —dijo a Méndez—. Le puse una inyección para bajar la fiebre. Eso es todo.

—¿Cuánto se le debe por sus servicios, doctor? —preguntó Méndez.

—Habaremos de eso cuando venga a controlar al enfermo. Si lo ve mal, no vacile en llamar —contestó el médico y sin añadir más, se alejó.

Regresamos al cubículo de Coiro y lo encontramos despierto. Su aspecto había mejorado y sobre todo, parecía más tranquilo, sin la respiración agitada de unos minutos atrás. Méndez le habló de las indicaciones del doctor y al igual como había hecho antes, le palpó la frente.

—Cedió la fiebre —dijo.

Coiro guardó silencio. Hizo un esfuerzo para sentarse en la colchoneta. Tomó el vaso de agua que alguien había dejado sobre el velador y luego de beber un sorbo, volvió a interesarse en mi presencia.

—¿Qué quiso decir con eso de que mi hermano había escogido mal sus amistades? —preguntó.

Observé a Méndez y éste miró hacia la salida, dudando entre permanecer en su sitio o escapar. A la verdad nadie le puede quitar el bulto, me dije en silencio.

La fiebre dio paso a la incredulidad; la verdad, reiterada varias veces por mis palabras, al dolor, a un llanto tan auténtico como incontrolado. Pensé en si no sería conveniente que Méndez fuera a buscar de nuevo al médico para aplicar un tranquilizante a Coiro.

Méndez consiguió café con una de las vecinas y cuando Coiro se cansó de hacer preguntas y comenzó a recordar vivencias junto a su hermano, deduje que el peruano ya había aceptado la idea de su muerte y que la siguiente etapa estaría marcada por la rabia y el deseo de venganza.

—Le enseñé a leer y a anudarse los cordones de sus zapatos —recordó—. Unos vecinos del barrio nos prestaban revistas de historietas. Yo las leía para él hasta que un día me di cuenta que había aprendido el alfabeto y que solo requería un empujoncito para que comenzara a leer por su cuenta. Al año siguiente entró a estudiar a la escuela Ricardo Palma e hizo su primera comunión. Vivíamos cerca de un parque llamado Simón Bolívar. Lo invitaba al cine o al estadio, a ver jugar al Alianza Lima. Nuestra infancia no fue mala. Después, en años más recientes, cuando Fujimori robó medio Perú, la cosa se puso fea. Pero igual seguimos juntos, tratando de salir para adelante. Trabajamos vendiendo golosinas a la salida de las escuelas hasta que nos escribió un vecino que había viajado a Chile con su familia y decía estar bien, con trabajo y posibilidad de juntar algunos ahorros. Vendí un par de trastos que teníamos en la casa y partí para Santiago. La idea era que yo me afirmara un tiempo y luego él seguiría mis pasos. Nunca di con nuestro vecino, pero mal no me fue. Tengo habilidad para la cocina y cuando llegué a Santiago había varios restaurantes de comida peruana que necesitaban personal. Esperé unos meses y le dije que se viniera. Mejor no lo hubiera hecho nunca.

—Hay cosas que no se pueden adivinar —dije.

—Prometí a mi madre que cuidaría de Alberto —retrucó.

—Ahora tienes que preocuparte de darle una sepultura digna —dijo Méndez.

Coiro asintió con la cabeza y luego ocupó unos segundos en sacar una bolsa plástica, guardada en una rotura de su colchoneta.

—Ocuparé mis ahorros —dijo Roberto Coiro, y luego dirigiéndose a mí, agregó—: Y también pagaré sus servicios hasta descubrir al que mató a mi hermano.

Amanecía en Santiago y el estacionamiento comenzaba a animarse cuando dejé la habitación de Coiro. Pensaba seguir adelante con la investigación y debí reconocer que avanzaba por un camino incierto, confiado más en la suerte que en indicios concretos. Estaba dispuesto a seguir adelante, aunque solo fuera para enfrentar de nuevo a Roberto Coiro con la seguridad de haber hecho todo lo que estaba a mi alcance para descubrir al asesino de su hermano.

Caminé hasta mi departamento, que se encontraba a cinco cuadras, y al llegar a los pies del edificio que lo cobija, me detuve frente al quiosco de Anselmo, que a esa hora ordenaba los diarios. Vestía una indumentaria oscura, a medio camino entre disfraz de vampiro y del justiciero mexicano creado por Johnston MacCulley en su

novela *La marca del Zorro*. Para vampiro le faltaban los colmillos afilados, y para el Zorro, su antifaz y sombrero.

—¿Qué disfraz estás usando? —pregunté, mientras le ayudaba a colgar en el quiosco unos ejemplares de las revistas *Le Monde Diplomatique* y *La Calabaza del Diablo*.

—Ninguno, don. Amanecí sombrío y meditabundo. Ayer recibí carta de Madame Zara. Dice que me extraña y no puede vivir sin mí. Eso me dio mucha pena, carajo. ¿Qué se hace en una situación así?

—Si ya decidiste no vivir con ella, lo mejor es tomar la carta y botarla al basurero.

—Esa onda de tipo duro no se la cree ni usted.

—Entonces haz lo que te dicte el corazón.

—Ahora se me fue al otro extremo, don. Ni que estuviera leyendo novelas rosas.

—Si nada te parece bien, ¿para qué pides consejo?

—No se enoje, don —dijo Anselmo, y luego, al tiempo que ordenaba un cartón de cigarrillos, agregó—: Tan temprano en la calle. ¿Se le estropeó el despertador?

—Vengo llegando.

—¿Otra vez de juerga? En su lugar, yo me preocuparía más de la salud. Ya no está en edad de trasnochar a destajo.

—Andaba visitando a un cliente.

—Ni que fuera farmacia de turno, atendiendo las veinticuatro horas del día.

—Da igual si me crees o no. Lo que ahora necesito es un buen desayuno. Café, huevos fritos y pan fresco —dije, y al tiempo que indicaba la puerta del bar «Touring», agregué—: ¿Me acompañas?

—Solo con un té. Usted sabe que yo desayuno apenas sale el sol, en una picada que tengo en la Vega. Un caldito de patas, sopaipillas, café con leche y un cañón de tinto.

—Comes más que adolescente.

—Cuando era jinete medía cada cosa que me llevaba a la boca. Ahora no me privo de nada ni paso tardes enteras en un baño turco.

Después del desayuno, subí a mi departamento y llamé a Cardoza. Quedamos en reunimos a las doce del día. Llegué al «City» cinco minutos antes de la hora acordada y me senté junto a la barra. Había cinco clientes: dos parejas que ocupaban las mesas más alejadas de la entrada, y un hombre, de aspecto abatido, junto al inicio de la escalera que conducía al segundo piso.

Pregunté al barman por el amigo escritor con el que solía reunirme a conversar de libros y para contarle mis historias. Él escriba no había venido en varias semanas y el barman estimaba que debía estar de viaje o enfermo, aquejado por uno de sus frecuentes ataques de gota, que le hacían renegar de la carne y los mariscos y lo obligaba a atiborrarse de cápsulas de colchicina y alopurinol para aliviar sus dolores en los ortijos. Su único consuelo era recordar que Flaubert y Dickens habían sufrido

de la misma enfermedad y vanagloriarse de que era la enfermedad más literaria de todas las existentes, lo que comprobaba esgrimiendo una libreta donde anotaba citas relacionadas con la gota, sacadas de novelas de Charles Dickens, Georges Simenon, Graham Greene, Jane Austen, Stendhal y algunos otros autores.

Cardoza apareció media hora más tarde. Venía desfalleciente como un caballo de tiro al que le han negado el agua durante una semana. Después de saludar, pidió una cerveza y la bebió de dos tragos. Traía la corbata descorrida y su camisa estaba cubierta por amplias manchas de sudor.

—Disculpe la tardanza, Heredia. He tenido una mañana agitada, corriendo de un lado a otro, preocupado de mil cosas a la vez. La mayoría de mis colegas están de vacaciones y hay que multiplicarse para atender los casos. Dos atracos a botillerías, un suicidio y el asalto a un camión repartidor de cigarrillos. ¿No cree que es demasiado para una mañana?

—Deberían ponerse de acuerdo con los rateros y tomar vacaciones en la misma fecha —dije, acompañando mis palabras con una sonrisa.

—No es mala idea —agregó Cardoza, de buen ánimo, y luego pidió al barman otra cerveza.

—Informé a Roberto Coiro sobre la muerte de su hermano —dije.

—¿Y?

—No creo que nos sirva como sospechoso, salvo que sea un actor consumado, experto en escenas de llanto y rabia.

—¿Nada más?

—Lo encontré afiebrado y a punto de cambiar de ocupación. Me dio el nombre de su nuevo trabajo. Daré una vuelta por ese lugar para comprobar que eso es verdad.

—Si quiere, yo me encargo de eso, Heredia.

—Me gustará ir a ese lugar. Una de mis aficiones es coleccionar bares y restaurantes. Podría darle una larga lista de nombres —dije, y al ver la cara de asombro de Cardoza, agregué—: No es más extraño que coleccionar estampillas, boletos de buses, réplicas de pingüinos, ositos de peluche o gatos de madera.

—Cuando entré al Servicio de Investigaciones conocí a un colega que juntaba las prendas de vestir de las víctimas en casos de homicidios. Tenía un ropero lleno de trapos. Vivía solo. Una noche me invitó a comer a su departamento y me mostró su colección.

Bebí las últimas gotas de vodka que sobrevivían en mi vaso y le pregunté por el avance de su investigación sobre la muerte de Encina.

—Levantamos el cadáver y se hizo la necropsia. Le traje una fotocopia del informe —dijo, al tiempo que dejaba sobre la mesa un legajo de cinco o seis hojas.

Tomé el informe y leí algunas de sus partes al azar. «Equimosis violácea en el ángulo interno de los párpados del lado izquierdo, en el párpado inferior del mismo lado, en el párpado superior en su parte externa. Se encuentra un hematoma violáceo que está en la región malar, en la mejilla, peribucal, cervical lateral, y retroauricular,

del lado izquierdo, el que cubre una superficie de catorce a dieciocho centímetros. Equimosis violácea a nivel de la concha del pabellón auditivo izquierdo. En la cavidad bucal, en la región vestibular izquierda se aprecia una herida contusa de tres centímetros, infiltrada con sangre».

—¿Qué significan todas esas palabras? —pregunté.

—Eso y el resto del informe señalan que a Encina lo golpearon con entusiasmo antes de proceder a cortarle la yugular con un instrumento filudo, probablemente un corvo.

—El corvo no es un arma de uso frecuente. Es arma de militares.

—O de un fanático en armas punzocortantes.

—Y aparte de eso, ¿encontraste algún indicio del asesino?

—Hicimos una redada en el lugar y detuvimos a cuarenta personas. Nadie sabe ni vio nada. La única hipótesis aceptable es que el viejo andaba cargado al billete y que uno de sus compañeros de calle quiso expropiarle el dinero.

—La fortuna de Encina ascendía a los quince mil pesos que le di. No es una gran cantidad de dinero.

—Sí lo es en el ambiente donde vivía Encina. ¿Por qué le dio ese dinero, Heredia?

—Me ayudó a llegar hasta la casa donde encontramos a Coiro. ¿No te lo había dicho?

—Le agradeceré que no me oculte nada. ¿De acuerdo?

—Encina tenía un amigo que vio a Alberto Coiro acompañado por sus probables asesinos.

—¿Dónde está ese amigo?

—En el Hospital Barros Luco. Se apellida Macías y ya le hice todas las preguntas que es capaz de responder. ¿Te dice algo el nombre Gambino?

—Nada.

—El Paco Gambino.

—¿Un carabinero?

—Puede ser paco, el mote de carabinero; o Paco, el diminutivo de Francisco. Es todo lo que tengo hasta ahora.

—Tengo un primo que es oficial de Carabineros. Trabaja en el departamento de personal. Si le doy una buena razón, tal vez me consiga los antecedentes de todos los funcionarios de apellido Gambino.

—Buena idea, Cardoza. Por mi parte, recorreré el barrio donde vivía Encina, el Matadero y la Feria Persa Bío Bío. Nada se pierde con hacer algunas preguntas.

—Nada —dijo Cardoza sin mucha convicción. Enseguida, con tono preocupado, agregó—: Me huele mal este asunto, Heredia. Si en el asesinato del viejo está metido algún carabinero, la cosa puede volverse conflictiva. Usted sabe que no son buenas las relaciones entre Carabineros y mi institución.

—El agua nos llega al cuello. Tenemos que seguir avanzando y cruzar el río.

—No me agrada este asunto. ¿Quiere trabajar conmigo en el caso?

—¿Acaso no lo estamos haciendo ya, Cardoza?

25

¿Sabía Aspén quién era Gambino? La pregunta rondó por mi lado apenas crucé la puerta giratoria del bar y vi, a la distancia, a un hombre estatua que pretendía ser la réplica de un legionario romano, con su yelmo y armadura pintados de rojo. Aparte de Gambino, el único nexo que tenía para indagar en la vida de Alberto en el Barrio Franklin era su amigo Aspén, el Papa Negro. No esperaba mucho de él, pero tampoco perdía nada con preguntarle acerca de Gambino y de paso pedir una explicación por su comentario sobre la supuesta rivalidad entre los hermanos Coiro.

Lo busqué a lo largo del Paseo Ahumada. Sin prisa, deteniéndome frente a las tiendas que iniciaban sus liquidaciones veraniegas. Observé a los clientes del Café «Caribe» y a los predicadores que esgrimían sus alaridos apocalípticos. Deseaba descubrir al mimo entre la caótica fauna de cantantes y vendedores que se habían apropiado del paseo. En el primer recorrido no tuve fortuna y tampoco en los dos siguientes. Aspén no aparecía por ningún lado. Compré una bebida en un carrito ambulante estacionado frente a la Feria del Disco y me acerqué a una mujer estatua que acababa de bajarse de su pedestal de diosa griega. Se veía agobiada por el calor y las escasas monedas que los peatones habían dejado a sus pies.

—¿Sabes dónde está trabajando el Papa Negro? —le pregunté.

—No es de mi grupo —respondió malhumorada, y luego, como si se hubiera arrepentido de su respuesta, añadió—: Lo vi frente al edificio del Club de la Unión, hace una hora.

Dejé a la muchacha cuando comenzaba a sacarse el maquillaje de la cara. Al llegar al Club de la Unión divisé al Papa Negro, estático frente a la gente que contemplaba su representación. Me ubiqué a corta distancia y a los pocos minutos intuí que el mimo había advertido que lo observaba de un modo especial. Encendí un cigarrillo y esperé. Veinte minutos más tarde terminó de trabajar. Me miró de reojo mientras guardaba su indumentaria en un bolsón. Luego todo fue sorprendentemente rápido. Arrojó el bolsón en la vereda y comenzó a correr. Demoré unos segundos en reaccionar y cuando lo hice fui a dar de frente contra el corpachón de una gorda que se cruzó en mi camino. La hice a un lado y alcancé a divisar al Papa Negro escapando en dirección a las galerías comerciales del edificio Santiago Centro. Corrí y logré

acercarme lo suficiente como para verlo bajar hacia unas galerías subterráneas, en las que funcionaban varios cafés y dos o tres tiendas de artículos deportivos. Me faltó el aire y por un instante descansé junto a una vitrina atestada de pelotas y camisetas de clubes deportivos. Vi al Papa Negro entrar a uno de los cafés y me encaminé hacia el lugar. En su interior reinaban las sombras y alrededor de un mesón se apretujaba una decena de hombres.

El Papa Negro estaba en un rincón, recuperando el resuello, aparentemente convencido de encontrarse a salvo. Avancé sin llamar la atención de los clientes y cuando estuve junto al mimo, le hablé al oído.

—Tú eliges, pendejo. Salimos caminando como dos buenos amigos, ¿o prefieres que te saque por la fuerza?

Bajó la cabeza, y como un condenado a muerte, me siguió, cabizbajo. Al ver su rostro a la luz de la galería comprendí que me había equivocado de personaje.

—¡Tú no eres Aspén! —exclamé.

—¿Usted es policía? —preguntó.

—Las veinticuatro horas del día —mentí.

—No hice nada malo. Solo intento ganar algunos pesos.

—La mayoría de la gente anda en lo mismo, pero no corre por las calles. ¿Cómo te llamas?

—Julio Peña.

—¿Por qué andas con ese disfraz? Se supone que es exclusivo de Aspén.

—Él me lo prestó —dijo, más tranquilo—. Salió fuera de Santiago y yo aproveché la oportunidad para usar sus cosas. Le ayudo en su trabajo y él me ha enseñado algunos trucos de los mimos.

—¿Adónde fue Aspén?

—A Valparaíso. Hace dos días. Dijo que su amigo Barreiro le había conseguido un trabajo. Aspén siempre anda buscando algo nuevo que hacer y cuando no tiene nada, recurre a su disfraz de Papa Negro.

—¿Barreiro? ¿El tipo que suele estar en «El Audaz»?

—No sé de qué lugar me habla. Aspén y yo nos reunimos en la calle o en una cafetería que está a la entrada de la calle San Diego. A Barreiro solo lo conozco de nombre.

—¿Dónde puedo encontrar a Aspén? Hasta donde estoy informado, Valparaíso tiene quince ascensores, cuarenta y cinco cerros y una infinidad de calles y casas.

—La verdad es que no lo sé.

—Se te nota en la cara la mentira, muchacho. Podemos seguir conversando como dos buenos amigos o te puedo llevar al cuartel.

—¡Juro que le digo la verdad!

—¿Dónde vive Aspén? Y no me digas que no lo sabes.

—Arrienda una pieza en la calle Almirante Latorre, al llegar a la esquina de la calle Gay. Es fácil dar con ella. Está al lado de una carnicería llamada «La honradez

premiada».

—Más te vale que sea verdad.

—¿Me deja libre?

—Puedes volver a buscar las cosas que dejaste botadas.

—¿Para qué busca a Aspén? —preguntó Peña, más relajado.

—Me debe algunos pesos.

—Entonces usted no es policía.

—Lo soy, las veinticuatro horas del día. Ahora, desaparece antes que cambie de idea y te lleve a conocer el cuartel.

Vi alejarse al muchacho y enseguida compré cigarrillos en un quiosco.

El sol caía a pique sobre los nichos y sus lápidas descoloridas. En vano había buscado la sombra de un árbol para soportar la canícula. Llevaba media hora esperando sin que apareciera el cortejo que traía el cadáver de Alberto Coiro. Por mi espalda corría un hilillo de sudor y por segunda vez en los últimos diez minutos encendí un cigarrillo y lo arrojé de inmediato al suelo, asqueado por el humo caliente que entraba en mi boca. Nada me obligaba a estar ahí, salvo un leve remordimiento o la idea de haber podido evitar su muerte. No había sido amigo de Alberto, pero deseaba participar en su despedida, tanto como en la de Encina, cuyo cuerpo seguía depositado en la morgue. ¿Era Alberto una víctima? ¿A qué se debía su relación con Aspén? Preguntas y la certeza de que un hombre, cualquiera, suele tener más vidas de las que aparenta.

Preguntas y mucho sol sobre la espalda como para pensar con tranquilidad. Aguardé un rato más y cuando estaba a punto de abandonar la espera vi llegar el cortejo, compuesto por el auto de la empresa funeraria y otros dos vehículos dentro de los cuales divisé a Roberto Coiro, Aparicio Méndez y cuatro desconocidos. Inevitablemente pensé en los versos de César Vallejo en su «París con aguacero» tan diferente al Santiago sofocante que acogía a su compatriota anónimo, rodeado de misterios y moscas. Los empleados de la funeraria pusieron el féretro sobre un carro y comenzamos una lenta caminata que terminó en un patio atiborrado de tumbas. Junto a la fosa, y luego que pusieran el ataúd en su interior, Roberto Coiro rezó un Padre Nuestro y enseguida arrojó un puñado de tierra sobre los restos de su hermano. Méndez y los otros hombres del cortejo abrazaron a Coiro. Después, cuando el peruano se puso a caminar hacia la salida del cementerio, me acerqué a su lado y lo saludé.

—Fue muy amable al venir a hacernos compañía, señor Heredia —dijo, y luego de mirar por última vez el sitio donde había quedado su hermano, agregó—: Estará ahí hasta que pueda llevarlo a Lima.

Seguimos caminando hasta la salida del cementerio, donde esperaba el auto de la empresa funeraria.

—¿Novedades? —preguntó.

—Ninguna.

—Es triste morir lejos de la tierra natal. ¿Qué cree, Heredia?, ¿sabremos algún día quién mató a mi hermano?

Vi alejarse los autos que transportaban a los peruanos y decidí ocupar el resto del día en verificar algunos datos de la investigación. En «El bodegón de Pizarro» logré hablar con su dueño. Recordaba su oferta de trabajo a Coiro, pero estaba molesto por el incumplimiento del peruano. Le hablé de la muerte de Alberto, y sin ganas de prologar la conversación me dirigí a la supuesta casa donde vivía Aspén. Dejé atrás la plaza Manuel Rodríguez y al cabo de unos minutos estacioné frente a la carnicería

«La honradez premiada». Estaba en una casa esquina, vieja, pintada de color azul y con las imágenes de unas cabezas de cerdo, vacuno y cordero reproducidas sobre la entrada. Junto al negocio había una casa de muros blancos. Golpeé a su puerta. Salió una mujer de cabellos grises que tenía aspecto de tragasantos y me bastó conversar cinco minutos con ella para entender que Peña era un tramoyón. En esa casa jamás habían recibido pensionistas y la mujer nunca había oído hablar de nadie llamado Aspén. Pregunté en las casas vecinas y la respuesta fue similar.

Entré a la carnicería con la sensación de ser un párvulo al que acaban de arrebatarse su golosina favorita. Solo conseguí información acerca del valor de un kilo de chuletas de cerdo. El dueño del establecimiento, un petiso risueño y amable, tampoco había escuchado el nombre de Aspén. Por un segundo tuve la intención de buscar a Peña y propinarle una sacudida en las costillas, pero de inmediato pensé que era inútil, porque a esa hora ya habría tomado la precaución de alejarse del Club de la Unión y sus alrededores. Salí de la carnicería y entré a una fuente de soda llamada «El Universitario», donde muchos años atrás había visto por primera vez una transmisión televisiva en colores. Pedí un café y lo endulcé con dos cucharadas de azúcar. Había perdido la tarde. Aspén bien podía estar en Valparaíso como en la China o Moldavia; Gambino era solo un nombre, y mi ánimo se deslizaba por un tobogán nigérrimo. Nada nuevo, no es la primera vez que camino a tientas, me dije y, para recobrar el entusiasmo, tomé una servilleta de papel y anoté los nombres de las personas con las que había tratado desde la noche en que conocí al peruano Méndez. Nombres que sobrevivían en los márgenes de la vida retratada en los periódicos y programas de televisión y solo eran recordados cuando se les podía imputar alguna falta. Nombres con destinos de perros vagos, de callejones y rincones anónimos.

Tomé otro café y más tarde, cuando el sol comenzó a desdibujarse en el horizonte, pedí la cuenta y fui a buscar el auto. Pero no conduje hacia mi oficina, porque apenas apreté el acelerador llegó a mi memoria el nombre de Violeta, y con la esperanza de dar un vuelco a la mala suerte de ese día, conduje hacia el lugar donde ella trabajaba.

El bar «Rocco» estaba ubicado en el barrio Bellavista, próximo a unas salas de teatro, tiendas de artesanía en cuarzo y un restaurante de comida japonesa. El barrio atraía a los turistas y los fines de semana se transformaba en un hervidero de gente, luces de colores y bullicio. Sobre la barra del bar había ceniceros de gran tamaño y lámparas con bases en forma de botella. En los muros destacaba el colorido de unos afiches de películas chilenas y más una docena de hermosos pero inservibles relojes de pared. Violeta era una de las dos mujeres que atendían a los clientes. La luz del bar acariciaba su rostro. Se veía más bella que la noche de nuestro primer encuentro. Encendí un cigarrillo y la observé servir a una mujer sentada en uno de los extremos de la barra. Luego se acercó y sin mirarme, pasó un paño por la superficie del mesón.

—Me contaron que en este lugar preparan buenos piscos sour —dije.

—¿El amigo del señor Coiro? —preguntó, acercando su rostro al mío hasta casi

rozarme la nariz—. Heredia y nada más. ¿Qué te trae por acá?

—Suelo cumplir mis promesas —respondí, sin ocultar una sonrisa al descubrir su miopía—. Además, como te dije la otra noche, a veces tengo ganas de beber una copa.

—¿A veces?

—A veces una, otras dos; a menudo tres. Después de eso empiezo a preocuparme de los límites.

—Hoy me enteré de lo sucedido con Alberto. Una pena. Lo sentí mucho, de verdad. ¿Sabía que había muerto la otra noche, cuando nos encontramos a la entrada del estacionamiento?

—Estaba a punto de contárselo a su hermano.

—¿Eres policía? —preguntó Violeta, al tiempo que tomaba una coctelera y ponía en su interior una ración de pisco y luego otra de jugo de limón, cubos de hielo y algunas cucharadas de azúcar flor.

—Detective privado. Investigo la muerte de Alberto.

—¿Por eso has venido?

—No. Vine por el pisco sour. La otra noche me quedó claro que tu relación con él era superficial.

—Te dije que él trató de ser galante y yo le corté las alas antes que se ilusionara con el vuelo.

—No me dijiste nada al respecto.

—Salimos un par de veces y luego me sentí defraudada. Tenía la cabeza llena de fantasías. Decía que iba a comprar esto y lo otro, gastaba su plata en ropa elegante, fumaba cigarrillos finos y no era capaz de pensar en nada serio. No me interesan los hombres bonitos. Prefiero a los que tienen algunas ideas firmes en la cabeza y en el corazón.

—¿Crees que pudo estar metido en algo turbio?

—Tengo la impresión de que era fácil de embaucar.

—¿Te habló alguna vez de alguien llamado Gambino?

—¿Quién es?

—Hasta ahora, solo un nombre.

—¿Estas tratando de encontrar a los responsables de la muerte de Alberto? ¿Ese es tu trabajo?

—Hago el intento.

—¿Desde cuándo eres detective privado?

—He perdido la cuenta del tiempo que ha pasado.

—No es una ocupación usual. ¿Por qué la elegiste?

—Haces muchas preguntas.

—¿Te molesta? ¿O tienes miedo de que descubra tus secretos?

—No siempre tengo una buena respuesta. Un día alguien me pidió seguir a un hombre del que sospechaban podía contrabandear joyas. El trabajo me pareció fácil y

lo hice bien. Después investigué el robo de un almacén y en una semana di con el culpable. Seguí los consejos de un tira exonerado al que conocí mientras trabajábamos en un motel y arrendé una oficina cerca de la Estación Mapocho. Empecé a recibir casos y me fui acostumbrando a no tener horario ni jefes. También aprendí a sobrevivir.

—¿Sobrevivir? —preguntó Violeta, y antes de responderle, saqué la libreta de apuntes que siempre llevaba conmigo y busqué algo que había escrito en una de sus hojas.

—Te leeré un párrafo que copié del libro de un escritor llamado Joseph Conrad. Lo traigo conmigo para no olvidar el terreno que piso. «He tenido que resistir y algunas veces atacar (lo que es otra forma de resistencia) sin tener en cuenta los rivales, en concordancia con las exigencias del modo de vida que me ha sido propio. He visto el demonio de la violencia, el demonio de la codicia, el demonio de los deseos ardientes».

—¿Qué quiere decir? —dijo ella, llenando una copa que dejó a mi alcance.

—Todos, de un modo u otro, no hacemos más que resistir.

—Supongo que no estarás solo.

—¿Quieres saber si hay una mujer esperando en mi departamento?

—No deseaba ser tan directa.

—Nadie me espera. Pero no siempre ha sido así —respondí y luego de probar el pisco sour, agregué—: Buen pisco y la justa medida de azúcar y limón.

En ese momento llegó otro cliente y Violeta se acercó a recibir el pedido. Le sirvió un *whisky* con hielo y después regresó.

—Desearía que estuvieras a este lado de la barra —le dije.

—Me quedan dos horas de trabajo. ¿Puedes esperar?

—La bebida y la atención son buenas. Además, tengo todo el tiempo del mundo.

El amanecer nos sorprendió sentados en un escaño del Parque Forestal. Mirábamos hacia el horizonte mientras crecía el sol a través de los árboles y a nuestro alrededor las cosas recuperaban su color habitual. Después de salir del «Rocco» caminamos un rato por el barrio y entramos a un boliche donde pedimos *pizzas* y cervezas. Más tarde, llegamos al parque y nos sentamos a conversar de las únicas historias que conocíamos bien: las nuestras.

—Cuando se es feliz el tiempo vuela, se escurre —dijo Violeta.

—Podemos regresar cuantas veces quieras.

—Nunca será igual a esta noche. Lo sabes mejor que nadie. He aprendido que los sueños se alejan. La mesonera que tú has visto esta noche, poco o nada tiene que ver con la muchacha que escuchaba en la radio sus discos favoritos, apoyada en la ventana de su casa. Pasan los años y alguien nos va robando las esperanzas. A veces sin que nos demos cuenta, y otras de un solo golpe, sin misericordia. Te puedo hablar de mis dos mejores amigas en el colegio. Adela, por ejemplo, quedó embarazada a los catorce años de un compañero de curso que nunca se hizo cargo del hijo ni de ella, y

para sobrevivir trabaja de criada. O de Teresa, casada con un príncipe azul que la golpea cuando se le antoja y la ha llenado de hijos. Las vi antes de viajar a Chile y están convertidas en fantasmas de las muchachas que fueron.

—A la vida le falta algo de sentido común.

—Lo dices como si fueras un marciano que observa todo desde una estrella.

Volvimos a caminar por un sendero del Forestal, que a esa hora estaba lleno de murmullos brotando entre los arbustos.

—¿Quieres ir a mi departamento? —le pregunté cuando llegamos frente al Mercado Central.

—Por ahora solo quiero el recuerdo de una noche en el parque.

—«De sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día».

—Es gracioso lo que dices.

—Son palabras de Sancho a Don Quijote.

27

Desperté con los maullidos de Simenon. El gato estaba recostado en la almohada, junto a mi cabeza, esperando que mi trasnochada humanidad volviera a la vida por sus propios medios. Arañó suavemente mis cabellos. Por la ventana del dormitorio entraba el sol con su malhumor de la tarde y en mi estómago comencé a experimentar el deseo de una taza de café y algunos panecillos.

—¿Sabes qué hora es? ¿La peruana te reblandeció los sesos? ¿Qué pretendes?

—Nada. No pretendo nada. Estaba solo, de cara a la noche y ella llegó arrastrando su sueño de estar en otra parte. Lo nuestro fue un cacho de ternura para despedir la noche de una manera diferente.

—Me entenece tu ingenuidad. Ayer, cuando no estabas, vinieron dos hombres. Los oí refunfuñar frente a la entrada y dejaron unas cartas bajo la puerta. Supongo que has perdido a dos clientes.

—Eso dicen las notas que encontré esta mañana. Eso y algunas palabrotas que no reproduzco para no herir tus oídos de felino metiche.

—¿Qué vas a hacer?

—Saqué bastante dinero de la sucursal hípica como para pagar mis vicios y los tuyos.

—Preguntaba por lo del peruano. No por tus escuálidas finanzas.

—Dos o tres preguntas, ¿qué otra cosa? Daré un recorrido por la feria persa del

Bío Bío, tal vez alguien conoce a Gambino.

—Preguntas, preguntas, preguntas.

—Es una de las pocas cosas que hago bien. Meter mis narices donde no me invitan —respondí y luego fui a preparar nuestros desayunos a la cocina, donde encontré un alto de tazas, platos y vasos sucios, y una sartén con los restos de una fritura de huevos. Dejé el trabajo para otra ocasión y me limité a lavar la cafetera.

Abandoné la oficina una hora después y conduje hasta la feria persa del barrio Franklin. El espectáculo era el de cada fin de semana y su protagonista una masa de gente desplazándose ante los puestos que ofrecían toda clase de mercaderías. No sabía muy bien por dónde empezar con las preguntas. Durante la primera media hora deambulé por los pasillos de la feria buscando a dos conocidos que al parecer habían cambiado la ubicación de sus puestos o ya no trabajaban en el lugar. Mi suerte pareció mejorar cuando vi frente a una cafetería al cantante José Luis Salgado. Sus canciones eran sensibleras; había sido un artista que vendía muchos discos en la década del setenta. Pero de esa fama nada quedaba, y ahora se ganaba la vida cantando en ferias populares. Lo saludé con una palmada en la espalda.

—¡Sabueso! —exclamó, feliz de encontrar a alguien que lo reconociera.

—¿En qué anda la voz que cautiva a las madres y a las novias despechadas?

—En lo de siempre, compadre, pidiéndole una sonrisa a la vida. ¿Y tú?

—Mis pretensiones son más altas. Intento darle un buen agarrón en el trasero.

—¿Y quién no, compadre? Pero la muy puta se evade, ¿o no?

—A veces sí, a veces no.

—¿Quieres comprarme un disco? —preguntó, indicando una bolsa que tenía sobre el mesón de la cafetería.

—Los tengo todos, autografiados.

—Puedes comprar dos o tres para regalar —insistió y luego, al ver mi falta de entusiasmo, preguntó—: ¿Qué te trajo al Persa, sabueso?

—Busco a un sujeto de apellido Gambino. ¿Lo conoces?

—¿Qué hace? ¿Tiene algún puesto?

—Solo sé que vive o se mueve por el barrio.

—No es mucho lo que sabes. ¿Qué hizo el tipo? ¿Robó las joyas de su madre?

—Más te vale no saber nada.

—¿Tan gordo es el asunto?

—¿Has oído mencionar a Gambino? —insistí.

Salgado movió los hombros en señal de ignorancia y enseguida preguntó al hombre que atendía el puesto si conocía a Gambino. El hombre pensó su respuesta un par de segundos y respondió negativamente.

—Por aquí no vas a llegar a ninguna parte. ¿Quieres beber una cervecita? Podemos ir a «Los Comerciantes» o al «Mary Mar».

—En otra ocasión, ahora tengo prisa.

—¿Verdad que no quieres uno de mis casetes? —preguntó y se palpó los bolsillos

de su chaqueta para darme a entender que andaba sin dinero.

Seguí mi búsqueda con un casete en los bolsillos. Dejé atrás varios puestos de venta de zapatillas y avancé por un pasillo atestado de vendedores de pilas y relojes, hasta llegar al patio donde se concentraba una docena de puestos de venta de libros, estampillas y videos. Me detuve frente a uno donde se apilaban cientos de libros, sin otro orden que el dictado por sus tamaños o el azar. Su dueño era Juan Valdés, al que conocí cuando se dedicaba a vender libros piratas a la salida de la estación Universidad de Chile del Metro. Habían pasado diez años. Ya no corría para escapar de las redadas de los carabineros, y tal vez por eso o porque ganaba más dinero, lucía una envidiable barriga de Santa Claus.

Me saludó y luego mostró el cajón que tenía en un rincón del puesto.

—Las novedades de esta semana —dijo.

—Hoy no ando comprando libros —respondí.

—Puedes revisar la caja que está al lado —agregó—: ¡Las mejores novelas policiacas!

El librero se alejó de mi lado para atender a otro cliente, y más por inercia que interés, comencé a hurguetear en la caja. Deprisa, dejé pasar por mis manos una novela de Jean-Patrick Manchette y varios títulos de autores como Malet, Goodis y Juan Madrid.

—No ando comprando libros —volví a decir al librero que acababa de vender un volumen de Patricia Hihgsmith a una muchacha de cabellos rubios.

—¿Andas de turista?

—¿Conoces a alguien llamado Gambino?

—Ni en peleas de perros. ¿De quién se trata?

—Si lo supiera habría pasado de largo frente a tu puesto. Tal vez sea alguien metido en negocios turbios. Tráfico de discos pirateados, venta de cocaína o cualquier otra cosa perversa que se te ocurra.

—Si fuera un pez gordo en alguno de esos negocios, se sabría. Además, procuro no meter mis manos en asuntos turbios. No compro libros robados ni vendo libros a los que les falten páginas.

—Cualquiera que te oye piensa que eres un santo.

—¿Por qué tanto interés en Gambino? ¿No estarás persiguiendo a los editores piratas? La semana pasada la policía allanó la feria, y en lo que a mí respecta, me dejaron todo el boliche revuelto. Lo bueno fue que al ordenar el revoltijo encontré cuatro libros que creía perdidos y para los cuales tenía clientes.

—¿Has oído decir algo sobre la muerte de un peruano en el barrio?

—Lo último que escuché de los peruanos fue que hundieron a la Esmeralda en el combate naval de Iquique. Si mal no recuerdo, eso fue el 21 de mayo de 1879, durante la guerra entre Chile y Perú. Después supe que le habíamos ganado la guerra y que desde entonces nuestras relaciones no son buenas. Al menos eso dicen los libros, porque en lo que a mí respecta, los peruanos me parecen gente simpática.

—Veo que aún recuerdas tus lecciones de historia.

—Y de fútbol, porque no olvido que los peruanos nos eliminaron en la clasificación para el Mundial de Italia. Si quieres oír copuchas del barrio, anda a comer un par de empanadas de queso al quiosco de doña Emelina, a la entrada del galpón seis. La vieja sabe todo lo que pasa en el mercado.

Para acercarse al quiosco de doña Emelina era necesario tener un olfato a prueba de los peores olores.

Hedía a frituras y junto al caldero donde chisporroteaba un aceite ennegrecido y fétido, había dos azafates repletos de empanadas. La mujer, baja y regordeta, se movía como un trompo dentro del reducido espacio de su quiosco. La observé trabajar un momento y enseguida me aproximé, intuyendo que no podría conversar con ella sin antes pasar por la compra de sus empanadas.

—¿De qué va a querer, caballero? —preguntó la mujer—. ¿Queso, pino o marisco?

—Tres de queso para llevar —respondí y doña Emelina tomó un trozo de papel blanco y envolvió las empanadas. Sus manos se movían con tanta agilidad que parecían cuatro, todas igualmente gordas y aceitosas.

—Mil quinientos —agregó, al tiempo que me pasaba el paquete.

Le di dos billetes de a mil, y mientras ella sacaba el vuelto desde su delantal, le pregunté por Gambino.

—Es el dueño de la mueblería Alsacia, que está a la salida de este sector en que nos encontramos.

—¿Está segura?

—Mire, caballero, a mí me gusta decir las cosas una vez y punto. Si me cree, bien, y si no puede ir con su música para otra parte —respondió y de inmediato, para reafirmar que no tenía tiempo que perder, revolvió las seis empanadas que se freían en el caldero.

Huí del lugar y boté las empanadas en el primer basurero que se cruzó en mi camino. Luego seguí las instrucciones de la mujer y sin dificultad llegué frente a la mueblería Alsacia, cuya especialidad, según indicaba una leyenda pintada en su vitrina, eran los muebles de cuero. Entré y quedé en medio de un salón repleto de cómodos y bien elaborados sillones. En el aire flotaba un fuerte olor a pegamento. Nadie atendía el lugar. A la espera de que alguien apareciera, tomé asiento en uno de los bergeres en exhibición. Sentí que me hundía en una enorme mota de algodón y cerré los ojos.

—Son cómodos, hechos con los mejores cueros y podemos otorgar facilidades de pago —oí que me decía una voz de que parecía emerger de los sótanos del infierno. Abrí los ojos y vi a mi lado a un anciano pequeño, de cabellera cana y tan flaco como una caña de bambú. Daba la impresión de que había olvidado sonreír y en el tono de su voz se apreciaba la amabilidad forzada de los vendedores. Traté de incorporarme,

y no lo logré.

—Pruébelo bien, sienta cómo el sillón se amolda a su cuerpo. Lo vendemos con dos años de garantía.

—Por ahora no quiero un sillón. Busco al señor Gambino —dije mientras conseguía ponerme de pie—: ¿Es usted?

—Creo que está en un error, señor. Me llamo Eduardo Gavino.

—¿Gavino? —pregunté sin reparar en lo ridículo de mi pregunta.

—Hace setenta y tres años que llevo el mismo nombre, igual al de mi padre y mi abuelo.

—Disculpe —dije con voz compungida—. Fui mal informado.

—Una equivocación la comete cualquiera. Y por lo demás, ahora que probó nuestros sillones, tal vez se interese en comprar uno.

—Volveré. Le aseguro que vendré a comprar un sillón.

Consulté sobre Gambino en una docena de puestos y en todos obtuve la misma respuesta. ¿Existía Gambino o ese nombre solo era el producto de los delirios enfermizos de Macías? Los negocios del mercado persa y sus alrededores comenzaban a cerrar y en las calles solo iban quedando los restos del paso de la gente. Cajas vacías, papeles, botellas, envoltorios de comidas; las sucias huellas de los clientes que habían invadido el barrio y que terminada la batalla dejaban en paz a los comerciantes para que sacaran sus cuentas y ordenaran sus puestos de venta. Maldije la inutilidad de mis preguntas y con el cansancio más profundo busqué refugio en el primer bar que encontré, sin intuir ni presagiar que el día me reservaba otra sorpresa de mal gusto.

28

Una gran cantidad de botellas, distribuidas en estantes que colgaban de las paredes, estaban abandonadas a su suerte y al polvo que se depositaba en sus etiquetas. Los clientes del bar sin nombre eran en su mayoría vendedores del mercado persa que habían terminado su trabajo y bebían una copa mientras, como buenos comerciantes, compartían quejas sobre la pobreza de las ventas. El peregrinaje por el barrio había aumentado mi mal humor. Pedí un *sandwich* de pernil y una caña de vino que recompuso mi ánimo, magullado por el fracaso de las pesquisas. Gambino seguía rondando en mi mente. Había sobrestimado su importancia, asumiendo desde un comienzo que se trataba de alguien conocido, cuando todo parecía indicar que su

nombre solo tenía significado para los que habitaban el círculo del finado Encina.

Cerré los ojos. Estaba cansado y volvía a sentir la punzada en el costado derecho del estómago que me acompañaba desde hacía un par de meses. Un dolor persistente que reaparecía cada cierto tiempo y me hacía pensar en la conveniencia de consultar un médico, a pesar de que no me seducía la expectativa de entrar en una vorágine de exámenes y radiografías. No necesitaba de un médico para reconocer que envejecía y la vida comenzaba a cobrar sus facturas con la insistencia de un usurero.

Reabrí los ojos y vi a dos tipos grandotes que se acercaron a mi mesa y sin decir nada ocuparon las sillas ubicadas a su alrededor. Parecían lo suficientemente fuertes como para llevar un costal de papas en cada mano. El que aparentaba más edad lucía su cabeza rapada y de su oreja izquierda pendía un aro plateado; el otro, tenía los cabellos teñidos de rubio y lucía un tatuaje en su brazo derecho.

—Hay otras mesas desocupadas —dije, después de beber un sorbo de vino.

—Queremos hacerle compañía —dijo el de la cabellera rapada.

—Y además, deseamos conversar unas palabritas —agregó el otro.

—¿Tengo otra alternativa? —pregunté con la intención de ganar unos segundos para idear la forma de salir del lío en que parecía estar metido.

—Sinceramente, no —dijo el rubio—. La puerta está lejos y usted no parece estar en condiciones de correr.

—Parece que solo nos queda conversar —dije y luego de una pausa para mirar a mi alrededor, pregunté—: ¿Puedo saber sus nombres?

—Yo soy Miño y mi compadre es Muño —dijo el rapado.

—Parece trabalenguas. Yo me llamo Heredia.

—Eso fue lo que nos informó su amigo librero —agregó el que dijo llamarse Miño.

—¿De qué quieren conversar? —pregunté.

—Nos desagradan los preguntones —dijo Muño—. Queremos saber qué andaba buscando en la feria.

—Un buen par de zapatillas —dije y noté que los rostros de mis acompañantes adquirirían una expresión de disgusto.

—Si no coopera, tendremos que ir a conversar a otra parte —dijo Miño. El tono de su voz sonó amenazante y deduje que era mejor seguir hablando junto a la mesa que verme arrastrado hacia un callejón.

—Investigo la muerte de un peruano que trabajaba en una tienda del barrio Franklin —dije y noté que los dos matones intercambiaban miradas de sorpresa.

—¿A quién le puede interesar un peruano muerto? —preguntó Muño.

—Al hermano del peruano. Es él quien paga la investigación.

—Ahora entiendo por qué el librero nos dijo que este tipo es detective privado —comentó el rubio a su compañero, y luego, dirigiéndose a mí, preguntó—: ¿Cómo le fue en sus averiguaciones?

—Mal, en el barrio nadie parece estar al tanto de su muerte.

—¿Tú que crees? —preguntó Muño a su compinche.

—Parece que dice la verdad —respondió Miño.

Encendí un cigarrillo y observé a los dos matones.

—¿Quién es Gambino? —preguntó Miño.

—Tal vez el culpable de la muerte del peruano —respondí, y luego, aprovechando el evidente desconcierto de mis acompañantes, pregunté—. ¿Cuál es el negocio de ustedes? ¿Libros piratas? ¿Contrabando de cigarrillos? ¿Reventa de artículos robados?

—Es mejor que se olvide de nosotros —dijo Muño.

—De acuerdo. Jamás recordaré sus caras, sus nombres ni que alguna vez compartimos una mesa.

—Más le vale que sea así —dijo Miño—. ¡Más le vale!

—¿Ustedes, no han oído hablar de Gambino? —pregunté.

—Nunca —respondieron a coro.

—Lástima, podríamos haber tenido otro tema de conversación.

—Vamos a creer su historia, pero si llegamos a saber que anda haciendo preguntas por una razón diferente de la que nos dijo, volveremos a encontrarnos —agregó Miño.

—¿Cómo sé que el peruano muerto no estaba metido en los mismos negocios que ustedes?

—Tiene que creer en nosotros —dijo Miño.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—De lo contrario no habríamos perdido nuestro tiempo conversando. Cuando hay que tapar un hoyo usamos las palas —agregó Muño.

—Entonces estamos en paz, ¿o hay algo más?

—Sí, hay algo más —dijo Miño.

—Todavía no nos invita unas cañas de vino —agregó Muño.

29

Los matones se pusieron de pie y antes de farfullar una despedida me advirtieron por última vez sobre los asuntos en los que no debía meter mis narices. Los vi alejarse y luego pedí una segunda copa de vino, que logró entibiar mis venas y me hizo olvidar por unos minutos la muerte de Alberto Coiro. Los resultados de la investigación tenían la solidez de una brizna de paja y al calor de los precipitados consejos del vino,

deduje que nada, salvo un golpe de suerte, podría cambiar su curso. Recordé los mamporros recibidos a cambio de nada y los fracasos que cargaba en mi conciencia para no olvidar que pertenecía a un mundo en el que la muerte de un hombre valía tanto como un puñado de arena.

Me observé en el espejo que colgaba de una de las paredes del bar. ¿Tenía sentido buscar la verdad si a mi alrededor prevalecían las apariencias y los discursos alarmantes, majaderos? Vacié la copa, dejé dinero sobre la mesa y salí a la calle, ansioso por respirar una bocanada de aire. La noche comenzaba a caer sobre el barrio y un vientecillo fresco, dulzón, me hizo recordar lo agradables que eran los atardeceres santiaguinos cuando caminaba por calles en las que flotaba un aroma de flores y frutos maduros.

Al día siguiente desperté con el ruido del teléfono. Cardoza llamaba para concertar una cita en la que me pondría al tanto de sus averiguaciones sobre Gambino. La cita era al mediodía, en el «Olímpico», un restaurante ubicado en la calle Morandé, al llegar a la esquina de Rosas. Consulté mi reloj y advertí que solo tenía tiempo para una ducha rápida y dos o tres palabras con Simenon.

Encontré a Cardoza dedicado a la lectura de una revista sobre turismo y recreación.

—¿Planificas tus vacaciones? —pregunté, al tiempo que daba una ojeada al restaurante, que tenía en su interior algunas mesas cubiertas con manteles de hule, sillas metálicas con respaldos de formalita y un mesón tras el cual había un enorme refrigerador y varios estantes llenos de botellas de vino y cerveza.

—Mi esposa quiere conocer el desierto de Atacama, pero el presupuesto no da para tanto. Va a tener que conformarse con una estadía en la playa.

—La última vez que tuve vacaciones fue cuando vivía en el orfanato. Acababa de cumplir doce años y nos llevaron a un refugio que los curas tenían en Punta de Tralca.

—Si dependiera de mí, me quedaría trabajando. El mar y la playa no es algo que me entusiasme.

—¿Desde cuándo tan trabajólico? Cogiste el virus de los giles que trabajan de sol a sol, como si al pasar de los años sus patrones les fueran a dar otra cosa que no sea una patada en el culo.

—Pretendo ascender.

—Si quieres ascender consigue un buen padrino o entra en un partido político del Gobierno. De ese modo hasta los pendejos llegan a jefes.

—Sus opiniones no me van a quitar el apetito, Heredia.

—Vamos a lo que nos interesa. ¿Cómo te fue con lo de Gambino?

—Mal, muy mal. Conversé con mi primo que trabaja en la oficina de personal de Carabineros. En la planilla de sueldos aparecen seis funcionarios de apellido Gambino —dijo y comenzó a leer los apuntes que traía escritos en una hoja de cuaderno—. Tulio Gambino Pérez, Javier Gambino Aliaga, Renán Gambino Uribe,

Wilfredo Gambino Troncoso, Jerónimo Gambino Moraga y Rolando Gambino Peña. Los tres primeros están destinados a cuarteles en Aysén, Tarapacá y Puerto Porvenir, y ninguno de ellos ha viajado a Santiago en los últimos seis meses. Wilfredo Gambino trabaja en Santiago y estaba de guardia la noche que murió Alberto Coiro.

—El panorama no es muy alentador —dije, interrumpiendo el informe.

—Jerónimo Gambino está internado desde hace un mes en el Hospital de Carabineros; recibió una bala cuando intentaba repeler el asalto a una sucursal bancaria ubicada en la comuna de Providencia; y por último, Rolando Gambino se encuentra de vacaciones en la ciudad de Mendoza, en la Argentina. Salió hace diez días y no ha regresado. Confirmé esos datos con mis colegas que trabajan en la sección de policía internacional. Resumiendo, en Carabineros no hay ningún Gambino que se ajuste al perfil del que buscamos.

—¡Lástima! A mí tampoco me fue muy bien —dije y enseguida le conté los pormenores de mi recorrido por el Mercado Persa, sin mencionar a los matones del bar.

—Se me ocurre que Gambino es un nombre que solo existe en la cabeza delirante de Macías —agregó Cardoza.

—He pensado en esa posibilidad. Si tuviera otra pista, por pequeña que fuera, no perdería mi tiempo buscando a Gambino.

—Podemos contactar a los Gambino que aparecen en la guía de teléfonos.

—¿Y qué les vas a preguntar? ¿Usted mató a un peruano? No, eso solo sería dar otro palo de ciego. ¿Recibiste el informe dactilar de los asesinatos de Coiro y Encina?

—No hay nada en ellos que sirva.

—Insistiré en la búsqueda de Aspén, aunque no me extrañaría encontrarlo mirando las mismas estrellas que Encina y Coiro.

—Dudo que Aspén nos lleve a nada.

—Hay un detalle que no consideraste al recurrir a tu primo. ¿Qué pasa con los carabineros en retiro? ¿No estará entre ellos el Gambino que buscamos?

—Tiene razón, Heredia. Volveré a pedir ayuda a mi primo.

—También puedes poner a algunos de tus hombres a investigar.

—Dispongo de dos y no me mando solo. Las prioridades las define mi jefe y le aseguro que sus intereses van por el lado de atrapar asaltantes de bancos y narcotraficantes. No le dio mayor importancia a las muertes del peruano y el cartonero. Identificadas las víctimas y examinados los lugares de los crímenes, ambos casos fueron a dar al cajón de los asuntos inútiles. Dejará transcurrir un par de meses y cuando sus muertes estén olvidadas pasará los nombres de las víctimas a la estadística de muertos del año. Sin embargo, intuyo que tras la muerte del peruano puede haber algo importante. Por eso decidí ayudarlo, Heredia.

—Podemos seguir trabajando en lo de Gambino y Aspén. Son las únicas dos pistas que tenemos para avanzar.

—¿Y si eso no da resultado?

—Falta mucho para después, Cardoza. Ya se nos ocurrirá algo. Y en lo inmediato, podemos pedir algo de comer. En la pizarra que está junto a la entrada, leí anunciado un estofado de conejo. ¿Qué dices?

Dejé a Cardoza poco antes de las cuatro de la tarde, cuando en el restaurante solo quedaba un trío de clientes somnolientos que observaban el revoloteo de las moscas por sobre las mesas. Al salir del restaurante fui abrazado por una ola calurosa y sentí que el conejo del almuerzo se había depositado en mi estómago con la suavidad de un adoquín. Caminé hasta mi oficina y una vez en ella me senté junto al escritorio a hojear el diario que me había dejado Anselmo, con algunas anotaciones en las páginas destinadas a las carreras de caballos del día siguiente. Acogí a Simenon entre mis brazos y escuché durante un rato sus quejas acerca de la comida.

—¿Cuál es el problema? —preguté.

—El alimento de gatos que compras. Estuve viendo la marca escrita en la caja y dice Wiskas, no Whiskas. ¿Desde cuándo me engañas de una manera tan burda?

—Desde que descubrí que existía una imitación de la marca Whiskas, más barata que la original. Hasta ahora no te había oído quejar.

—Odio que me engañen.

—Recorre los baratillos del barrio y descubrirás que estamos rodeados de imitaciones que ayudan a los chilenos a mantener el sueño de la opulencia. Relojes con nombres que se asemejan a los de las buenas marcas, colonias que imitan aromas afamados. Lentes para el sol, camisas, radios, discos, lapiceras; el artículo que imagines tiene una marca más falsa que la sonrisa de un vendedor de publicidad. Estamos llenos de imitaciones y no me extrañaría que tú tengas en la panza una inscripción que diga: Hecho en China.

—Si de algo estoy seguro es de haber nacido en el barrio.

Aparté de mi lado a Simenon y me acerqué al estante donde guardaba revistas y periódicos antiguos. Sin otro sentido que el azar fui hojeando las publicaciones y al cabo de media hora me detuve en un crucigrama que ocupaba dos páginas de una revista cultural. No era un adicto a los *puzzles*, pero a veces, cuando tropezaba con alguno y andaba de ánimo intentaba resolverlo mientras recordaba la época en que había trabajado de cuidador en un hotel galante y solía llenar *puzzles* para matar las horas. El *puzzle* tenía una foto de Honorato de Balzac en su parte central, y en su parte superior, junto al nombre del autor, una leyenda que decía: las amantes del autor de *La Comedia Humana*. Comencé a llenar las casillas con nombres de ríos, de animales prehistóricos y una buena cantidad de sinónimos extraños; y a su turno, también escribí los nombres de las queridas de Balzac: la señora de Berny, la duquesa de Abrantés, Zulma Carraud, la señora de Hanska y la condesa Guidoboni Visconti, quien de soltera se llamaba Sara Lowell y se decía era la madre de uno de los tres hijos bastardos de Balzac. Después de escribir esos nombres perdí interés en el *puzzle* y lo dejé de lado. Busqué otras revistas en el estante y di con media docena de ejemplares de una vieja revista de relatos policiales. Miré sus portadas y al tiempo

que leía los títulos de algunos cuentos recordé que esas revistas me las había obsequiado mi amigo Franklin Serón.

—¿Recuerdas a Serón? —pregunté a Simenon que estaba a mi lado, arañando el lomo de una revista.

—El policía al que jubilaron por viejo. La última vez que vino a la oficina llegó con dos botellas de *whisky* y no se retiró hasta que estuvo seguro de que ambas estaban vacías.

—Debí acordarme antes de él.

—Ni siquiera sabes si sigue con vida. ¿Qué necesidad tienes de verlo?

—Puede ayudarme a encontrar a Gambino. Si fue o es un personaje del hampa, la política o los negocios, Serón tiene que saber algo de él.

—No es fácil obtener la ayuda del viejo.

—Vive solo y nadie se acuerda de él. Que le vaya a pedir consejos lo hará sentirse importante de nuevo.

—No me haría muchas ilusiones.

30

Serón había trabajado treinta años como funcionario de la Policía de Investigaciones. Fue exonerado en 1985, y seis años después, en el primer gobierno posterior a la dictadura militar, y avalado por una antigua militancia socialista, reincorporado a sus labores en calidad de asesor en materia de inteligencia política. Lo que hacía en ese trabajo no era mucho. Tampoco sus relaciones con algunos jóvenes funcionarios que deambulaban por el palacio de gobierno eran las mejores. Al final, el ocio y la enemistad aceleraron su jubilación, y desde hacía cinco años sus únicas ocupaciones eran beber y mantener medianamente actualizado el archivo de información política y delictual que ocupaba gran parte de las habitaciones de su casa.

No lo veía desde que recurrí a su ayuda para desenredar el misterio que rodeaba la muerte de un contador auditor. Las noticias que de tarde en tarde recibía sobre él no eran muy alentadoras. Al parecer, ocupaba las mañanas en ordenar su archivo y pasado el mediodía caminaba las seis cuadras que separaban su casa de un bar ubicado en la plaza Ñuñoa, donde permanecía hasta que el *whisky* le aconsejaba ir a dormir. Durante el año transcurrido desde nuestro último encuentro lo llamé una docena de veces, e invariablemente, en cada una de ellas, prometí ir a visitarlo.

Consulté mi reloj y pensé que era la hora adecuada para encontrarlo en su bar.

Apenas llegué al lugar, observé sus salones y comprendí que mis pensamientos habían sido errados. Serón no estaba en ninguna de las mesas. Me acerqué a la barra y pregunté por Serón al mozo que la atendía.

—Hoy no vino —dijo el hombre de la barra, y enseguida, indicando a dos muchachos que bebían en una de las mesas del bar, agregó—: Dejó plantado a esos periodistas que deseaban entrevistarle.

—El juego de siempre: un par de copas y la posibilidad de sonsacar una buena historia al viejo Serón. Seguramente hoy no tenía ganas de hablar.

—No ha aparecido en toda la semana —agregó el mozo.

—Eso me parece más grave. Hay una edad en la que ya no se puede andar cambiando de bares ni de amigos. Tal vez está enfermo.

—¿Sabe dónde vive? —preguntó el mozo.

—Tengo una vaga idea —respondí sin ganas de avivar la curiosidad del hombre.

Serón vivía en un pasaje de árboles frondosos. Su casa de muros blancos estaba rodeada de plantas y enredaderas que crecían en desorden. Al llegar noté que el portón de la entrada estaba entreabierto. Presioné el timbre instalado a uno de sus costados, entré al antejardín y caminé hasta la puerta principal. Nadie salió a recibirme. Golpeé a la puerta y al hacerlo advertí que ésta también estaba abierta. La empujé suavemente con el pie derecho y desde el interior llegaron los compases de un tango. Había un pesado olor a humedad y papel envejecido en el interior. Avancé hasta quedar en medio de una de las habitaciones que contenía el archivo del viejo detective. Las paredes estaban cubiertas de estantes repletos de carpetas y cajas de cartón que servían para archivar los recortes de prensa y otros papeles que Serón consideraba de interés.

En un rincón había un escritorio y frente a éste, apoltronado en un añoso sillón de cuero negro, estaba sentado el viejo policía. Su mirada parecía fija en algún punto del patio que se veía desde la ventana ubicada a un costado del escritorio. Lo miré evaluando los cambios que había sufrido su aspecto desde nuestra última reunión. Sus cabellos y barbas estaban completamente blancos. Vestía camisa azul y sus pantalones, semiabiertos a la altura de la cintura, estaban cubiertos de manchas. Llevaba suspensores y sus pies calzaban unas roñosas zapatillas de tela escocesa.

—No recibo periodistas ni vendedores. Y si viene a robar, pierde su tiempo; en esta casa los ratones son los únicos que no pasan hambre —dijo de pronto, sin apartar su mirada de la ventana.

—Descuide, Maestro, solo vengo a rebanarle el pescuezo —dije, y de inmediato advertí que reconocía mi voz y me buscaba con su mirada entre las penumbras de la habitación.

—¿Heredia? Eres tú, muchacho.

—El mismo que viste y calza, Maestro. ¿Y usted, cómo está?

—Ocupado en el tedioso trabajo de esperar a la muerte. Se hace de rogar la cabrona. Y eso que hasta tengo las puertas abiertas para que entre sin dificultad. ¿Qué

te trae por aquí, Heredia?

—Hace tiempo que le debía una visita.

—Y también algunos favores, muchacho. La vejez aún no me carcome la memoria —dijo Serón y luego, al tiempo que tomaba la botella y el vaso que tenía junto al sillón, agregó—: Supongo que me acompañarás a beber un par de copas. No hay nada peor que beber a solas y sentir cómo el alcohol remueve los recuerdos. Lo peor de llegar a viejo es que uno está solo con sus culpas.

—Supe que no va al bar desde hace una semana —dije, al tiempo que cogía un vaso que estaba sobre una pila de diarios amarillentos—. ¿Está enfermo?

—Nada que no mejore con una bala en la cabeza. Las piernas no me acompañan. Apenas camino un par de cuadras tengo la impresión de que me iré al suelo. Pero seguro que no has venido a escuchar las quejas de un viejo achacoso. ¿Qué traes entre manos? Porque eso de la visita pendiente no pasa de ser un mal chiste, ¿o me equivoco?

—Es una verdad a medias. Investigo la muerte de un peruano —dije y enseguida le hice una reseña del trabajo efectuado para encontrar a los posibles asesinos de Coiro y Encina.

—No veo en qué te puedo ayudar —dijo después de beber un sorbo de *whisky*.

—Quiero que me permita consultar su archivo.

—Un peruano desconocido y un cartonero no son sujetos de mi atención. En mi archivo guardo antecedentes de gente con alguna connotación.

—En mi investigación surgió el nombre de un tal Gambino. Paco Gambino. Puede ser un excarabinero o alguien que tiene suficiente poder como para disponer del destino de los demás. ¿Le dice algo ese nombre?

Serón se puso de pie y con dificultad dio algunos pasos hasta que su cuerpo se acostumbró a la nueva posición. No dijo nada. Miró una vez más hacia la ventana y luego avanzó hasta quedar frente a uno de los estantes de su caótico archivo. Lo observé mientras buscaba entre las carpetas y después de tres o cuatro minutos, lo vi revisar el contenido de una de ellas.

—Mucho tiempo que no oía mencionar a Gambino.

—¿Conoce a Gambino?

—No sé si sea el mismo Gambino que buscas —dijo y con la carpeta en una de sus manos caminó hasta quedar de nuevo junto al sillón—. ¿Sabes jugar al póquer?

—El único juego de naipes que conozco es el Truco. Lo aprendí a jugar con un compañero del orfanato que había vivido en Magallanes.

—Bueno, tal vez llegó tu hora de aprender otro —agregó, al tiempo que sacaba un naipe de la carpeta y lo arrojaba al suelo. Era un as de corazón negro.

—¿Qué significa esa carta?

—Recuerdos. No se puede huir de los recuerdos. Sírreme otra copa —dijo sin hacer caso de mi pregunta—. Hay dos o tres cosas que debo contarte, muchacho.

Levanté el naípe del suelo, y mientras jugueteaba con él entre mis manos, observé que el viejo revisaba con atención el interior de la carpeta. Por un instante el olor a papel reseco pareció convertirse en una sustancia gelatinosa que se desplazaba hacia todos los rincones de la habitación. El rostro de Serón se iluminó con una breve sonrisa y pensé en un jugador de póquer que tiene las mejores cartas en sus manos y sabe que embolsarse las apuestas es solo cuestión de tiempo. Esperé a que mi amigo comenzara a hablar.

—No son muchos los antecedentes que tengo —dijo lentamente, como si estuviera a punto de revelar un secreto inconfesable.

—¿De qué se trata, Maestro?

—El Gambino que conocí debe estar muerto. Y si no es así, debe tener más de ochenta años —agregó.

Miré su rostro surcado de arrugas; sus ojos cansados y su barba, de tres o cuatro días sin rasurar, blanca, endurecida. Me pregunté si acaso deliraba.

—Conocí a Gambino el año 1962, en los días del Mundial de Fútbol disputado en Chile, y que los chilenos nunca dejamos de recordar. Tú tendrías ocho o nueve años, y probablemente no te acuerdes de los goles de Eladio Rojas o Leonel Sánchez. Tampoco del brasileño Garrincha o del yugoslavo Sekularac. Ese año los chilenos vimos televisión por primera vez y el campeonato lo ganó Brasil.

—He leído cientos de páginas sobre el tema. Pero no he venido a conversar de fútbol, Maestro.

—Paciencia, muchacho. La tortuga no vive cien años por correr más que el conejo. Tengo un recorte de diario donde aparece comentada la detención de Gambino. No sé si esa fue su primera temporada en la cárcel, pero sí recuerdo que solo entonces nos vimos las caras. Debo haber tenido veinticinco años, y él unos seis o siete más. Se notaba que circulaba dinero por entre sus manos. Vestía camisas con colleras de oro en los puños, trajes de alpaca inglesa, sombreros que valían tanto como el sueldo que me pagaban por un mes de trabajo. Un *dandy* que hacía sus negocios en el Matadero y sus alrededores. Recuerdo su detención. Una de sus víctimas fue un periodista italiano que reportaba el campeonato de fútbol. El italiano quería ganar unos pesos jugando a los naipes y tuvo la mala suerte de caer en las garras de Gambino. ¿Quién sabe? Tal vez es el mismo Gambino que buscas o alguno de sus hijos, si los tuvo. Lo único seguro es que el Gambino que conocí jamás fue carabinero. Su negocio era el juego y también, en menor escala, la cocaína y la usura.

—¿Cómo puedo saber si estamos hablando de la misma persona?

—Encontrando al Gambino que buscas.

—No es fácil.

—Desde luego que no. En esa época Gambino controlaba el juego clandestino en el sector sur de Santiago. Funcionaba en casas particulares o bajo la fachada de

supuestos centros sociales; a veces también en los interiores de una tienda o de consultas médicas. Los garitos o timbas eran dirigidos por hombres de confianza de Gambino, y éstos o el mismo Gambino se encargaban de organizar las partidas. Cobraba a los jugadores una cuota por participar en los juegos y muchas veces eran víctimas de los fuleros que trabajaban para Gambino, tipos expertos en sacar ases bajo la manga. Existían los apostadores avezados, empresarios o artistas conocidos, pero también había muchos comerciantes provincianos que llegaban a Santiago y terminaban con los bolsillos pelados. Y no precisamente por su mala suerte en el juego. Esos eran los casos que llegaban a nuestras oficinas y además algunas muertes de tipos que habían ganado mucho dinero o que trataron de trampear al dueño del garito.

—¿Qué hacían los policías?

—No era fácil pillarlos con las manos en la masa. Gambino cayó en una redada sorpresiva y en su poder encontramos los anillos, relojes y collares robados a una joyería de la calle Estado. Se le acusó de reducir especies, y en cuanto al juego, logró convencer al juez de que solo estaba en una partida de naipes con un grupo de amigos. Si mal no recuerdo, solo estuvo una semana en la cárcel, y hasta el año 1975 su negocio siguió siendo próspero. Después dejó de hablarse de él por un buen tiempo. Dicen que sus casinos murieron con el toque de queda impuesto por los militares y que tuvo problemas con uniformados a los que solo ofreció un soborno ratón. La última vez que supe de él fue el año 1983. Apareció vinculado a un tráfico de coca desde Bolivia. Un «camello» atrapado en la ciudad de Iquique lo nombró, pero no se pudo probar nada en su contra. Volvió a desaparecer y a comienzos de los años noventa se le dio por muerto. Desde entonces, y hasta ahora, nunca más lo oí mencionar.

—Si estuviera vivo, ¿dónde lo podría ubicar?

—Que preguntaras por él en el barrio Matadero y nadie dijera conocerlo puede significar tres cosas: murió, cambió de nombre o tuvo que buscar otro territorio para sus negocios.

—¿Sabe de alguien que lo conociera en sus buenos tiempos?

Serón miró su copa vacía y me hizo un gesto para que la rellenara. Luego, y durante un buen rato, no hizo otra cosa que mirar a través de la ventana.

—En las galerías del Pasaje Matte hay una tienda donde venden estampillas y monedas. Su dueño se llama Igor Sargel y durante una época frecuentó los garitos de Gambino. Dile que vas de parte mía y no aceptes ninguna de sus apuestas.

—Seguiré sus indicaciones.

—No esperes mucho de mis palabras. Es una historia vieja, tanto como los papeles que tengo acumulados y mi cuerpo, que no me acompaña como antes. Cuando se llega a viejo a uno se le agota la esperanza. Antes pensaba a largo plazo, hacía planes, esperaba que ocurrieran algunas cosas. Ahora me da la impresión de que todos los días son iguales. No te quedes solo, Heredia. Ese es el mejor consejo

que te puedo dar. Busca una buena muchacha, ten hijos con ella. Aún eres joven y te queda tiempo.

—Necesita otra copa —dije, al tiempo que esbozaba una sonrisa—. A mi edad no me imagino cambiando pañales a un bebé chillón y con olor a leche cortada.

—Es malo vivir toda la vida dentro de un castillo de naipes. Yo, que solo supe ser policía y meterme en los vericuetos de mil existencias ajenas, jamás me preocupé de ordenar mi vida.

—Tengo mi mundo y mis afectos.

—Un gato y montones de libros. Poca cosa, Heredia.

—Tendré en cuenta su consejo, Maestro.

—Y otra cosa —dijo Serón al tiempo que me pasaba una llave que sacó de sus pantalones—. Con esta llave puedes entrar a mi casa cuando quieras, y el día en que te enteres de mi muerte, quiero que vengas y quemes todos los papeles que he reunido.

—¿Por qué quiere acabar con el archivo?

—¿Para qué tanta memoria? A nadie le interesa recordar.

—Es su trabajo de toda la vida.

—Papel, solo papel viejo y amarillento que ni siquiera sirve para envolver pescado. Merece ser pasto del fuego. ¡Recuérdalo!

—Lo haré. Es una promesa.

—Y en cuanto a tu investigación, no dejes de buscar al peruano Aspén. Cuando un caso es confuso, no es bueno encapricharse con una sola pista. Lo de Gambino es un hilo frágil. Y ahora hazme un último favor; anda a la botillería que está al inicio del pasaje y compra otra botella. Nada es gratis en esta vida, Heredia.

32

Cuando regresé de la compra encontré a Serón durmiendo despatarrado sobre su sillón, ajeno al ambiente desolado que le rodeaba. Me acerqué a comprobar si seguía respirando y deduje que ni el paso de una manada de elefantes conseguiría despertarlo antes del amanecer. Dejé la botella de *whisky* a un costado del sillón y salí de la casa con un creciente sentimiento de adiós definitivo en mi interior. Debía a Serón algunos buenos consejos, dos o tres favores importantes y sobre todo, su amistad. Lo estimaba, pero nada podía hacer por él, salvo cumplir con mi promesa de quemar su archivo.

En la calle tropecé con una brisa impregnada de aroma a jazmines y tierra humedecida que hacía más grata la noche. Pensé en Gambino y su negocio de juegos clandestinos. ¿Podía un anciano andar de noche, jugando al matón con un joven que seguramente le habría ganado en fuerza y habilidad? ¿Y si el amigo del viejo Encina había reconocido a un empleado de Gambino?

Abordé el auto sin saber hacia dónde conducir. No tenía sueño ni ganas de estar a solas en mi oficina. Recordé a Violeta y pensé en una nueva visita a su bar. La idea me sedujo unos segundos, pero una vez que puse en marcha el Chevy me di cuenta de que no estaba de ánimo para esperar a que ella terminara de trabajar. Cuando pasé frente al Cine Alameda vi un lienzo colgado sobre su entrada que anunciaba la exhibición de la película *Sed de Mal* de Orson Welles, en función de trasnoche. La había visto años atrás y podía recordar la escena en que un Welles gordo y derrotado llegaba a pedir un poco de compañía a Marlene Dietrich. Estacioné el auto, corrí hasta la boletería del cine y ocupé una butaca en el momento justo en que terminaban los créditos iniciales de la película. La soledad del gordo Welles me hizo compañía y hasta el final de la historia no pensé en otra cosa que en el oscuro destino que le aguardaba.

Salí del cine con un irrefrenable deseo de beber. Entré a un bar y pedí una cerveza que consiguió helar mis emociones y hacerme salir de la atmósfera opresiva de la película. Me distraje con una pareja de enamorados que jugaba a mirarse a los ojos, y luego con un gordo que entró deprisa al bar y pidió una hamburguesa acompañada de papas fritas y café. Más tarde, entraron dos muchachas vestidas de negro, y de rostros pálidos en los que destacaba el rojo de sus labios y las manchas, en forma de gota de sangre, que ambas llevaban dibujadas en las mejillas. Tras ellas entró un vendedor de juegos de naipes que me hizo recordar la historia de Gambino. La noche perdió entonces su encanto. Pagué la cuenta y caminé hacia el lugar donde había dejado estacionado el auto.

—Malditos naipes —grité hacia las sombras de la noche.

Un pesado olor a encierro y cigarrillos me atacó cuando abrí la puerta del departamento. Había olvidado abrir las ventanas por la mañana y el olor remarcaba el abandono de mi hogar. La oficina estaba en silencio. Desde la calle llegaba el bullicio provocado por los clientes del restaurante chino instalado en el primer piso del edificio. Cerré la puerta, caminé hasta la ventana más próxima y la abrí de par en par hasta respirar el aire nocturno. Me senté junto al escritorio, abrí la cajetilla de cigarrillos y puse en el equipo de música una cinta de Artie Shaw. De pronto, mientras me dejaba llevar por el sonido de las trompetas y la batería, un ruido extraño se entrometió en la música. Presté atención al sonido que volvió a repetirse. Alguien, dentro del departamento, reía de manera suave, entrecortada. Silencié la música y escuché con atención los ruidos que llegaban a mi lado. Voces lejanas, gritos, sirenas, y una vez más la risa nerviosa. Saqué mi pistola desde uno de los cajones laterales del escritorio y con ella entre las manos, avancé hacia el dormitorio. Nadie entra a robar a

la oficina de un detective. Siempre es para algo peor: balaceras, costillas rotas, un vuelo vertiginoso desde el balcón. La risa se repitió y por un instante pensé en una niña escondida en el ropero donde guardaba mis dos ternos azules y media docena de camisas de colores fuertes y puños raídos. Levanté la pistola y di los tres pasos que faltaban para entrar al dormitorio.

La risa nerviosa provenía de alguien que estaba acostado sobre mi cama, cubierto con las sábanas hasta más arriba de la cabeza.

Levanté la sábana y reconocí a Violeta. Dormía plácidamente y la aparente quietud de su sueño era interrumpida por su risa nerviosa. Durante algunos segundos observé su cuerpo ovillado sobre las sábanas y luego la desperté con un beso en el cuello. Abrió los ojos y, desconcertada, demoró un instante en reconocer la habitación.

—Heredia —murmuró—. Te estoy esperando.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —pregunté al tiempo que me sentaba a su lado. Estaba desnuda y su piel destacaba contra el fondo albo de las sábanas. Recorrí su espalda con una caricia y luego dejé que mis dedos se enredaran en su cabellera.

—Te conocen en el barrio. Recordé algunas de las señas que me diste y luego pregunté por ti a uno de los mozos que atienden en el restaurante del primer piso. Subí a tu departamento y cuando llevaba varios minutos esperando apareció un señor que dijo ser amigo tuyo y no tuvo reparos en abrir la puerta. Se llama Anselmo, ¿lo conoces?

—Tanto como a las palmas de mis manos. Hizo bien en ayudarte.

—Escuché música, bebí un café y al fin debo haberme quedado dormida. ¿Siempre demoras tanto en regresar a tu casa?

—De haber sabido que me esperabas habría apurado mis pasos.

—El trabajo en el bar estaba flojo y nos dejaron salir media hora antes de lo habitual. No tenía ganas de volver a mi pieza y pensé en ti.

—Es tarde para dar una vuelta por el barrio y encontrar un buen boliche abierto.

—La cama me parece un buen lugar. ¿Para qué buscar otro?

33

—Ahora puedo confesar el verdadero motivo de mi visita —señaló Violeta, después de revolver la taza de café a la que le había colocado tres cucharadas de azúcar. Estábamos junto a mi escritorio, tomando el desayuno.

—¿De qué se trata?

—Regreso a Lima. Mi madre está enferma y quiero estar a su lado. Trabajaré un tiempo más para ahorrar algunos pesos y luego viajaré.

—¿Y lo de anoche?

—Fue una de las pocas cosas buenas que me han pasado desde que estoy en Santiago. Quería tener el mejor de los recuerdos, uno que borrara la imagen del cubículo en el estacionamiento y las noches de trabajo en el bar. Supongo que no habrás pensado que entre nosotros podía haber algo duradero.

—No, claro que no —mentí.

—Reservé pasajes para un bus que parte en dos meses más —dijo Violeta, y luego de una pausa para beber un sorbo de café, agregó—. Al menos eso marca un progreso en mi vida, ya que entré a Chile escondida en un camión. Hay gente que se dedica a pasar peruanos ilegales por la frontera, burlando el control de la policía chilena.

Encendí un cigarrillo y observé su rostro.

—Tal vez un día te escriba una carta, o tal vez tú viajes a Lima.

—Todo es posible —dije, mientras la tristeza se aferraba a mi cuello.

—Quiero pedirte un último favor, Heredia.

—Tú dirás de qué se trata.

—Me gustaría que me acompañaras al bus.

—Aún falta mucho tiempo.

—Quiero estar segura de que lo harás.

—¿Es necesario?

—Me hará bien saber que dejo en Santiago a alguien que me aprecia; que vivir lejos de lo mío no ha sido por nada. Y ahora me voy; tú tienes que trabajar y si yo sigo hablando me pondré a llorar.

Apachurré el cigarrillo en un cenicero y me acerqué a Violeta, que había dado unos pasos en dirección a la puerta. Nos abrazamos. Luego ella abrió la puerta, me besó en los labios y se alejó.

—Linda hembra —escuché decir a Simenon a mis espaldas.

—Nadie pidió tu opinión.

—¿Qué esperabas?

—Nada, hace tiempo que no espero nada.

—No lo tomes tan a pecho.

—Deseo beber un pisco doble.

—Es muy temprano y tienes trabajo por hacer.

—Solo uno, para recuperar el equilibrio y pensar en algunas cosas.

No bebí el licor ni alcancé a pensar en nada. Apenas vertí el pisco sobre unos cubos de hielo, sonó el teléfono y oí la voz de Cardoza al otro lado de la línea.

—Tenemos que conversar, Heredia —dijo con un tono imperativo que parecía no admitir réplica—. Dígame en qué lugar le acomoda más. Que no sea su oficina.

—Mientras tú pagues la cuenta, me da igual.

—No tengo mucho tiempo. En media hora más estaré en el «Haití» del Paseo Ahumada —dijo y enseguida cortó la comunicación.

—Debí citarlo en el paraíso —dije a Simenon—. Siempre he imaginado el paraíso como un sitio lleno de bares. Tragos celestiales servidos por mujeres celestiales y sin necesidad de pagar un centavo.

Cardoza bebía su primer café y conversaba íntimamente con una mesonera rubia cuando llegué al Haití.

—¿Interrumpo? —pregunté al llegar junto al policía—. ¿No es muy temprano para los romances?

La rubia me lanzó una mirada rabiosa y se alejó para atender a un cliente.

—¿Dije algo malo?

—A nadie le agrada que le pisen los callos. Se llama Carmen y tiempo atrás hubo algo entre los dos. Nos vimos durante tres o cuatro meses; después, cuando comenzó a pedirme que dejara a mi esposa, decidí que era el momento de cortar las amarras.

—Me quedó claro que el comentario no fue oportuno.

El policía no respondió. Miró a la rubia y enseguida sacó un papel del bolsillo interior de su chaqueta.

—Tengo los nombres de otros cuatro carabineros de apellido Gambino.

Era una información que ya no servía, pero el policía no me dejó tiempo para contarle de mi conversación con Franklin Serón.

—Los cuatro dejaron el servicio —dijo Cardoza, y luego de leer lo que traía escrito en la hoja agregó—. Julián Gambino se aburrió del trabajo y renunció; Mardoqueo Gambino fue expulsado de la institución después que lo atraparon borracho en una guardia; Sebastián Gambino estuvo tres meses en el servicio y luego lo dieron de baja por unos líos familiares que mi primo no supo explicar; y Cardenio Gambino, cayó en desgracia después de una manifestación de profesores. Al parecer nadie le informó del término de la dictadura y se sobrepasó en el apaleo de un manifestante.

—Esos nombres no conducen a ninguna parte.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso sabe algo que yo ignoro? Recuerde que estamos trabajando juntos.

Miré a Cardoza y me dispuse a decirle la verdad. Pero luego recordé a Serón y pensé que no le gustaría ver llegar a la policía a su casa.

—Es solo una corazonada —respondí—. Sabemos que los cuatro ya no son carabineros, pero no sabemos qué han hecho o hacen desde que dejaron de vestir uniforme.

—Los investigaré detenidamente para saber a ciencia cierta qué puntos calzan. Ocuparé todo el tiempo que pueda en eso y lo mantendré informado.

—Te olvidas de Aspén.

—Puse a uno de mis hombres en su búsqueda, pero hasta ahora no da señales de

vida. Ni siquiera ha podido averiguar dónde vive. Tampoco aparece en nuestros archivos ni hay constancia de su ingreso al país. ¿Está seguro de que ese es su verdadero apellido?

—Hasta ahora no había pensado que puede usar una identificación falsa. Lo mejor es que tu hombre siga trabajando; que haga algunas consultas a sus colegas de Valparaíso. A veces donde menos se espera salta la liebre —dije sin entusiasmo.

—¿Le preocupa algo? —preguntó Cardoza.

—No siempre las cosas resultan como uno espera.

—¿Está pensando en la investigación?

—Desde luego; ¿en qué otra cosa podría ser?

Cardoza regresó a su oficina, pedí un café cortado y después de beberlo salí del lugar. Caminé hasta la Galería Matte, y luego de recorrer varios de sus pasillos interiores encontré la tienda de Sargel. Era un local pequeño, cuya única vitrina estaba atestada de estampillas y monedas. La puerta de la tienda se encontraba abierta y tras un mesón, un hombre viejo examinaba sellos con la ayuda de una lupa gigantesca.

34

Alzó la cabeza y me observó sin mayor interés, como adivinando que mi intención no era comprar los sellos ni las monedas que ofrecía en su tienda. Era viejo y feo. Daba la impresión de que le habían extraído el hueso del mentón y en su lugar había quedado un grueso y arrugado pellejo que colgaba en varios pliegues. Su cabeza calva estaba cubierta de costras oscuras y tenía una verruga al lado de la nariz.

—¿Igor Sargel? —pregunté, y al ver que el hombre seguía en su trabajo, sin darse por enterado de mi presencia, examiné dos viejas monedas que estaban en exposición dentro de una vitrina provista de alarma antirrobo.

—Son las monedas más raras y valiosas que tengo —oí decir al anciano a mis espaldas—. Las monedas de Julio Popper.

—¿Popper?

—Un ingeniero rumano que vivió en Tierra del Fuego, a fines del siglo diecinueve. Inventó unas máquinas para extraer oro y durante algún tiempo lo encontró a raudales. Fue el responsable del exterminio de muchos indígenas en la Patagonia. Llegó a tener tanto oro que acuñó monedas con su nombre grabado en el anverso. Monedas de uno y cinco gramos de oro puro. No son fáciles de encontrar y

se las puedo vender a un buen precio.

—No dudo de que sean valiosas, pero la verdad es que no deseo comprar monedas ni estampillas. Me llamó Heredia y nuestro común amigo Franklin Serón me aconsejó visitarlo.

—Toda mi mercadería es legal —dijo Sargel, en voz baja.

—No soy policía. Jamás me ha interesado coleccionar sellos y las monedas duran poco tiempo en mis bolsillos.

El viejo escuchó mi respuesta y pareció respirar más tranquilo. Guardó la lupa dentro de una bolsa de terciopelo y cerró la carpeta donde guardaba las estampillas que había examinado unos minutos antes.

—¿Cómo está Serón?

—Jubiló y se dedica a espantar moscas —dije, y luego de una pausa para admirar unas estampillas con dibujos de mariposas que estaban sobre el mesón, agregué—: Serón dice que usted me puede ayudar a encontrar a un viejo amigo suyo. Gambino, ¿lo recuerda?

—A menudo y es como una pesadilla. Perdí mucho dinero en sus casas de juego. Ya no temo confesarlo; no tengo hijos ni a mi esposa para que me lo reprochen. Además, hace veinte años que dejé el vicio de los naipes. Iba todas las noches a una de las casas de Gambino, afiebrado, enloquecido, confiando sin cesar en la mañosa fortuna.

—¿Sabe dónde lo puedo encontrar?

—No. Tengo setenta y cinco años, y él es seis años mayor que yo. Si está vivo debe ser una ruina.

—Puede contarme algunas cosas sobre él. Todo lo que me diga quedará entre nosotros dos, se lo aseguro.

Sargel miró a su alrededor.

—¿Desde cuándo no lo ve? —pregunté.

—La última vez fue a comienzos del año 1980. Lo recuerdo bien; fue una semana antes que muriera Josefina, mi esposa. Vino a verme porque tenía un cliente que deseaba comprar un ejemplar de los pesos Montt; una moneda acuñada en 1851 o 1852, durante el gobierno del presidente Pedro Montt. Es una moneda que tiene en el reverso las iniciales JS, correspondientes al nombre de un inglés llamado John Sherriff, a quien contrataron para diseñar monedas y enseñar el oficio de grabador a algunos aprendices chilenos. Al parecer, no venía bien de la cabeza o se trastornó al convivir con los chilenos, porque a los pocos meses de estar en Chile fue internado en la Casa de Locos de Santiago, donde murió totalmente chalado. Le expliqué a Gambino que no tenía esa moneda y que se trataba de una pieza difícil de conseguir. Le mostré otras, pero no se interesó por ninguna. Supongo que su interés por los pesos era falso y que el verdadero motivo de la visita era ver si podía llevarme de nuevo a sus mesas de juego. No lo consiguió, porque apenas mencionó los naipes le mostré la puerta. Después, cinco o seis años más tarde, alguien me contó que se había

ido a vivir a Valparaíso o a un balneario del litoral central.

—¿Eso es todo?

—Gambino jugaba con las debilidades de los demás, y si alguna vez saludaba amablemente era porque estaba pensando en el grosor de la billetera que uno portaba. Vi a muchos salir desesperados de su casa de juego.

—¿Dónde estaba esa casa?

—Usaba varios lugares. A veces era una casa, otras el trasfondo de un restaurante o una habitación de hotel. Lo hacía para burlar a la policía. En ese tiempo la policía se preocupaba del juego clandestino; hoy parece que todas sus preocupaciones están centradas en la droga. La última casa que le conocí quedaba en la calle Echaurren, a la altura del 500.

—¿Vendía drogas?

—Cocaína. Pequeñas dosis para mantener despiertos a los jugadores. Lo que nunca faltaba era el licor.

—¿Qué papel jugaba Gambino en sus garitos?

—Organizaba las partidas entre jugadores dispuestos a realizar grandes apuestas. Sus garitos no eran para pelagatos; había que entrar al juego con una buena tucada de pesos. Gambino cobraba un derecho de mesa. No era poca cosa, pero la verdad es que la mayor parte de sus ingresos provenían de los préstamos que hacía a los desafortunados. Una ley sagrada en ese tipo de juego es no quedar debiendo. Cuando un jugador perdía todo su dinero, intervenía Gambino con sus préstamos o comprando los anillos y cadenas de oro que portaban los clientes.

—¿Aún quedan algunas de esas casas de juego? —pregunté, al tiempo que intuía que Sargel comenzaba a cansarse de mis preguntas.

—Supongo que sí, pero ignoro dónde. Hace tiempo que dejé el juego de naipes.

—¿Y los caballos, las ruletas, los juegos de azar?

—Eso es otra cosa —dijo Sargel, y en sus ojos se reflejó un brillo de picardía—. Le apuesto que el primer cliente que entre en la tienda será un hombre. ¿Cinco mil pesos? ¿Mil? ¿Una miserable moneda de cien pesos?

—Apuesto a que usted miente cuando dice que ignora dónde funcionan las casas de juego.

—No hay azar en esa apuesta. Ganaría fácilmente; le he dicho la verdad respecto al juego de naipes. ¿Qué me dice? ¿Hombre o mujer?

—Mujer —dije, mientras sacaba de mi chaqueta un billete de mil pesos y lo dejaba sobre el mesón.

Sargel se puso tenso y su mirada adquirió la ferocidad de un ave de rapiña que espera la distracción de su víctima. Lo oí respirar con dificultad y por un segundo temí que sufriera un ataque cardíaco. Pero no pasó nada. Solo transcurrieron cuatro o cinco minutos hasta que vimos entrar a un hombre en la tienda. Sargel tomó mi billete y lo guardó en su chaqueta. Luego atendió al cliente que deseaba una selección de sellos españoles.

—¿Quiere apostar otra cosa? —preguntó más tarde, cuando vio salir a su cliente —. ¿El color de ojos de la próxima persona que entre a la tienda? ¿El número de calzado del próximo hombre?

—Paso. Mi capital ya sufrió una merma considerable.

—¡Lástima! Las pequeñas apuestas me mantienen vivo —dijo el filatélico, y luego de una pausa, preguntó—: ¿Por qué no me creyó cuando le dije que había abandonado el juego?

—Por dos razones, señor Sargel. Serón me advirtió que tuviera cuidado con sus apuestas; y a mí me agrada apostar en las carreras de caballos. Sé lo que se siente cuando se confían algunos pesos al azar. Y sé que cuando uno experimenta esa sensación, busca repetirla. Produce un goce que solo comprenden los jugadores.

—Usted y yo podríamos hacer una buena sociedad.

—Las apuestas son una decisión solitaria. Usted debe saberlo mejor que nadie.

—No estaría tan seguro.

—Tal vez en otra ocasión podemos discutir sobre ese tema —dijo, al tiempo que daba un par de pasos hacia la salida.

—Apuesto a que no encuentra a Gambino —dijo el anciano.

—Apuesto a que sí lo encuentro —respondí.

—¿Cuánto?

—Diez mil pesos.

—¿Cómo voy a saber quién es el ganador?

—Tendrá que confiar en mi palabra, Sargel. En uno o dos meses más vendré a buscar mi dinero o a pagar mi deuda.

—Es mucho tiempo. Lo más probable es que esté muerto para entonces.

—También puedo apostar a que usted sigue vivo.

—¿Cuánto?

—Otros diez mil. Si pierdo le llevo al cementerio todas las flores que pueda comprar con ese dinero.

—Diez y diez, no está mal; aunque sea en flores —dijo Sargel y su voz adquirió un tono lúgubre del que preferí huir.

personas que habían construido en él sus casonas y palacetes, experimentó un deterioro del que comenzaba a salir gracias a un programa de remodelación urbana. Muchas de sus casas habían sido demolidas y en su reemplazo se construían torres que trastrocaban la armonía del paisaje. Detuve mi auto a la altura del quinientos de la calle Echaurren y me bajé para recorrer la cuadra de una esquina a otra. Encontré tres edificios, un taller mecánico y una docena de casas que, a despecho de los años, conservaban en buen estado sus elegantes fachadas.

En una de las esquinas había un añoso almacén de menestras que lucía en sus paredes una colorida colección de carteles que promovían bebidas, helados, productos lácteos y galletas. Entré al lugar, y acodado en el mesón divisé a un anciano que llevaba una boina negra en la cabeza y se veía concentrado en la lectura de una revista deportiva. Lo saludé y antes que él abriera la boca, puse sobre el mesón la falsa placa de policía que suelo portar conmigo. El almacenero se sobresaltó y llamó a voz en cuello a alguien que estaba en el interior del almacén. De inmediato apareció un hombre que debía andar por los cincuenta años de edad, obeso y con una barba descuidada.

—Manuel es mi hijo y administra el negocio —dijo el anciano, y luego dirigiéndose al nombrado, agregó—: El señor es de la policía.

—¿Qué necesita? —preguntó el hijo.

No necesité más palabras para intuir que el gordo tenía mal genio y una reducida simpatía por la policía.

—Nada relacionado con ustedes ni su negocio. Quiero ubicar la casa que perteneció o pertenece a una persona que busco.

—¿Qué quiere? —preguntó el viejo a su hijo.

—Busca a alguien —le respondió el gordo, en voz alta.

—Mi hijo y yo somos los únicos que vivimos en esta casa —agregó el anciano.

—¿Cómo se llama la persona a la que busca? —preguntó el hijo, sin detenerse a considerar la respuesta de su padre.

—Gambino —dije y pensé que el pobre Manuel estaba envejeciendo al lado de su padre y que cada día le costaba más soportar las mañas y la sordera del anciano.

—Primera vez que escucho ese apellido —respondió el gordo, y luego de unos segundos, agregó—: Con el asunto de los nuevos edificios que han construido, ha llegado a vivir al barrio mucha gente desconocida.

—La persona que busco vivía en esta cuadra hace veinte o treinta años.

—¿Está seguro? De ser así lo recordaría. Mi padre llegó a este lugar hace sesenta años; yo nací y me crié en el barrio, y recuerdo perfectamente el nombre de las personas que han vivido en el vecindario.

—¿Tal vez a su padre le diga algo el apellido Gambino?

—Gambino, el policía pregunta por alguien que vivió en el barrio y se llama Gambino —dijo el gordo a su padre y, por el vozarrón empleado en la pregunta, supuse que sus palabras habían sido oídas en toda la cuadra.

El viejo movió los hombros con desgano para expresar que no sabía nada.

—Usted y su padre han sido muy amables —dije y comencé a caminar hacia la salida.

—La casa mala —oí que decía el viejo a mis espaldas.

—¿Se acordó de algo? —pregunté al tiempo que giraba sobre mis pasos y avanzaba hacia el mesón.

—¿Te acuerdas de la casa mala? —preguntó el anciano a su hijo—: La arrendaba un hombre de apellido Gambino.

—¿De qué está hablando? —pregunté al gordo.

—La casa mala. Mi madre la llamaba así, porque durante una época funcionó ahí un prostíbulo, y luego, años más tarde, un garito de juego clandestino.

—Es la casa que busco —dije—: ¿Me puede indicar cuál es?

—¿Qué sucede, Manuel? ¿Te acuerdas de la casa mala? —interrumpió el viejo, dirigiéndose a su hijo. Este le hizo una seña para tranquilizarlo y el almacenero volvió a interesarse por las noticias de la revista.

—Pierde su tiempo —dijo el gordo. Luego salió de tras del mesón, caminó hasta la entrada del boliche y alzó una de sus manos para indicarme un edificio que estaba a mitad de la cuadra—. ¿Ve esos departamentos de muros celestes? En ese lugar estaba la casa mala. La compró una constructora y hace tres años levantaron un edificio.

Quedé en silencio, de pie junto a la puerta, con el ánimo de una estatua de mausoleo.

—Va a tener que buscar en otra parte —dijo el gordo con tono burlón. Por un segundo dudé entre mentarle la madre o golpearlo en la panza, pero finalmente, no hice otra cosa que encender un cigarrillo y comenzar a caminar hacia el edificio de muros celestes.

Deambulé por el barrio durante media hora y luego me senté en una plaza a tomar el helado que compré a un vendedor ambulante. Después emprendí el regreso a la oficina.

Es peor que subir con resaca a un carrusel. El asunto gira una y otra vez, y siempre llega al mismo lugar. Quería dormir y soñar que estaba en una isla desierta a la que nadie podía llegar a pedirme que investigara cosas absurdas. Simenon dormía con la placidez de un bebé regordete, y de la radio que tenía sobre el escritorio, brotaba la transmisión de un partido de fútbol. Magallanes derrotaba por ocho goles a cero a Deportes Arica, y el locutor relataba las acciones del partido con el entusiasmo de un vendedor callejero.

Deseaba abandonar la investigación, pero al mismo tiempo algo en mi interior me decía que necesitaba tener paciencia. No podía abandonar el caso y la búsqueda de Gambino, aunque solo fuera para demostrarme que aún podía resolver el misterio y de paso ganar la apuesta cursada con Sargel.

—Tienes el orgullo herido, eso es todo —oí decir a Simenon, entre bostezos.

—Tengo los pies hinchados de tanto caminar y rabia por no encontrar una pista sensata —le respondí.

—Antes ponías más empeño en tus investigaciones.

—Estar pronto a cumplir cincuenta años no me convierte en un anciano.

—El problema no es la edad, sino el entusiasmo.

—¡Tonteras! ¿Qué sabes tú de eso, gato metiche?

—No tienes la menor idea de cómo seguir adelante con tu trabajo.

—Tengo varias ideas. Solo déjame dormir un par de horas y las pondré en práctica.

—Si supieras qué hacer, ya estarías en la calle haciendo tus preguntas.

—Estoy cansado, Simenon. Quiero dormir y despertar en un mundo diferente, en el que todas las cosas transcurran a otro ritmo, con la tranquilidad de una plaza de pueblo. Un lugar donde las cosas no tengan urgencia ni tengas que pagar por un pedazo de sombra.

—Estás viejo para seguir atormentándote con esa pregunta.

—Los sueños no tienen edad. Llegan y te envuelven, nada más; como el aroma de las flores o la sonrisa de una muchacha.

—El mundo te pasa la aplanadora y ni siquiera te das cuenta.

Simenon se equivocaba. Todo los días veía avanzar hacia mí la aplanadora. En los diarios, en la publicidad desplegada por las calles, en la mirada abatida de la gente que salía de los bancos y casas comerciales. Tener era el verbo más conjugado y en su nombre se empeñaban el alma y las ilusiones. Esperé a que la tarde refrescara, y cuando las primeras sombras tocaron las ventanas de la oficina, salí a la calle con la intención de repasar algunos de los pasos que había dado durante la última semana.

Pasé junto al quiosco de Anselmo en el momento en que éste atendía a una clienta que tironeaba con desesperación la correa que la unía a un perro blanco de patas flacas y hocico afilado. Seguí mi camino hacia la Plaza de Armas y al llegar a sus alrededores volví a encontrar a los peruanos que se reunían en grupos que, noche a noche, parecían aumentar en cantidad. Caminé entre ellos y al pasar frente a una central de llamadas divisé a Méndez hablando por teléfono dentro de una caseta. En su rostro tenía una sonrisa que se desdibujó cuando colgó el fono y comenzó a caminar hacia la salida del local.

—¿Buenas o malas noticias? —pregunté a modo de saludo.

El peruano se sobresaltó y demoró algunos segundos en reconocerme.

—¿Cómo está usted? —preguntó finalmente—. ¿Me buscaba o este encuentro es solo casualidad?

—Casualidad o probabilidad matemática. Entre tanto peruano que se junta por aquí, alguno debe ser conocido. Pero no respondió mi pregunta, Méndez.

—Las noticias son buenas, pero la distancia hace mal. Mi gente está bien, aunque

me extrañan tanto como yo a ellos. Cada quince días los llamo y me alegro al oír sus voces. Pero el tiempo pasa, hay que cortar la llamada y me quedo solo otra vez.

—Piense que se trata de algo pasajero —dije y de inmediato guardé silencio al oír el tono poco convincente de mis palabras.

Méndez respiró hondo, como sacando fuerzas de su pequeño cuerpo.

—Le invito una cerveza.

—Prefiero declinar la invitación. Me conozco y sé que una cerveza llamará a la otra, y ésta a la siguiente. Mañana tengo que madrugar y no quiero llegar descompuesto a mi trabajo.

—¿Ha visto a Roberto Coiro?

—Ayer lo vi. El hombre no anda bien —dijo Méndez, y luego, mientras caminaba en dirección a la Plaza de Armas, preguntó—: ¿Cómo le ha ido con la investigación?

—Mal, sigo en el mismo punto que al comienzo. Ninguna huella, ningún motivo, solo un nombre que por ahora ni siquiera sé si está relacionado con el asesinato.

—Coiro está esperanzado en su trabajo.

—Dígale que comete un error, yo no vendo esperanzas, solo hago un trabajo que a veces da resultados y otras, no. Y a propósito del trabajo, ¿le habló Alberto de juegos de naipes o apuestas en garitos clandestinos?

—No. Nunca lo hizo.

—¿Su gente es aficionada a los juegos?

—En las reuniones de amigos se juega a las cartas o a los dados. ¿Por qué lo pregunta?

—Sigo una pista relacionada con casas de juego clandestino.

—Entre mi gente no hay dinero para juegos.

—Solo era una idea que pasó por mi cabeza.

Méndez se detuvo en una esquina y observó a los peruanos que seguían conversando, entusiasmados. Movié la cabeza con desaliento y buscó en su chaqueta un cigarrillo que encendió con la ayuda de un fósforo.

—Chilenos, peruanos, argentinos, bolivianos; todos están jodidos. La miseria tiene el mismo rostro en todas partes.

Me despedí de Méndez y volví sobre mis pasos para buscar el auto que había estacionado cerca del departamento. Conduje hacia la Gran Avenida y en menos de quince minutos estuve una vez más en el salón de pool. Había pocas mesas ocupadas y tras la barra de atención estaba un muchacho al que no había visto antes. Parecía nuevo en el negocio y con deseos de ganar la simpatía de los clientes.

—¿Una mesa? —preguntó—. Si viene solo, puedo conseguirle una pareja para que lo acompañe en el juego.

—Busco a un amigo que suele venir por aquí; se llama Aspén.

—No lo conozco —respondió el muchacho.

—¿Te gustaría ganar cinco mil pesos? —pregunté.

—¿Haciendo qué?

—Contestando a mis preguntas con la verdad. ¿Has visto a Aspén?

—Ya se lo dije. No lo conozco.

Puse sobre la barra un billete de cinco mil pesos y lo arrastré en dirección al muchacho.

—He oído hablar de él. Desapareció de la noche a la mañana y se rumorea que lo hizo en la compañía de una señora forrada en billetes. También se dice que es aficionado a la coca y que le cuesta recuperarse de sus largas esnifadas.

—Dudo que eso me sirva para encontrarlo. El muchacho movió los hombros y esbozó una sonrisa.

—¿Sabes dónde vive?

—No tengo la menor idea. Solo llevo una semana trabajando en esta pega y no conozco mucho a los clientes.

—Pero tienes orejas grandes.

—No puedo evitar escuchar las cosas que se dicen a mi alrededor. Además, hay que saber dónde uno está parado, ¿no le parece?

—Si escuchas algo más sobre Aspén, recuérdalo. Cualquiera de estas noches me asomo de nuevo por este tugurio.

—¿Me puedo quedar con el billete?

—Es todo tuyo. Inviértelo en la Bolsa o ahorra para tu vejez.

—Gracias, señor...

—Nadie, mi nombre es Nadie.

Conduje hacia mi barrio con una pequeña idea revoloteando en mis pensamientos. No era gran cosa, pero a falta de algo mejor serviría para mantenerme ocupado por unas horas. Estacioné frente al quiosco de Anselmo en el momento en que mi amigo comenzaba a bajar la cortina metálica que lo protegía.

—¿No es un poco temprano para cerrar el negocio? —le pregunté.

—Hoy día ya vendí bastante. Seguir en lo mismo sería vicio.

—Con ese criterio nunca vas a integrar la lista de los cien cabrones más ricos del

mundo.

—¿A quién importa esa lista? ¿No tiene otra cosa de qué preocuparse, don?

—Si quisiera darme un toque de buena coca, ¿cómo la consigo en el barrio?

—¿Ya olvidó a su amigo Centella?

—Hasta donde sé, está pasando una temporada en la cárcel.

—¿En qué mundo vive, don? Hace más de un año que dejó la sombra.

—¿Volvió al viejo negocio?

—Pero ya no recorre las esquinas como antes ni tampoco se mete a los cabarés.

Parece que lo agarró esa cosa de la modernidad de la que tanto se habla. Usa celular y va a los lugares adonde lo llaman los clientes. Con ese sistema se mueve por el barrio y también por Bellavista y la plaza Italia.

—¿Se acordará Centella de sus amigos?

—De usted no se puede olvidar, don. Recuerde que le salvó el pellejo cuando unos matones lo querían botar al río Mapocho con algunos tajos en la guata.

—Tal vez debí dejar que lo botaran al río. Pero, claro, era solo un cabrito de trece años. De eso, si no me equivoco, ha pasado bastante tiempo.

—Doce o quince años.

—¿Tienes el número de su celular?

—¿De verdad quiere comprar polvitos mágicos?

—Sabes muy bien que solo tengo vicios líquidos.

—Y las carreras de los caballos...

—Los caballos son un deporte.

—Y las mujeres...

—Uno que otro guiño de la fortuna.

—Y esas citas que saca de los libros gordotes que lee...

—Una manera de explicarme la vida.

—Si no lo conociera, pensaría que usted es un santo.

—¿Tienes el número telefónico de Centella? —pregunté, alzando la voz.

—No se irrite, don. Le hace mal para su colon.

Esperé a Centella en la plaza Santa Ana, frente a una iglesia que mantenía sus puertas cerradas, mientras a sus pies estaban los cuerpos de tres vagabundos que dormían abrazados a sus perros. En el aire permanecía el calor de la tarde y la plaza se veía animada por la charla de los vecinos que habían salido de sus departamentos para refrescarse. Centella llegó diez minutos después de mi llamada, se detuvo a un costado de la plaza y esperó a que yo subiera a su vehículo.

Me saludó sin mucho entusiasmo y nos miramos sin decirnos nada. Centella conservaba su aspecto de muchacho inquieto, pero algo en sus ojos, mezcla de cansancio y rencor, recordaba su paso por la cárcel.

—Estás más viejo, Heredia —dijo con evidente desilusión—. Pensar que hubo una época en que eras mi héroe. El personaje más bacán del barrio.

—Los héroes también envejecen, Centella.

—¿Sigues en lo de siempre?

—Sí, pero aún no pierdo la esperanza de trabajar en Hollywood.

—Al parecer no te va muy bien —agregó Centella, al tiempo que examinaba el aspecto de mi terno—. Dame una mano en mis negocios y ganarás más dinero que jugando al detective.

—No ando en busca de trabajo.

—Te conformas con poco.

—Es probable. Pero no te equivoques, aún puedo darte una trompada.

—¿Necesitas proveerte de algo?

—De información.

—¿Por quién me tomas? ¿Crees que voy a morder la mano que me da de comer? Si quieres saber cómo obtengo la mercadería, pierdes el tiempo. Si algo aprendí en la cárcel es que los sapos terminan asados a fuego lento.

—Me interesan tus clientes, o mejor dicho, solo algunos de ellos.

—No puedo defraudar la confianza de mis clientes.

—¿Provees drogas en casas de juego? —pregunté y mientras Centella pensaba su respuesta encendí un cigarrillo.

—Puede ser —respondió, cauto—. ¿Por qué tendría que darte esa información?

—Por los viejos tiempos.

—¿Quieres que te pague por haberme salvado de los matones?

—No estoy hablando de pago, solo de ayuda.

—Diez preguntas y quedamos a mano, ¿de acuerdo?

—Ya te hice la primera.

—Trabajo con cuatro casas, y supongo que los pedidos son para sus clientes —dijo Centella.

—¿Alguna de ellas pertenece a un tipo llamado Gambino?

—No que yo sepa. Mi relación es con los empleados y nuestras conversaciones son breves.

—¿Trabajas en la Gran Avenida?

—Poco. No es un sector donde circule mucha plata. El billete está en el barrio alto: en los bares de la avenida Suecia y en los cabarés para turistas y palos gruesos.

—¿Tienes clientes que sean peruanos?

—Puede ser. De noche todos los gatos son negros.

—¿Coiro o Aspén? —pregunté, y luego le di una descripción de los dos peruanos.

—La descripción física del segundo me recuerda a uno de mis clientes. Sin embargo, se hace llamar de otra manera.

—¿Cómo?

—Pereira.

—¿De dónde te llama?

—De un salón de pool.

—¿«El Audaz»?

—Es posible que ese sea su nombre. Está ubicado al inicio de la Gran Avenida.

—He estado ahí y solo he visto tipos jugando al pool y bebiendo unas copas.

—No has mirado bien.

—¿El salón de pool es una fachada?

—Eso he oído decir —dijo Centella, y luego de sonreír, agregó—: Creo que ya hiciste tus diez preguntas.

—Se nota que no estuviste muchos años en el colegio; aún me queda una pregunta.

—Te escucho, Heredia. Tengo prisa.

—¿En qué momento te convertiste en un hijo de puta?

Centella no respondió. Dio contacto al motor y esperó a que me bajara de su auto.

—No te molestes en contestar. Sé la respuesta —añadí antes de cerrar la puerta del vehículo.

El ruido del motor apagó la mentada de madre de Centella. El auto arrancó rápidamente y antes de contar hasta dos lo perdí de vista. Caminé hacia el centro de la plaza y luego de ubicar una caseta telefónica instalada al resguardo de un frondoso castaño, llamé a Cardoza.

37

Saqué la Beretta del escritorio y comprobé que estuviera cargada. Acostumbré mi mano derecha a su peso y cuando estuve seguro de poder usarla con la habilidad de otros días, la acomodé al costado izquierdo de mi cintura. Me sentí incómodo y por un instante pensé en devolverla a su lugar dentro del escritorio, junto al atado de postales y el revoltijo de las cartas recibidas en los últimos meses. Recordé mi diálogo con Centella y a pesar de lo avanzado de la hora, decidí regresar al salón de pool.

Simenon estaba sentado junto a la puerta; lo tomé en mis brazos y acaricié su pelaje blanco y suave. Abrió la boca con desgano y me quedó mirando fijo, como exigiendo una explicación sobre lo que me proponía hacer.

—Es solo por precaución. Sabes que no me gusta usar la pistola como antaño. Te prometo pensarlo bien antes de disparar —dije y sentí que mis palabras carecían de convicción.

Simenon saltó de mis brazos y fue a sentarse en el sillón, frente al escritorio.

—Cuida la oficina, y recuerda que no hay que dejar entrar a los extraños —dije, y sin más, abrí la puerta de la oficina.

Cuando llegué a la calle, busqué el Chevy Nova, que seguía estacionado frente al quiosco de Anselmo, y lo conduje lentamente en dirección al salón. No estaba seguro de lo que debía hacer, pero seguí adelante, confiado en ver aparecer mi estrella de la buena suerte en el cielo de Santiago.

Una de las mesas del salón de pool estaba ocupada por una pareja de jugadores, y el muchacho que atendía a los clientes dormitaba con sus brazos apoyados sobre la barra. Miré la puerta que estaba junto a la entrada de los baños, la misma que había llamado mi atención en la primera visita, y sin medir las consecuencias avancé hacia ella.

Comprobé que estaba cerrada. Golpeé suavemente y casi de inmediato escuché que se descorría una cerradura y vi asomarse el rostro de un sujeto bajo, calvo y de aspecto ratonil.

—Buenas noches —dije, y sin esperar su respuesta, empujé la puerta con mi hombro izquierdo. El tipo calvo fue a dar al suelo y entré a una habitación en cuyo interior había una mesa ocupada por cuatro hombres que jugaban a los naipes.

Ninguno hizo el menor intento de moverse y solo me observaron sin expresar la más mínima sorpresa. Ahora sé lo que significa tener cara de póquer, pensé mientras ayudaba al hombre calvo a levantarse.

—¿Quién es el dueño de este tugurio? —pregunté.

El hombre no alcanzó a dar una respuesta. A mis espaldas se abrió una puerta en la que no había reparado, y antes de que pudiera reaccionar, algo duro golpeó mi cabeza. Oí que uno de los jugadores redoblaba su apuesta y luego comencé a ver que todo a mi alrededor adquiría el tono oscuro de la inconsciencia.

Desperté en una pieza desconocida; atado a una silla y con un dolor agudo en la nuca. Dos hombres voluminosos me vigilaban con ganas de propinarme nuevos mamporros. Traté de sonreír, pero solo conseguí reactivar el dolor en la cabeza.

—¿Quién eres y qué andas buscando? —preguntó un colorín adiposo.

Vestía una remera sin mangas que dejaba ver sus brazos gruesos y musculosos.

—Cuando me recupere tal vez recuerde mi nombre —dije, y enseguida vi que el segundo hombre, más joven y delgado que el colorín, se acercaba a mi lado con la evidente intención de sacudirme la dentadura.

—Tranquilo, Flaco. No quiero que se vuelva a dormir —dijo el colorín, y luego, hablándome a dos cuartas de mi rostro, agregó—: Supongo que no necesito repetir mis preguntas.

Necesitaba algo de tiempo y para obtenerlo dije un par de verdades.

—Me llamo Heredia y busco al dueño de este lugar, el señor Gambino.

—Este maricón nos está blufando —dijo el flaco a su amigote, al tiempo que movía, de una mano a otra, mi vieja Beretta.

—¿Quién es Gambino? —preguntó el colorín.

—Se lo dije, el amo y señor de este lugar.

—Llevo más de cinco años en este salón y jamás he visto a nadie con ese nombre. ¿Cuál es tu juego? —preguntó el gordo.

—Gambino —insistí.

El colorín hizo una seña a su acompañante, y éste, con auténtico entusiasmo, clavó su puño derecho en mi estómago.

—Alguien te contó que aquí se jugaba y decidiste probar fortuna en un asalto, ¿es eso? —dijo el colorín.

—Cuando necesito plata voy a mi banco —contesté, y luego, con más aire en mis pulmones, pregunté—: ¿Dónde está el señor Gambino?

—Porfiado el huevón —dijo el Flaco—. No hay ningún Gambino en este lugar.

—Y al peruano Aspén, ¿lo conocen? —pregunté y de inmediato noté una expresión de alerta en el rostro del colorín.

—Sabes muchos nombres, cabrón. ¿Te gustan los nombres? —preguntó el gordo.

—Antes de venir a verlos, leí la guía telefónica. ¿Qué me dicen sobre Aspén?

El segundo golpe del Flaco me hizo más daño que el primero. Maldije mi situación y pensé que mi cuerpo había perdido su solidez de antaño.

Cuando recuperaba el aliento, se abrió violentamente la puerta y entró Cardoza acompañado por tres de sus hombres. El colorín y su amigo fueron reducidos y esposados. Cardoza soltó las amarras que me mantenían sujeto a la silla y cuando estuve seguro de poder caminar, me puse de pie y salí de la pieza. En la habitación contigua volví a encontrar a los cuatro jugadores y al hombre calvo vigilados por dos policías.

—Quiero encontrar a Aspén. El colorín, su amigo flacuchento y el calvito deben saber dónde está —le dije a Cardoza.

El policía llamó a dos de sus subalternos y les ordenó sacar a los apostadores del lugar.

—¿Qué hacemos con el joven de la barra y los dos que estaban jugando al pool? —preguntó a Cardoza uno de sus hombres.

—Lleva al muchacho al cuartel; a los otros, apuntales sus datos y luego los liberas.

—También hay que preguntarles por Gambino —insistí.

—Deje de dar instrucciones, Heredia. Sé cómo hacer mi trabajo.

—Los tipos no quieren soltar la pepa.

Había transcurrido más de una hora desde la detención de los hombres del salón de pool y Cardoza se veía descompuesto por el esfuerzo del interrogatorio.

No me había dejado intervenir con mis preguntas y hasta ese momento me limitaba a observar desde un rincón de la habitación. Lo único concreto eran los nombres de los arrestados. El colorín se llamaba Arsenio Uriarte; su amigo, Gastón Veiga, y el calvo decía llamarse Fernán Reyes y ser el dueño del lugar. Los tres negaban conocer a Gambino, y en cuanto a los jugadores sorprendidos en medio de una partida, Reyes explicó que solo se trataba de un grupo de amigos que, a falta de un buen lugar en sus casas, ocupaban las piezas interiores del salón.

—No puedo seguir interrogándolos en este lugar. Los llevaré al cuartel.

—Deja de preguntar por Gambino y concéntrate en Aspén. Yo vi al peruano en este sitio, así que no pueden decir que no lo conocen.

Cardoza se acercó a sus prisioneros y durante unos minutos los interrogó acerca de Aspén, hasta que cansado de sus mentiras decidió trasladarlos a las dependencias policiales. Ordenó a sus subalternos que fueran a preparar los vehículos para el traslado y cuando éstos abandonaron la habitación, Veiga soltó un quejido lastimero y pidió que lo dejarán ir al baño.

—Yo lo puedo acompañar. A estas alturas de la vida somos viejos conocidos y dudo que intente una jugarreta —dije a Cardoza, y sin darle tiempo para pensar en mi propuesta, me acerqué a Veiga. El flacuchento se puso de pie y caminó lentamente hasta la salida. Sabía que estaba pensando en el mejor momento para intentar la huida y por eso me apresuré en desalentar su proyecto. Apenas abrió la puerta del baño, lo golpeé dos veces sobre los riñones. Cayó al suelo, metí su cabeza en la taza del water y cuando supuse que estaba aburrido de olfatear orines ajenos, lo obligué a ponerse de pie y acerqué su rostro al mugroso espejo colgado en la pared.

—Tenemos poco tiempo, pero alcanza para repetir las caricias —dije, mientras lo obligaba a sentarse en el suelo.

—Recibo órdenes —balbuceó.

—Trata de ser más original. Esa es la excusa que usan todos los cabrones y asesinos de este país. ¿Conoces al dueño?

—Reyes es el dueño —respondió Veiga.

Azoté su cabeza contra la pared y el matón comprendió que no tenía muchas oportunidades para seguir mintiendo.

—No conozco al dueño. Reyes se reúne con él en otro lugar y nunca ha querido decirnos su nombre.

—¿Y Aspén? ¿Dónde vive Aspén?

—¿No sé de quién me está hablando?

—Aspén, el peruano que recibe los pedidos de drogas.

—En un edificio ubicado en la esquina de Franklin con San Diego. En el departamento de Barreiro.

—Eso no me dice mucho.

Veiga pensó su respuesta y luego me dio el número del edificio y del departamento donde vivía el peruano.

—Más vale que digas la verdad. Mientras estés en manos de la policía me será fácil volver a conversar contigo.

Le ordené que se levantara y saliera del baño. Al entrar a la habitación donde estaba Cardoza con los interrogados, el policía miró el aspecto de Veiga y a duras penas logró reprimir una sonrisa.

—Tropezó a la entrada del baño. Traté de ayudarlo, pero no fue mucho lo que pude hacer por él —dije.

El policía llamó a sus subalternos y les ordenó sacar a los hombres de la habitación.

—Reyes sabe quién es el dueño de este lugar y si menciona a Gambino, no dejes de avisarme —agregué cuando quedé a solas con Cardoza en la habitación.

—Los detenidos irán a una celda y por la mañana los volverán a interrogar —contestó Cardoza, y luego de mirar a su alrededor, agregó—: Es hora de irse a la casa. A mi mujer le cuesta creer que mis salidas nocturnas son por motivos de trabajo. Tendré que llegar a contarle todo lo que sucedió esta noche.

—Perderás tu tiempo y unas buenas horas de sueño. No importa lo que uno les diga, las mujeres siempre creen que les mienten.

—A menudo pienso que mi mujer se equivocó al casarse con un detective. Pero, en fin, no es el momento para conversar de cosas domésticas.

—Te invito a una copa, Cardoza.

—En otra ocasión, Heredia. Pasaré por el cuartel a verificar que los presos fueron ingresados a sus celdas y después, a dormir. Supongo que usted hará lo mismo.

—He pensado en hacer algo más antes de volver a mi departamento.

—¿La última copa?

—La penúltima —dije al momento de salir del salón.

—Cuando hablamos por teléfono, usted no fue muy claro con la historia de Gambino. ¿Qué le hizo pensar que es alguien vinculado al juego ilícito?

—Un pálpito, nada más —respondí y luego le conté otros detalles de mi investigación.

—Si eso es verdad, nuestras pesquisas relacionadas con los carabineros de apellido Gambino pasados a retiro no tienen mucho sentido —dijo cuando terminó de escuchar mi relato—. ¿Se acuerda que eran cuatro? Investigamos a dos de ellos. A Julián Gambino lo vieron comiendo con su mujer en un restaurante.

—Dudo que el Gambino que buscamos esté entre esos carabineros.

—Di orden de investigarlos, y sería mal visto si me retracto. Una de las cosas que me enseñaron en la academia policial fue no reconocer errores frente a los subordinados. Un jefe que cambia las instrucciones pierde prestigio.

—Dijiste que habías investigado a dos de los Gambino. ¿Cuál es el otro?

—Cardenio Gambino. Trabaja de guardia en un condominio, y a la hora del asesinato cumplía su turno.

—Buen trabajo —dije mientras miraba hacia el cielo. La luna, grande y redonda, parecía posada sobre la copa de unos árboles, y a lo lejos se oían los ladridos de unos perros. Cardoza se despidió y lo vi alejarse en su auto hacia la calle San Diego. Estaba solo, una vez más solo, empeñado en resolver dos asesinatos que no significaban nada en una ciudad que dormía con aparente inocencia.

Resultó fácil entrar al departamento donde vivía Aspén. Era un edificio antiguo, sin vigilantes ni mayordomos que controlaran el acceso a los departamentos. Abrí el portón de entrada y lentamente subí la escalera que conducía al tercer piso. Me detuve frente al departamento indicado por Veiga y luego de golpear dos veces a su puerta, probé abrirla con el cortaplumas que portaba en mi chaqueta. La cerradura no opuso resistencia y entré a una habitación que olía a comida descompuesta. Di unos pasos y me detuve. Desde una de las piezas interiores llegó el ruido monocorde de los punteros de un reloj. Ubiqué el interruptor de la luz y luego de presionarlo quedé frente al espectáculo de una pieza amoblada con un par de sillones y una mesa de centro en la que alguien había dejado dos botellas de cerveza a medio consumir.

El resto del departamento estaba compuesto por dos dormitorios pequeños, un baño donde encontré unas prendas de ropa remojándose en una palangana plástica, y la cocina donde reinaba un tufo de frituras rancias. Aspén, su amigo Barreiro o quien viviera en el departamento había salido de prisa. Comencé a revisar las habitaciones y en el velador instalado en uno de los dormitorios encontré media docena de cartas destinadas a Barreiro y Aspén. Las leí detenidamente. Estaban dirigidas a Barreiro por una mujer que le exigía el pago de un dinero prometido. Las dos restantes, destinadas a Aspén, contenían folletos de tiendas comerciales. Pensaba dejar las cartas sobre el velador, cuando llamó mi atención algo en lo que no había reparado antes. Dos de las cartas a Barreiro y una de las dirigidas a Aspén tenían la dirección del departamento en el que me encontraba; las otras tres estaban destinadas a una dirección en el balneario de Cartagena. Guardé las cartas en mi chaqueta y una hora más tarde, cansado de hurgar entre las cosas del peruano y su amigo, apagué las luces del departamento y sin apuro comencé a recorrer el camino que conducía a la calle.

Cerca del edificio descubrí un bar que seguía abierto a pesar de lo avanzado de la noche. Entré y me senté junto a la barra atendida por una mujer que tenía el encanto de una cucaracha con los labios pintados. Le pedí un corto de pisco y encendí un cigarrillo. Desde alguna parte, al interior del bar, llegaba la voz de Aznavour cantando «Idiota, te quiero». Cuando la mujer puso la copa a mi alcance, bebí un sorbo de pisco y luego observé mi rostro reflejado en el espejo ubicado frente a la barra. Necesitaba una afeitada y en mis ojos relampagueaba la tristeza de un hombre cansado.

Pensé en las interrogantes que rodeaban la muerte de Coiro y la desaparición de Aspén. Me dije que quizás las respuestas a tanto misterio eran simples, como lo son

en su mayoría las razones por las cuales se mata a un hombre. Más que las huellas y las deducciones, importaba conocer el pasado de los involucrados. Alcé la copa y brindé por el compañero que me miraba desde el espejo. Después saqué las cartas de mi chaqueta y las releí. La mujer que escribía a Barreiro tenía una letra ordenada y diminuta. Se llamaba Cristina y bastaba leer dos o tres de sus frases para comprender que odiaba al destinatario.

39

En mi último viaje a Cartagena había seguido los pasos de una muchacha llamada Esmeralda. Su padre, un abogado ricachón y acostumbrado a imponer su voluntad, temía que algún romance clandestino provocara la ruptura del compromiso matrimonial de su hija con un oficial del Ejército. No se equivocaba. Esmeralda tenía cita en Cartagena con un compañero de la universidad con el que pensaba fugarse. Sin embargo el muchacho no apareció. Una hora antes de viajar a Cartagena recibió la visita de dos matones contratados por el abogado y su amor se esfumó después de la segunda trompada. La abordé cuando estaba a punto de arrojararse al mar desde los roqueríos cercanos a la Virgen del Suspiro, frente a la entrada del Hotel Victoria. Un promontorio que cargaba una larga historia de suicidios y accidentes, recordados en pequeñas placas de mármol pegadas a las rocas. La invité a beber una copa; ella me puso al tanto de su situación y a la mañana siguiente la convencí de viajar a La Serena, donde tenía unas amigas que la acogerían hasta que pasara la fecha concertada para su boda. No volví a saber de ella, y entregué a su padre un informe en el que lo único real era el valor de mis honorarios y la cuenta del hotel.

El recuerdo de Cartagena me acompañó hasta que me dormí arrullado por el bullicio del barrio. En el departamento reinaba el silencio cuando desperté a la mañana siguiente. Simenon había tenido el cuidado de permanecer sobre el escritorio, ocupado en una de sus interminables sesiones de limpieza. Busqué una camisa y debí emplear varios minutos en alisarla con la plancha eléctrica comprada años atrás en un baratillo. Planchar no es una tarea que me agrada, pero estoy acostumbrado, tanto como a lavar la vajilla, hacer mi cama una vez a la semana, cocinar un platillo rápido, sacar el polvo acumulado en los lomos de mis libros o botar la basura.

—Te serviré una ración triple —dije a Simenon, al tiempo que sacaba una bolsa de alimento para gatos desde la alacena empotrada en la cocina—. Voy a viajar y no sé cuánto demore en volver. Si falta comida puedes ir a maullar al quiosco de

Anselmo.

—¿Adónde vas?

—A Cartagena. He decidido seguir una intuición. Eso es todo. No sería nada de raro que regresara con la cola entre las piernas.

—Tu optimismo me abruma.

—Suelo pensar que todo saldrá mal para que las cosas resulten bien.

—Parece un trabalenguas. ¿A qué hora viajas?

—Por la noche, cuando haga menos calor. Antes comeré en uno de los boliches del barrio.

Encendí un cigarrillo y me detuve a escuchar el rumor de la calle. Era una tarde cualquiera, igual a tantas otras en la ciudad, con sus murmullos y sus rabias, sus gritos y llantos, su manera empecinada de reproducirse, horas tras horas, acogiendo los sueños de la gente, absorbiendo su esperanza de muro en muro, atormentada y feliz de girar en su incansable carrusel. En apariencia nada nuevo en la ciudad; y yo en ella, solo, como un vigía fatigado de observar a las personas. El juego del testigo que recarga su memoria de datos inútiles y al final del día cree conocer la ciudad pero solo ve un lado de ella, porque la otra cara, tal vez la más auténtica, permanece rodeada de sombras, de palabras dichas frente a la intimidad de un espejo o al silencio anterior a la decisión de cerrar los ojos y dormir.

Intenté caminar y sentí que los pies se negaban a responder, mientras dudaba sobre la conveniencia de viajar. Logré seguir mi camino y entré a un restaurante donde pedí un bistec con papas fritas y una cerveza helada. Mientras esperaba la comida, volví a leer las cartas encontradas en el departamento de Aspén.

La llegada de la comida interrumpió mi lectura. Probé el bistec. La carne estaba más dura y reseca que las botas de un legionario, y luego del segundo trozo que me llevé a la boca, decidí renunciar a mi alimentación.

Cuando salí del restaurante y mientras caminaba de regreso a la oficina, me detuve frente a una muralla en la que habían escrito la consigna: «Peruanos, regresen a su país». Había leído otros rayados similares, en las que acusaban a los peruanos de traer la tuberculosis a Chile, aumentar la delincuencia en la ciudad o quitar el trabajo a los chilenos. Algunas de las frases eran anónimas y otras estaban firmadas por grupos de neonazis a los que nadie parecía conceder mucha importancia, pero que a diario expresaban en los muros del barrio su odioso nacionalismo. Nada de qué asombrarse, solo la añeja estupidez de creerse superior por el origen de un apellido, el grosor de la billetera o el tipo de raza.

Seguí mi camino y apenas entré a la oficina escuché el timbre del teléfono. Le hice un guiño a Simenon que descansaba sobre el escritorio y me acomodé en mi sillón. La llamada era de Cardoza y su voz denotaba ansiedad.

—Lo llamé a su oficina toda la mañana y hasta pasé por el «City» con la esperanza de encontrarlo.

—Dormía para espantar los fantasmas —respondí, al tiempo que consideraba la

conveniencia de ocultar mi visita al departamento de Barreiro y Aspén.

—Tiene un horario de trabajo bastante especial. Lo envidio.

—Es la ventaja de no tener jefes ni patrones —dije, y luego de una pausa que dio paso a la curiosidad, pregunté—: ¿Por qué tanta urgencia?

—Continuamos el interrogatorio y los matones solo reconocen como jefe a Reyes. Dicen no conocer a Gambino y temo que es la verdad.

—¿Y qué dice Reyes?

—Debo reconocer que el tipo me sorprendió. Pensé que sería fácil obtener su colaboración. Sin embargo, se obstinó en guardar silencio y tuvimos que cachetearlo para que respondiera las preguntas. Conoce a Francisco Gambino, pero no lo ha visto desde hace varios años. Lo trató a comienzos de los sesenta, cuando Reyes llegó desde Valparaíso en busca de trabajo. Reyes fue su empleado hasta que el viejo decidió retirarse en el año 1987; o al menos eso es lo que creía Reyes que, después de esa fecha, se dedicó a la administración de unos restaurantes hasta que en 1997 recibió la visita de un sujeto llamado Barreiro. El tal Barreiro le dijo que venía de parte de Gambino y que su antiguo patrón había comprado un salón de pool que requería de un administrador. Las condiciones para obtener el trabajo fueron dos: tener claro que las mesas de pool serían la fachada de otros negocios; y aceptar que el nombre de Gambino no se mencionaría y que sus órdenes iban a ser transmitidas a través de Barreiro, quien también debía permanecer en las sombras. Reyes aceptó las reglas.

—Extrañas condiciones.

—No es lo único que llama mi atención. También es raro que Barreiro no quiera figurar como hombre de confianza de Gambino y que para todos, salvo Reyes, es uno más de los empleados del salón de pool.

—Debe ser parte del trabajo que realiza Gambino para cubrir sus espaldas, ¿no te parece?

—Puede ser. No pongo mis manos al fuego por eso —dijo Cardoza.

—¿Reyes conocía al peruano asesinado?

—Lo recuerda vagamente, como a uno de los tantos peruanos que llegan al salón a preguntar por Aspén o Barreiro. Presume que ellos le daban trabajo. Reyes no sabía que Coiro está muerto. Tampoco sabe dónde vive Barreiro ni Aspén.

—¿Recuerda al viejo Encina?

—Como a un borracho que no molestaba a nadie.

—Pero que tenía ojos y oídos.

—¿Qué piensa? —preguntó Cardoza.

—Aspén nos puede ayudar a llegar hasta Gambino. Además, entre Aspén y Barreiro hay una amistad que puede arrojar algunas luces.

—Hay algo que no encaja. Gambino debe ser de avanzada edad. ¿Por qué vuelve a los negocios?

—Los viejos suelen tener tiempo libre.

—¿Podría ser el nombre de Gambino una fachada?

—¿En qué estás pensando?

—En la lista de los Gambino que expulsaron del Cuerpo de Carabineros. Uno de ellos alcanzó a ejercer tres meses como oficial y luego lo expulsaron porque descubrieron que tenía malos antecedentes familiares. No conozco los detalles de la acusación, pero los puedo averiguar.

—¡Hazlo! Tal vez no sea algo descabellado.

—No lo es —dijo Cardoza, y luego de prometer que me mantendría informado de los resultados de sus investigaciones, dio por terminada la llamada.

—¿Tú qué opinas? —pregunté a Simenon, que había escuchado atentamente la conversación.

—El mundo es chico, Heredia.

—¿Por qué el familiar de un tahúr iba a ingresar a la policía? ¿Sadomasoquismo? ¿Un ataque de estupidez repentina?

—A veces las cosas son más simples.

El timbre del teléfono interrumpió el diálogo. Tomé el fono de mala gana y desde el otro lado de la línea oí la voz de Franklin Serón.

—Ya era hora que respondieras, muchacho.

—Estaba ocupado en una llamada de trabajo.

—Trabajo, trabajo, trabajo. Siempre que hablo contigo estas metido en un trabajo. ¡Relájate, Heredia! No vale la pena romperse el culo por nada ni por nadie.

—Podemos discutir eso en otra ocasión, Maestro.

—No hay nada que discutir, Heredia. Te llamaba para decirte que te he relevado de la responsabilidad de quemar mi archivo. Decidí hacerlo antes de morir. Las llamas son mágicas; aterran y atraen a la vez. Tendrías que verla, Heredia.

—¿Está quemando su archivo? —pregunté, incrédulo, recordando la carpeta sobre Gambino que me había mostrado Serón.

—¿Te gusta el fuego?

—Cuando sirve para asar un jugoso trozo de carne.

—¿Quieres acompañarme? Voy en la letra d.

—Espere a que yo llegue para seguir con la quema. Necesito consultar su archivo.

—Es solo papel viejo.

—Voy para allá.

—Te espero con una botella.

Dejé el teléfono y caminé hacia la puerta.

—El viaje a Cartagena tendrá que esperar —me dije en voz alta.

El fuego se veía desde la calle, pero a nadie en el vecindario parecía importar el reflejo de las llamas ni el olor a papel quemado que ensuciaba el aire nocturno. Unos perros ladraban con desgano a la luna y desde una casa contigua brotaba el chicharreo de un televisor encendido a gran volumen. Serón no se había equivocado al buscar un barrio tranquilo donde vivir. En ese momento podía haber caído un misil atómico en medio de la calle y los vecinos habrían seguido en sus rutinas, indiferentes. El portón de la vivienda estaba abierto. Di unos pasos hacia la casa y antes de golpear a su puerta, vi a Franklin Serón. Se encontraba en medio de un enorme patio interior, sentado en una silla de paja, frente al espectáculo de una gran fogata en la que se consumían las carpetas de su archivo. A su alrededor había varias rumas de papeles, de las cuales el viejo policía iba sacando el alimento para el fuego. Las hojas de papel, los recortes de diarios y revistas caían sobre las llamas y, luego de una breve resistencia, terminaban convertidos en pequeños trozos negruzcos, sin vida. La noche se había dejado caer sobre los techos del barrio. En las llamas brotaba una imagen triste, como la mirada de un anciano que presiente su muerte o la de un pájaro enjaulado que no se atreve a imaginar lo que hay más allá de su prisión.

Me acerqué y me detuve junto a mi amigo, en el mismo instante en que tiraba al fuego la carpeta con los antecedentes de un político renombrado.

—Solo llegó a ser un patán vanidoso y ratero. No merece que se lo recuerde —dijo Serón y luego, percatándose de mi presencia, preguntó—: ¿Te gusta el espectáculo? Pensé que eras el indicado para compartirlo.

—¿Por qué lo hace, Maestro? Esas carpetas representan muchas horas de trabajo. Muchos conocimientos necesarios.

—El conocimiento dejó de tener importancia. Vivimos una nueva época de bárbaros e ignorantes.

—Siempre habrá alguien al que le interese saber.

—Eres un sentimental sin remedio. Hice bien en hacer yo mismo el trabajo, porque de lo contrario, una vez muerto, tú no habrías cumplido la promesa de quemar mi archivo.

—En las carpetas hay información que puede servir a otras personas.

—Cincuenta o sesenta años de palabras inútiles. Recuerdos de una historia que más vale olvidar. Discursos, entrevistas, proclamas, copias de documentos oficiales. Palabras, muchas palabras. Hay que construir otra historia, Heredia. Una historia que, de una vez por todas, deje de mostrar lo egoístas que somos.

—Supongo que nada puedo hacer para que cambie de opinión.

—Nada. Y tampoco dramáticas la situación. Piensa que solo se trata de un viejo que se cansó de seguir con el *hobby* de su vida, y quema su colección de estampillas o postales.

—¿Cómo logró sacar tanto papel al patio?

—Con la ayuda del jardinero del vecino. Un buen hombre que, para el caso, tiene la virtud de ser sordomudo. No hizo preguntas ni yo me molesté en darle explicaciones. Solo le ofrecí una buena paga por su trabajo. Sacó de la casa las carpetas de las letras a hasta la e.

—¿No le da pena?

—Hace tiempo que estoy despidiéndome de las cosas que han sido importantes para mí. Eso te incluye, muchacho.

—¿Por qué no esperó un tiempo más?

—Necesitaba entretenerme en algo —dijo y después de arrojar otra carpeta a las llamas, agregó—: Anda a buscar la botella de *whisky* que dejé sobre la mesa del teléfono.

—Necesito revisar la carpeta de Francisco Gambino.

—¿Sigues preocupado de ese asunto? La carpeta está adentro; búscala y aprovecha de traer otras para quemar.

Dejé a Serón examinando el contenido de una de sus carpetas y caminé hasta el interior de la casa. Encontré la botella de *whisky* junto al teléfono. Busqué dos vasos en la cocina y enseguida revisé la estantería donde estaban las carpetas identificadas con la letra g. Encontrar la de Gambino no me ocupó mucho tiempo. Leí los papeles que había en su interior y no encontré nada sobre su muerte ni su actual domicilio. Junté la carpeta con otras, y las transporté hasta donde se encontraba Serón.

—En la carpeta no hay datos respecto al o los hijos de Gambino —comenté al estar de nuevo junto a Serón.

—Nunca tuvo hijos. Su mujer padecía una enfermedad que le impedía procrear.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Tal vez tenga un sobrino que lleve su apellido.

—Imposible. Gambino solo tuvo una hermana que murió soltera. ¿En qué estabas pensando?

—En un hijo o sobrino que se hubiera hecho cargo de los negocios.

—Gambino no habría confiado un peso ni a su madre.

—Se acaba de ir al suelo mi último castillo de naipes.

—Construirás otro, Heredia. No pierdas la esperanza.

—Los casos no se resuelven con esperanzas. Se necesitan huellas, pruebas o al menos una hipótesis.

—No me vengas a enseñar cómo investigar, muchacho. Haz algo útil por los dos y sirve unas copas.

—Para mí solo una, mañana viajo a Cartagena —dije.

—¿Una? ¿Desde cuándo predices el futuro? No me hagas reír. Aún tenemos mucho trabajo por hacer.

Lento, como fatigado por el esfuerzo que estremecía sus fierros, el bus demoró poco más de dos horas en llegar al balneario de Cartagena. Era temporada de vacaciones y tuve que resignarme a subir en un añoso bus que ofrecía un servicio no autorizado por las autoridades del transporte público. Sus asientos eran incómodos y pronto se llenó de churumbeles y parejas que portaban bultos con las cosas que transportaban a la playa. Cuando comenzó el viaje aumentaron los gritos de los niños y un hombre de bigotes lacios tomó una guitarra y se puso a cantar una ranchera.

Más tarde, y como si hubiera sido poca la lentitud, el vehículo quedó embotellado en un atasco ocasionado por el choque de dos camionetas. Cerré los ojos y logré dormir hasta que los gritos de un niño, entusiasmado por la proximidad del mar, me despertaron. Frente a mí tuve la imagen de un balneario que escondía sus miserias al amparo de la noche y de las luces que indicaban el paso de largas hileras de vehículos. Por un instante creí ver la fogata de Serón entre el sinfín de luces y recordé que me había despedido de él cuando se aprontaba a quemar las carpetas identificadas con la letra p. La despedida me entristeció, pero conservaba la esperanza de volver a ver al viejo Franklin para decirle que, a diferencia de las carpetas, su vida no había transcurrido en vano.

Bajé del bus y el aire salino inundó mis pulmones. Mientras observaba la descarga de los equipajes, me acerqué a un niño de aspecto sucio que ofrecía sus servicios para transportar maletas; le di una moneda de quinientos pesos y le pregunté si conocía una residencia donde alojar. El niño sonrió y luego me dio unas indicaciones que me sirvieron para llegar a una residencial, donde alquilé un cuarto con vista a la playa grande de Cartagena.

Salí de la residencial y caminé hacia la terraza que bordeaba el mar, a esa hora repleta de gente que paseaba o se detenía a observar a los artistas y vendedores ambulantes que intentaban captar la atención de los veraneantes. No era fácil avanzar en medio del gentío. Los mozos de los restaurantes voceaban sus ofertas a voz en cuello y sus gritos se confundían con el ruido que salía de los locales de juegos electrónicos o de loterías. Me sentía cómodo en medio de esa desatada actividad veraniega, y por unos segundos pensé en olvidar el caso y tomar unos días de vacaciones. Salí de la terraza y entré a un restaurante llamado «La Manzana». El lugar estaba repleto de familias o grupos de amigos que comían merluzas fritas, empanadas de mariscos, curantos, cebiches y mariscales. Pedí un caldillo de congrio y un botellín de vino blanco. Mientras comía saqué las cartas de Barreiro y volví a leer la dirección. Pregunté a un mozo cómo llegar a la casa que buscaba, y me dijo que estaba cerca, a dos o tres cuadras de distancia.

Sin embargo, no toda la suerte estaba de mi lado esa noche, porque luego de beber un segundo botellín, tan pequeño y helado como el anterior, salí del restaurante y me dirigí a la calle señalada por el mozo. El jolgorio veraniego continuaba y en la

playa permanecían algunos bañistas que, a despecho de la brisa nocturna, seguían arrojándose a las olas.

La calle donde debía encontrar a Barreiro o Aspén estaba a oscuras. Intenté reconocer la numeración de la casa y no tuve éxito. Todo lo que había a mi alrededor parecía sacado de una borrosa película de misterio. Oí unos ruidos extraños y de inmediato vi salir a un perro desde el patio de una casa. Por un momento tuve la sensación de estar siendo observado. Miré a mi alrededor y no vi a nadie. Lentamente, a tropezones, logré andar seis cuabras y cuando comprendí que mi búsqueda carecía de sentido, me senté sobre una roca que había a un costado de la vereda y contemplé la negra inmensidad del mar. Por primera desde el inicio la investigación tuve miedo de fracasar.

42

Había tenido un sueño oscuro, del que solo recordaba la presencia de algunas nubes espesas y la amenaza de una jauría de perros que me cercaba junto a un muro de piedras fosforescentes. Al final, salí de la cama y, al tiempo que abría la ventana de la habitación, llené mis pulmones de aire marino. Me di una ducha helada y salí hacia el comedor. Una mujer hosca y malhumorada me dijo que el horario para desayunar había pasado y que a lo más podía ofrecerme una taza de café. Me senté junto a una mesa en la que alguien había dejado abandonado un diario de cuatro días atrás. Hojeé sus páginas, y al llegar a las crónicas rojas leí una noticia que llamó mi atención:

Los escándalos y reyertas protagonizadas por peruanos que residen en el centro de Santiago se han convertido en un problema para la policía. Anoche, cuatro ciudadanos peruanos sostuvieron una violenta pelea con cinco chilenos en la intersección de las calles San Pablo y Bandera. Los peruanos que recorrían el Barrio Chino de Santiago, después de cenar en un restorán especializado en cebiches, polladas y tacu-tacu, vieron interrumpida su diversión cuando se trenzaron en una violenta riña con los chilenos que venían saliendo de uno de los cabarés del barrio. El oficial de Carabineros que comandaba la patrulla que apresó a los camorberos, declaró que los involucrados se encontraban borrachos y que los chilenos, motivados por prejuicios, insultaron a los peruanos. Los del Rímac atacaron a los chilenos y a tres de ellos les provocaron heridas de mediana gravedad. Los agresores, que no poseen visa para estar en el país, fueron aprehendidos y reclusos en la cárcel pública.

Las cosas no andaban bien por mi barrio, pero yo no tenía una varita mágica para luchar contra odios absurdos; solo podía realizar el trabajo que me había llevado hasta Cartagena.

A la luz del día fue fácil encontrar la casa de Barreiro. Era una construcción

ruinosa y de grandes ventanales que miraban hacia la playa. Toqué a la puerta y nadie salió a recibirme. Esperé unos segundos y al ver que a un costado de la casa había un portón que estaba a punto de caer al suelo, entré en el patio que rodeaba a la vivienda. No había señal de moradores. Caminé hasta quedar frente a la puerta que comunicaba la casa con el patio. Probé la resistencia de su cerradura y comprobé que la puerta estaba abierta. Dentro de la casa no había nadie. Recorrí sus habitaciones y en una de ellas reconocí la casaca de cuero que vestía Aspén durante nuestro primer encuentro. Revisé el contenido de sus bolsillos y solo descubrí una moneda de cien pesos. Luego me dirigí a la cocina y junto a un bote de basura encontré una caja de cartón en cuyo interior había una gran cantidad de ropa de hombre. Las prendas eran de una talla elevada; su dueño debía ser el sujeto gordo, extremadamente gordo, al que conocí cuando entré a la pieza en la que había una mesa, seis sillas y un mueble con tres fotos enmarcadas. El hombre gordo aparecía en todas ellas y en diferentes épocas de su vida. En la que se veía más joven estaba junto a una mujer tan obesa como él; en otra tomaba de la mano a un niño de cabellos rubios; y en la última, ya más viejo, aparecía sujetando las riendas de un finasangre.

Al terminar de recorrer la casa comprobé que la habitación de las fotos era la única que se encontraba ordenada. Las demás parecían haber sido víctimas de un registro alocado, tal vez de un ratero o de alguien que tenía mucha prisa en abandonar la casa. Volví a salir al patio trasero y me senté en una banca ubicada junto a la puerta. El patio era extenso, cubierto de pasto y con varios árboles que proyectaban sus generosas sombras sobre una glorieta de madera.

—¿Y ahora qué? —me pregunté en voz alta.

—Esperar, ¿qué otra cosa? —me respondí—. Supongo que Aspén volverá a buscar su casaca o que alguien, en algún momento, vendrá a la casa. Gran parte de mi vida la he pasado esperando que suceda algo que me saque de la rutina. ¿Cuál es la novedad?

Y esperé. Una, dos, tres horas sin que nadie llegara a la casa. Volví a revisar las habitaciones, el contenido de los muebles, la caja llena de ropa; volví a observar las fotos y creí reconocer cierta semejanza entre el hombre gordo y el niño que estaba a su lado. Busqué en la cocina lo necesario para prepararme una taza de té y más tarde, cuando terminé de beber la infusión, me senté otra vez en la silla, a contemplar los árboles que se mecían al paso de la brisa marina, a preguntarme qué hacía ahí y si tanta espera tendría algún resultado positivo. Pensé en abandonar la casa, y cuando me disponía a hacerlo, algo que hasta entonces no había visto llamó mi atención. Al fondo del patio, semicubierto por unos arbustos, existía un montículo de tierra que daba la impresión de haber sido removida hace muy poco tiempo. Intuí o quise creer que finalmente llegaba a la pista que tanto buscaba en los últimos días. Corrí hasta el montículo y comprobé en la tierra restos de humedad. Arranqué un piquete de la cerca que rodeaba al patio, y con el madero a modo de pala, empecé a remover la tierra. No tuve que cavar mucho para sentir que tocaba algo blando; y el resto de

trabajo lo hice con mis manos hasta sentir que mis uñas rasgaban la piel de un rostro en proceso de descomposición. Segundos después ya no tuve dudas. Bajo la tierra que acababa de escarbar estaba el cadáver del hombre gordo que aparecía en las fotos.

Reprimí una arcada y continué trabajando hasta descubrir el cuerpo en su totalidad. Tenía varios impactos de bala en el pecho y llevaba, a lo menos, dos días muerto. Aunque había cometido el error de no pedir a nadie su descripción física, en ese momento tenía la certeza de haber encontrado el cadáver de Francisco Gambino y que en cuanto la policía hiciera su trabajo con las huellas dactilares, estaría en condiciones de cobrar mi apuesta a Sargel.

De pie, y al tiempo que sacaba un pañuelo de mi chaqueta para limpiarme las manos, vislumbré una sombra. Reaccioné tarde y solo conseguí evitar a medias el impacto del madero con el que alguien acababa de castigar mi cabeza. Caí sobre el hombre gordo y el contacto con su cuerpo me hizo reaccionar para evitar un nuevo golpe. Hice rodar mi cuerpo fuera del hoyo y al quedar de cara al cielo, reconocí a Barreiro. Logré apoyar una rodilla en la tierra y miré a mi agresor con la esperanza de adivinar sus próximos movimientos. Dio un paso en falso y aproveché la pausa para ponerme de pie. Noté que su seguridad vacilaba y me propuse intentar el contraataque.

—¿No cree que ya carga con demasiados muertos? —pregunté.

—Uno o dos, da lo mismo —respondió.

—Su memoria no es buena, Barreiro. ¿Olvida a Alberto Coiro y al viejo Encina?

—No los olvido. Si quiere cargar en mi cuenta a todos los muertos que hay en el cementerio, me da lo mismo; no creo que tenga oportunidad de contárselo a nadie —dijo con un gesto de indiferencia, y al tiempo que arrojaba el madero al suelo y me apuntaba con una pistola.

—¿Está seguro que tiene balas? —pregunté, mientras indicaba el cadáver de Gambino.

—Tuve que disparar varias veces. Viejo y enfermo, el desgraciado se resistía a morir. Pero, no se preocupe Heredia, recargué la pistola.

—Al menos deme la oportunidad de conversar.

—No hay nada de qué hablar, Heredia. Usted metió sus narices donde no debía.

—¿Qué pasó con Aspén?

—Confío que a esta hora ya esté en Lima. Se inquietó cuando nos dimos cuenta que usted estaba interesado en él. Le dije que siguiera con su rutina habitual, en el salón de pool y con su trabajo de hombre estatua. Después, cuando usted apareció haciendo preguntas, acordamos que él se iría de Chile por algún tiempo. Uno o dos meses, hasta que las aguas vuelvan a su curso.

—Tarde o temprano la policía va a dar con usted.

—La policía tiene otras preocupaciones y aunque haga cantar a los tipos que detuvo en el salón no descubrirá nada que me involucre. Ellos saben algunas cosas generales, sin importancia.

—Le aseguro que la policía está al tanto de mis investigaciones.

—Miente, Heredia. Solo trata de ganar algo de tiempo. Sin embargo, mi plan es demasiado bueno como para permitir que un intruso lo destruya —dijo Barreiro, y luego, con voz más dura, ordenó—: ¡Métase dentro del hoyo! No quiero darme con usted el mismo trabajo que tuve para arrastrar el cuerpo del viejo.

—¿Por qué no me cuenta cómo mató a Coiro? —agregué, mientras entraba a la improvisada fosa.

—Si tiene ganas de seguir conversando, hágalo con el viejo Gambino.

Estaba pisando el cadáver del tahúr, una compañía que no deseaba para la eternidad. Después todo sucedió rápidamente. Cerré los ojos, y al escuchar la detonación, instintivamente me lancé al suelo y mi rostro fue a dar contra el de Gambino.

—Puede levantarse, Heredia. Ya pasó el peligro —oí que me decían.

Abrí los ojos y vi a Barreiro tendido de bruces en el suelo. La bala le había atravesado el cuello y junto a su cabeza se estaba formando una amplia mancha de sangre. A su lado, con una pistola en la mano, estaba la réplica joven de Francisco Gambino. Me incorporé lentamente y luego ocupé unos segundos en reconocer que seguía con todas las partes de mi cuerpo en sus lugares de costumbre.

El extraño debía medir cerca de dos metros y pesar a lo menos ciento veinte kilos. Vestía un terno gris dentro del cual no parecía sentirse cómodo. Sus cabellos rubios lucían recortados a ras del cráneo y en su rostro había una expresión de satisfacción, como si la escena que lo rodeaba le provocara un gran placer. Se acercó a la fosa y observó el cadáver del anciano.

—¿Usted es hijo de Gambino? —pregunté.

—Me llamo Sebastián Gambino y el muerto es mi padre. Es la cuarta vez que lo veo en mi vida.

Me acerqué a su lado en el momento en que guardaba la pistola en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—¿Se encuentra bien? Tuvo suerte; si demoro un poco más en entrar a la casa, otro gallo le cantaría.

—¿Me vigilaba?

—Vigilaba la casa desde ayer.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Sargel me lo dijo. Al igual que usted, yo andaba buscando a mi padre y también llegué con mis preguntas hasta la tienda de estampillas. Ahí me dio su nombre y luego hice algunas averiguaciones. Al saber que usted era investigador privado y que buscaba a mi padre, decidí seguirlo. Y no me equivoqué. Di con esta casa, y anoche, cuando usted andaba a los tropezones por la calle, quise ayudarlo, pero me arrepentí.

—Parece que hay muchas cosas que usted me tiene que contar.

—Todas las que quiera. Pero antes, ¿no cree que hay que poner algo de orden en

este lugar?

—Usted fue carabinero, ¿no quiere llamar a sus antiguos colegas?

—No —respondió Sebastián Gambino, y noté que su rostro adquiría una expresión dura—. Ellos me despreciaron por culpa de mi padre.

—Tengo un amigo policía al que puedo llamar.

—Hágalo, Heredia. Se lo agradeceré —dijo, al tiempo que me pasaba un teléfono celular que había sacado de su chaqueta.

Llamé a Cardoza, lo puse al tanto de lo sucedido y me pidió que no abandonara la casa antes de que él apareciera con su gente.

—Tendremos que esperar un par de horas —le dije, devolviéndole su celular.

—Suficiente tiempo para contar las historias que usted quiere saber.

—Pudo dispararle en otra parte del cuerpo —dije, al tiempo que miraba el cuerpo de Barreiro—. No es fácil darle a una persona en el cuello.

—En la Escuela de Carabineros me destaqué por mi buena puntería.

—¿Por qué lo mató?

—Solo pensé en disparar. Era él o usted.

—Le debo la vida.

—Estamos a mano, Heredia. Por usted encontré a mi padre y a Barreiro.

43

—Tenía ocho años —dijo indicando la foto donde aparecía de la mano de su padre—. La tomaron un día después de mi cumpleaños. El señor Gambino, que es como le decía mi madre, la llamó por teléfono y le dijo que quería verme. Nunca antes se había acordado de mi cumpleaños. Mi madre me vistió con mi mejor ropa y me llevó al Café Paula de la calle Ahumada, donde él me aguardaba. Es el primer recuerdo que tengo. Me impresionaron su porte, su gordura, el traje de tela azul con líneas blancas que vestía, y los anillos, gruesos y con piedras de colores que llevaba en sus manos. Cuando nos quedamos solos, estuvo mirándome un largo rato, en silencio, como si le costara aceptar que yo era su hijo. Después compró pasteles, una copa gigantesca de helado y me entregó sus regalos: una pistola de juguete y un reloj de pulsera. Me hizo preguntas acerca del colegio y mis notas. Las preguntas típicas que uno hace a los niños. ¿Te gusta el colegio? ¿Cuál es tu materia favorita? ¿Qué quieres ser cuando grande? ¿Tienes muchos amigos? Respondí sin mirarlo a los ojos, y cuando no pude comer más, me llevó a dar un paseo al Cerro Santa Lucía. Ahí nos tomamos la foto.

Creí que me la iba a dar, pero él la guardó en su abrigo y no la volví a ver hasta ahora.

Hablaba despacio, calculando el efecto de cada una de sus palabras. Parecía que su padre era un tema que le incomodaba o que no deseaba revelar sus verdaderos sentimientos hacia él.

—¿Usted no sabía que vivía en esta casa?

—No. Debió cambiarse a este lugar hace unos cinco meses.

—¿Por qué está tan seguro?

—Comencé a buscarlo hace cinco meses, después de la muerte de mi madre. Fui a verlo a su casa en Santiago y me encontré con la sorpresa de que la había vendido. Los nuevos dueños no sabían de él. Después recordé que había realizado sus últimos negocios en el barrio Franklin y comencé a hacer preguntas hasta que llegué al salón de la Gran Avenida. Conocí a Barreiro, pero no me llamó la atención hasta unos días atrás, cuando supe que él era socio del peruano Aspén. Creo que Barreiro nunca supo que mi padre tenía un hijo. Yo al menos no se lo dije, y si él lo sabía debió pensar que podría librarse de mí con facilidad.

—¿Por qué decidió buscar a su padre?

—Deseaba un ajuste de cuentas con él.

—¿Vengarse?

—Nada de eso. Quería reconciliarme con mi pasado. Mal que mal, mi carrera de carabinero quedó trunca por culpa de un hombre al que apenas conocía, pero que era mi padre. Sin embargo, no llegué a verlo con vida. Lo más cerca que estuve de él fue cuando conversé con Alberto Coiro. El muchacho estaba algo ebrio y me dijo que Aspén tenía negocios con alguien llamado Gambino. Fue la primera noticia que tuve de la relación entre Aspén y mi padre. Coiro prometió averiguar algo, pero luego apareció muerto y Aspén dejó de frecuentar el salón de pool. Lo esperé muchas noches y nada. Nunca llegó. Luego recordé algunas historias que me había contado mi madre y busqué a Sargel. Lo demás ya lo sabe, Heredia. A usted lo seguí hasta Cartagena, y aquí estamos, esperando la llegada de la policía.

—¿Por qué cree que Barreiro mató a su padre?

—Supongo que quería robarle o quedarse con el salón de pool.

—Los negocios de su padre nunca fueron muy limpios.

—Mi madre me lo contó cuando cumplí catorce años, y desde entonces acordamos decir que había muerto. También me dijo que ellos se habían conocido en uno de los garitos que él administraba. Nunca lo explicitó, pero imagino que en esa época ella trabajaba de copetinera o algo así. Después de mi nacimiento trabajó de secretaria en una fábrica de pinturas. Me crió con lo que poco que ganaba en ese lugar.

—¿Qué sintió cuando lo expulsaron de su trabajo?

—Rabia, pero no por mi padre, sino por el compañero que se dio el trabajo de explorar en mi pasado para demostrar que buena parte de la historia familiar que

figuraba en mi expediente era falsa.

—¿Seguro que no sintió algo contra su padre?

—¿Adónde quiere llegar, Heredia?

—Simple curiosidad.

—Si algo había aprendido a lo largo de mi vida, era que no podía esperar nada de mi padre —dijo Sebastián Gambino, y una vez más tuve la impresión de que hacía un gran esfuerzo para controlar sus sentimientos.

—¿Cree que Barreiro mató a Coiro?

—Desde luego; lo hizo cuando supo que Coiro podía traicionarlo.

—Me gustaría haber escuchado la versión de Barreiro.

—Y usted, ¿para qué buscaba a mi padre?

—Era la única pista que tenía para encontrar al asesino de Alberto Coiro.

—¿Y por qué le interesaba encontrar al asesino?

—El hermano mayor de Alberto me contrató para dar con el culpable.

—Entonces no le dé más vueltas al asunto, Heredia. Ya tiene una respuesta para su cliente.

—Sí, siempre es bueno tener una respuesta que tranquilice a los clientes —respondí sin entusiasmo, mientras miraba hacia el patio donde estaban los muertos.

Cardoza llegó acompañado por uno de sus hombres y dos detectives de la comisaría del balneario, a los que no les hizo gracia que asesinatos cometidos en su territorio hubieran sido denunciados a la policía de Santiago. Cardoza explicó que era el final de un caso que investigaba en la capital y enseguida debí contar lo sucedido. Los policías locales examinaron los cuerpos de Barreiro y Francisco Gambino, y uno de ellos llamó a su cuartel para pedir una ambulancia y la presencia del equipo de especialistas que tendría a su cargo levantar los cadáveres. Luego nos interrogaron, a Sebastián Gambino y a mí. Cuando estaba a punto de perder la paciencia, los policías decidieron creer mi historia y me dejaron libre con la obligación de ratificar la declaración frente al juez en una fecha próxima. Gambino no tuvo la misma suerte y, aunque nadie dudó de su versión, debió resignarse a pasar una noche en la capacha.

Solo me quedaba volver a Santiago y buscar a Roberto Coiro para darle el último informe de mis indagaciones. Sin embargo, algo en mi interior me provocaba una inquietud que se confundía con el cansancio y mis ganas de volver a los espacios conocidos. En otra ocasión habría tomado unas copas para dar por terminado el trabajo, pero el no haber escuchado la confesión de Barreiro me hacía pensar que la investigación seguía inconclusa.

—¿Qué es lo que le molesta? —preguntó Cardoza. Acababan de levantar los cadáveres y el patio volvía a recuperar su tranquilidad, aunque el perímetro alrededor de la fosa estaba limitado por unas huinchas de plástico.

—El silencio de los muertos —respondí mientras veía salir a los funcionarios con las camillas.

—No entiendo qué quiere decir, Heredia.

—Mario Conde, el protagonista de las novelas del cubano Leonardo Padura, dice que se hizo policía «porque no le gustaba que los hijos de putas se quedaran sin castigo».

—A mí también me habría gustado ver a Barreiro entre rejas. Pero no siempre las cosas son como uno se las imagina. Tampoco olvide que usted pudo ser uno de los cadáveres.

—Afortunadamente Gambino llegó a tiempo. ¿Cuánto tiempo lo tendrán preso?

—No más de una noche. Su testimonio sobre la actuación de Sebastián Gambino es determinante para probar que disparó evitando que Barreiro cometiera otro crimen.

—Las piezas calzan a la perfección. Barreiro carga con los muertos, y el resto, incluido Sebastián Gambino, somos los héroes de la película.

—Creo que usted no me ha dicho toda la verdad, Heredia.

—¿Tienes tiempo para una copa?

—Todo el que quiera. Los cadáveres quedarán en el hospital de San Antonio y a los detectives que me acompañaban les ordené regresar a Santiago.

—Veo que tenía apetito —dijo Cardoza más tarde, al verme rebañar el plato con entusiasmo.

—No tomé desayuno y luego fui a la casa de Barreiro. Necesitaba comer algo.

—¿Qué es lo que quería decirme, Heredia?

—Una pregunta me ha estado dando vueltas y vueltas en la cabeza. Francisco Gambino era un viejo que apenas podía moverse, ¿correcto? Entonces, ¿cómo se explica que el borracho amigo de Encina viera a Gambino la noche en que murió Alberto Coiro?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Voy a decirte lo que pienso, y luego tú me dirás si estoy equivocado.

44

Transcurrió un mes desde la muerte de Barreiro y durante ese tiempo no logré reunir el ánimo necesario para visitar a Roberto Coiro. Algo me hacía dudar de la efectividad de mis pasos en una investigación que la policía archivó rápidamente y sin mayor reparos.

Por las noches soñaba que Alberto Coiro me hablaba, pero por más esfuerzo que hacía, al despertar no conseguía recordar sus palabras. Agotado, sin ganas de conversar con nadie, deambulé por el barrio. No quise aceptar ninguno de los casos

nuevos que llegaron a mi oficina, y debí pedir dinero a Anselmo para sobrevivir. Volví a recorrer el barrio Franklin y los pasillos atestados de gente del mercado persa Bío Bío. Regresé al bar «El Tonel», donde se inició la búsqueda de Alberto, y durante una mañana conversé de nuevo con los cartoneros amigos del viejo Encina. También fui al bar donde trabajaba Violeta y no la encontré. Pregunté dos veces por ella en el estacionamiento donde vivía y en ambas ocasiones me dijeron que no estaba. La soledad me abrazó con ardor y no hice nada por contener sus caricias. Pasé muchas horas sentado junto a mi escritorio, escuchando discos de Chet Baker y Mahler, hablando con Simenon y resolviendo crucigramas. Y pese a que procuraba mantenerme ocupado, la inquietud persistía y las horas parecían especialmente lentas, sin sentido. Días después de mi viaje a Cartagena tuve que declarar ante el juez que investigaba las muertes de Barreiro y Gambino. Repetí de mala gana la historia a un actuario que tecleaba mis dichos sin el menor interés. Salí del tribunal con la sensación de haber escapado de una trampa. Durante aquel mes solo me afeité tres veces, bebí sin entusiasmo y dejé de jugar a las carreras de caballos. Anselmo me habló de la conveniencia de visitar a un psicólogo y yo le menté la madre. Hice muchas cosas y no hice nada. Al final, apoyado en el viejo adagio de que no hay peor diligencia que la que no se hace y que la tincada es la madre de todos los descubrimientos, llamé a Cardoza para recordarle nuestra última conversación en Cartagena. Más tarde, con el hastío pegado a mi piel, conduje mi auto hasta la entrada de «El Audaz».

El salón de pool estaba sorprendentemente cambiado. Su fachada lucía un vistoso letrero de neón y en el interior habían pintado sus muros, colocado nuevas luces y remodelado la barra, que ahora era atendida por una muchacha atractiva. Las mesas de pool lucían rebarnizadas y hasta los clientes parecían otros, menos patibularios que aquellos que había conocido anteriormente. Lo único que no me sorprendió fue ver a Sebastián Gambino sentado junto a una esquina de la barra, pendiente de las jugadas que se producían en una de las mesas. Daba la impresión de haber envejecido y engordado en el último mes, acercándose aún más a la estampa de su padre.

—Veo que mejoraron las cosas —le dije cuando estuve a su lado.

—Un poco de pintura y algunos pequeños cambios —respondió, y luego, con una sonrisa en los labios, agregó—: Me alegra verlo, Heredia. No es bueno dejar abandonados a los amigos.

—No, claro que no. Hace bien recordar los viejos tiempos.

—Tampoco exagere. Nos conocemos hace poco —dijo Sebastián Gambino, y luego indicando un surtido estante de licores colocado tras la barra, preguntó—: ¿Quiere un trago? La casa invita.

—Gintonic. No debe ser malo. La Reina Madre de Inglaterra vivió más de cien años bebiendo gintonic.

Preparó dos tragos y volvió a su lugar en la barra.

—¿A qué se deben los cambios? —pregunté.

—El viejo terminó por reconocer que tenía un hijo. Dos semanas después de su muerte recibí la visita del abogado que llevaba sus asuntos legales. Me dejó como único heredero de sus bienes. Tres casas, varias cuentas de ahorro y este boliche, al que espero sacar utilidades. Barreiro lo había convencido de firmar otro testamento en el que le dejaba sus bienes, pero a última hora cambió de idea y llamó a un abogado.

—Hasta los tipos más duros reblandecen cuando piensan en su funeral. Me alegro por usted, Sebastián. Se nota que aprendió rápido los trucos del negocio.

—Pensé que no era mala idea reflotar el lugar.

—Nunca faltan tipos interesados en golpear pelotas con un palo —dije y después de una pausa que aproveché para probar el gintonic, pregunté—: ¿También remodeló las piezas del fondo?

—No tengo intención de meterme en el negocio de los garitos —contestó Gambino y noté que la sonrisa desaparecía de su rostro.

—Bien pensado, Sebastián. No es bueno tener problemas con la ley.

—Nada como tener las manos limpias. Y a usted, ¿cómo le ha ido en su negocio?

—Mal, pero no me quejo. Hay dos o tres ideas que giran en mi mente y no me dejan hacer nada. Sigo pensando que usted se apresuró en matar a Barreiro; que tal vez pudo hacer algo para reducirlo sin necesidad de disparar.

—¿A qué viene eso, Heredia? —preguntó, serio, como un buda de yeso.

—El finado tenía mucho que decir. He estado pensando en una buena historia y quise venir a contársela por si usted tiene algún dato que aportar. Si me ayuda a encontrar un buen final, tal vez la venda a un amigo que escribe novelas policiacas.

—Espero que sea una historia entretenida.

—Se trata de un hijo despreciado por su padre. El muchacho crece solo, estudia y decide seguir una carrera profesional como policía uniformado. Es su manera de responder al padre que se ha dedicado a los negocios ilícitos. Al ponerse en la acera contraria quiere decirle que es distinto, que no necesitará esconderse de nadie y que hará lo que esté a su alcance para joder a tipos como él. Por un tiempo las cosas le resultan bien; termina su formación y le asignan su primer trabajo.

—Tiene una gran imaginación, Heredia.

—Los méritos no son solo míos. Sucede que tengo un amigo policía, y a él y a mí nos gusta hacer preguntas, sacar la mugre de los rincones, meternos en las vidas ajenas. Es divertido; a veces uno encuentra un hilo en la calle, lo recoge, tira de él y descubre que al otro extremo hay una madeja.

—Déjese de rodeos, Heredia. Termine su historia.

—A nuestro personaje el trabajo le dura solo tres meses. Un subordinado, al que trató mal, presta atención a su apellido; lo relaciona con un viejo pillastre que era famoso en su barrio y hace algunas indagaciones. Los antecedentes familiares de nuestro personaje son más falsos que Judas y el subordinado no vacila en denunciarlo en la oficina del personal. Al personaje lo expulsan de la policía uniformada.

—¿Quién le contó todo eso? —preguntó Sebastián Gambino, al tiempo que hacía un esfuerzo por contener la rabia.

—Alguien que trabaja en la oficina de personal de Carabineros —respondí, sin sacar a colación el nombre de Cardoza. Luego bebí otro sorbo de gintonic.

—¿Cómo sigue su historia?

—El hijo despreciado decide vengarse de su padre. Al principio solo piensa en dar con él y matarlo; pero cuando lo ubica descubre que el padre es un viejo achacoso que apenas reconoce el día en que se encuentra y que por lo tanto no tiene ninguna conciencia del daño causado al hijo ilegítimo. En esa situación, escoge vengarse de otra manera y con la ayuda de un abogado amigo logra que el viejo teste todos sus bienes a su favor. Sin embargo hay un problema. El anciano está siendo engañado por un sujeto llamado Barreiro, quien se hace pasar por su hombre de confianza para seguir administrando el negocio. Barreiro llega a un trato con el hijo y deciden matar al viejo. Después Barreiro se entera de que Sebastián ha preparado un testamento a su favor y pretende impugnar la última voluntad del anciano.

—Si le ofrezco otra copa es posible que haga aparecer marcianos en su historia —interrumpió.

—Hay un abogado que con tal de salvar su pellejo está dispuesto a confesar que fue testigo de la firma fraudulenta del testamento —dije, y luego de vaciar mi copa de gintonic, agregué—: Le acepto la segunda copa, aunque esta vez lo quiero más seco; no sea avaro con el *gin*.

Sebastián Gambino volvió a llenar nuestras copas y mientras él oficiaba de barman presté toda mi atención a las hermosas piernas de la muchacha que atendía la barra. Ella captó mi mirada y sonrió con la suave inocencia de los ángeles que están condenados al infierno. Imaginé que besaba su piel y por unos segundos olvidé el hilo de la historia que estaba contando.

—¿Le interesa? —preguntó Sebastián Gambino al darse cuenta que miraba a la muchacha.

—Tanto como un cuadro de Van Gogh. El problema es que en mi casa no tengo espacio para colgar una pintura de Van Gogh, y tampoco sabría qué hacer con la muchacha después de la primera noche.

—Las cosas pueden ser más simples, Heredia.

—No siempre, Gambino. Por ejemplo, el hijo despreciado de nuestra historia, al que puede llamar Sebastián, al igual que usted, trató de avivarse con Barreiro. Primero, y como no quería aparecer vinculado a los negocios de su padre, le ofreció asociarse en el negocio del salón de pool y su garito clandestino, y luego urdió la idea del testamento para quedarse con todos los bienes del viejo. Barreiro lo descubrió en la movida; ocupó a dos peruanos para robar el testamento desde la casa de Sebastián y se fue a la playa con Gambino, a una casa que su hijo desconocía. Al comienzo todo resultó perfecto, pero luego cometió un error. Regresó a Santiago a buscar el testamento robado por Alberto Coiro. Los dos peruanos se reunieron y fueron a una

casa en el barrio Franklin donde pensaban pasar la noche. Sebastián siguió a los peruanos y no tuvo empacho en matar a Coiro, aprovechando el momento en que Aspén salió a comprar.

—Sus fantasías comienzan a transformarse en delirios —dijo Sebastián Gambino, mientras jugueteaba con los hielos de su vaso—. ¿Tiene algo en qué sostener su historia?

—Antes de morir, Barreiro dio a entender que no era el responsable de todas las muertes.

—Eso no significa nada, Heredia. ¡Basura!

—Basura, como la que recogía el viejo Encina; un borracho que no molestaba a nadie, pero al cual nuestro personaje no tuvo reparos en matar.

—¿Alguna causa para ese crimen? —preguntó Gambino, aparentando una irónica indiferencia.

—Él lo vio entrar en la casa donde estaba oculto Coiro. En su borrachera creyó que volvía a ver a su padre, a quien conocía desde antes, cuando era el rey de los garitos del barrio Franklin. Usted y su padre eran como dos gotas de agua. Lo pensé cuando vi las fotos en Cartagena.

—Solo para seguir con su absurdo juego, Heredia. ¿Tiene alguna forma de probar todo lo que ha dicho?

—El modo como torturó a Coiro y degolló a Encina. Fue el trabajo de un experto; de alguien que ha sido entrenado para provocar dolor y matar —dije, y luego de observar que Sebastián Gambino seguía inmutable, agregué—: Lo que más siento es la muerte de Encina. No tenía nada que ver en el asunto. En cuanto al muchacho Coiro, su error fue amistarse con Aspén y Barreiro.

—No tiene nada. Simples conjeturas; tontas ideas que pasan por su cabeza.

—Tontas ideas y algunas huellas que usted dejó en la casa donde mató a Coiro —dije, y Gambino retrocedió hasta tocar la pared con su espalda. Luego reaccionó lentamente y se acercó a la caja registradora instalada sobre la barra. Intuí que iba a sacar una pistola, miré a mi alrededor y vi a los clientes que seguían jugando a meter las pelotas en las troneras. La muchacha de la barra volvió a sonreír y me pregunté si llegaría a tener la oportunidad de conocer su nombre.

—¿No le parece que hay muchos testigos? —pregunté.

—Tengo la pistola para defenderme de los robos. Puedo decir que usted intentó un atraco.

—Afuera está la policía. El inspector Cardoza está al tanto de todo lo que nosotros hemos conversado.

—Miente.

—Usted no es mejor que su padre. Si usa esa pistola va a terminar peor que él.

—Tienen razón, Heredia. Todo lo que conversamos quedará entre nosotros. Dudo que tenga pruebas en mí contra.

Gambino se apartó del lado de la caja registradora y puso sus dos manos sobre la

barra.

—Su esperanza no vale un céntimo, Gambino.

—El viejo arruinó mi vida —respondió y enseguida comenzó a dar más detalles de su relación con su padre y de los asesinatos que había cometido. Lo escuché en silencio mientras bebía el segundo gintonic. Quince minutos más tarde entró Cardoza, acompañado de dos policías que avanzaron hasta quedar frente a las mesas de juego.

—Los hijos de tigres siempre salen rayados —dije a Gambino y me aparté hasta el extremo opuesto de la barra. La muchacha sonrió y me preguntó por lo que iba a beber.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Pamela —respondió.

Tenía una voz suave y al sonreír se le formaba un hoyuelo en la mejilla izquierda. Cardoza se acercó a mi lado y Pamela se apartó en busca de un cenicero.

—Nuestra imaginación corrió deprisa, pero no nos equivocamos —dije al policía.

—Usted se demoró más de lo presupuestado en la conversación. Por un momento temí que las cosas se complicarían.

—No tenía mucho con qué presionar a Gambino; solo algunas suposiciones y un par de mentiras.

—Hizo un buen trabajo, Heredia.

—¿Hay tiempo para el penúltimo gintonic?

—No esta noche, Heredia —dijo Cardoza y enseguida hizo una seña a sus hombres para que sacaran a Gambino del salón de pool.

—Me gustaría volver, pero dudo que mañana esté abierto este boliche —dije a Pamela que una vez más estaba a mi lado—. No te imaginas cómo me gustó saber tu nombre.

45

—¿Cree que Gambino repita su confesión? —preguntó Cardoza, cuando vio alejarse el auto en el que lo llevaban preso—. Seguramente llamará a un abogado y tratará de desconocer las cosas que a usted le dijo. En todo caso, para un posible testimonio en contra de Gambino, hemos solicitado la detención de Aspén a la policía peruana.

—No lo sé. Tocó fondo en la lucha contra su padre. Lo supo en el mismo momento en que se propuso controlar los negocios del viejo.

—En todo este lío, no entiendo por qué Barreiro se confió tanto.

—Llegó un momento en que el asunto de los testamentos se le escapó de las manos y decidió precipitar las cosas. Barreiro mató al viejo Gambino y después, seguramente, pensaba hacer lo mismo con el hijo.

—Espero que esté en lo cierto —dijo Cardoza. Enseguida, mientras se acercaba a su auto, preguntó—: ¿Qué le va a decir al hermano de Alberto Coiro?

—La verdad. El muchacho tuvo la mala suerte de quedar en medio de la disputa entre Barreiro y Gambino. Además, tengo la impresión que de todos modos iba a terminar mal. La necesidad y la falta de oportunidades nunca han sido buenas consejeras.

—¿Por qué demoró tanto en enfrentar a Gambino?

—Tal vez pensé demasiado en que le debía la vida. Demoré en comprender que él solo hizo el juego que más le convenía.

Cardoza se acomodó dentro del auto y enseguida miró hacia la fachada del salón de pool.

—Supongo que también es el fin de «El Audaz». Ya no quedan muchos salones de su tipo y verlos desaparecer da pena. Buena parte de mi adolescencia la pasé jugando pool y billar.

—¿Quién sabe? Nunca faltan los buitres ansiosos de carroña.

—Usted y yo hacemos una buena pareja de investigadores —dijo Cardoza y, por primera vez desde que nos conocíamos, lo vi sonreír—. ¿No le interesa tener un socio?

—No ando en busca de socio, Cardoza. Pero, si quieres, podemos ser amigos. Y algo más, prefiero que ya no me sigas tratando de usted. Sé que los años pasan, pero no necesito que me lo recuerden a cada rato.

Cardoza volvió a sonreír y luego hizo partir el motor de su auto. A mis espaldas, comenzaban a salir los últimos clientes y al interior del salón, los empleados —dos muchachos y Pamela— se miraban sin saber si debían continuar trabajando o si era mejor cerrar las puertas e irse para sus casas.

No me quedé a esperar. Dispuesto a sostener la conversación que había pospuesto, hice parar un taxi y pedí a su chofer que me llevara hasta el restaurante donde trabajaba Roberto Coiro. Lo encontré afanado en el batido de una enorme fuente de mayonesa que iba creciendo en volumen a medida que sus movimientos se hacían más enérgicos. Aunque se sorprendió al verme entrar en la cocina, siguió en su trabajo hasta que consideró que la salsa estaba en su punto.

—Nunca consigo hacer mayonesa —dije como pretexto para comenzar la conversación—. Siempre se corta y termino con la mezcla en la basura.

—El truco está en no dejar de batir y en que nadie lo mire a uno mientras trabaja —respondió el peruano y, luego de lavar sus manos bajo un potente chorro de agua, agregó—: Imagino que no ha venido a tomar clases de cocina. ¿Alguna novedad respecto a la muerte de mi hermano?

—El asesino de su hermano se llama Sebastián Gambino y en estos momentos

está en las manos de la policía.

La noticia desconcertó a Coiro. Se acercó a un mesón sobre el que había una fuente con papas cocidas y durante unos minutos se concentró en cortarlas a cuadritos, aparentemente ajeno a mi presencia y mis palabras.

—¿Eso es todo? —preguntó finalmente.

—Vengo de presenciar su detención —respondí y luego lo puse al tanto de lo sucedido en «El Audaz».

Coiro escuchó con atención y solo pareció conmovido cuando me referí a las torturas infligidas a su hermano.

—Alberto participó en un robo —dijo, en voz baja, cuando terminé mi informe—. ¿Qué necesidad tenía de hacer eso?

—Usted lo debe saber mejor que nadie; aunque dudo que la respuesta tenga alguna importancia. En lo que a mí respecta, la investigación terminó. Hubiera preferido llegar a otro resultado, pero no soy yo el que reparte la fortuna entre la gente.

—A ese hombre, Gambino, ¿lo van a castigar?

—Espero que sí, aunque no arriesgaría dos pesos en una apuesta. La justicia es lenta y tiene atajos que benefician a los culpables.

—Y solo se trata de la muerte de un peruano.

—De un peruano y algunos chilenos.

—Cuando murió Alberto pensé que conocer al responsable de su muerte me ayudaría a superar la pena. Pero no es así, señor Heredia. Ahora tengo pena y rabia. Pena por mi hermano, y rabia por no haber sabido cuidarlo mejor. ¿Qué puedo hacer?

—Lo que hace toda la gente, vivir y dejar que transcurra el tiempo —dije y comencé a caminar hacia la salida de la cocina.

—¿Cuánto le debo por su trabajo, señor Heredia? —preguntó Coiro.

—Nada. No me debe nada —respondí sin detenerme.

Crucé un salón atestado de mesas y comensales; seguí hacia la puerta de salida del restaurante y me detuve al llegar a la calle. Era una noche calurosa y por algunos rincones de la ciudad afloraba la alegría de las cervezas, fiestas, discoteques y bares. A mi lado pasó un grupo de muchachos que conversaban alegremente en voz alta. Me alejé en sentido contrario del grupo y no paré de caminar hasta que reconocí el colorido pecaminoso de la calle Aillavilú con sus bares y cabarés, sus borrachos dormitando en las veredas, sus putas a la caza de clientes y el quiosco de Anselmo iluminado como árbol de Navidad.

—Todo en paz y en calma —dijo mi amigo al ver que me detenía junto a su quiosco—. A su oficina no ha venido nadie, don; hasta los cobradores se han olvidado de usted. Di de comer a Simenon y dejé sobre el escritorio un par de cartas. Y usted, ¿en qué malos pasos andaba?

—Ajustando cuentas con mi conciencia, Anselmo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Andaba descubriendo el inútil juego de la muerte.

—¡Carajo, don! Usted necesita un buen trago —agregó Anselmo, al tiempo que me pasaba la botella de pisco que guardaba en su quiosco. Bebí un sorbo y de inmediato sentí arder mis entrañas.

—¿Cuándo vas a comprar tragos de calidad?

—Se hace lo que se puede, don.

—Necesito unos buenos datos para las carreras del domingo. Dos o tres caballos que vayan a la pelea. Estoy sin un veinte en la billetera y quisiera hacer una buena inversión.

—Juegue a «Río Bureo» en la séptima carrera, y a «Trablos» en la novena. El dato me lo dio un compadre que trabaja con el preparador de esos caballos.

—Seguiré tu consejo y pasaré a dejarte el dinero que consiga. Cuando tú me haces las apuestas, me va mejor. Ahora voy a dormir; he tenido un día muy pesado.

—¡Cómo se nota que usted ya no es el de antes, don! Un par de años atrás me habría esperado a que cerrara el quiosco para empezar la juerga.

46

—¿En qué piensas?

—Apuestas. En la vida todo es azar, Simenon. Hasta el hecho de que tú y yo estemos juntos es un producto del azar.

—Tu filosofía matinal me aterra, Heredia. Más te vale pensar en un trabajo. En la alacena solo quedan tres sobres de sopas concentradas y una lata de atún.

—Tengo el pálpito de que hoy será un día de suerte.

Abandoné la cama y fui a buscar entre mis libros una vieja edición francesa de *Justine* del Marqués de Sade, con prólogo de Georges Bataille, que había comprado años atrás en una feria de libros usados.

—¿Qué pretendes con esa antigualla?

—Venderla a un precio que nos permita almorzar como príncipes y hacer una adecuada inversión en el hipódromo. También llevaré mi reloj a una casa de empeño.

—Me queda claro que hemos tocado fondo, de otro modo no te desprenderías de uno de tus libros.

—También puedo ofrecer tu pellejo en una peletería.

—Tu humor es detestable, Heredia. Voy a dar una vuelta por el barrio para ver si consigo desayuno —agregó Simenon, y sin más se escabulló por la puerta

entreabierto de la oficina.

Seguí los pasos de Simenon y una hora más tarde logré vender el libro en una tienda de libros usados ubicada en las Torres de Tajamar. El propietario era un conocido con el que solía conversar de cine y literatura. Me pagó un precio justo y con la tranquilidad que me daba tener algunos billetes en los bolsillos, emprendí mi viaje hacia la casa de empeño.

Después de abandonar el reloj en las manos del prestamista, y mientras conducía en dirección a mi departamento, pensé en las apuestas que haría a los caballos indicados por Anselmo. Recordé que tenía una cita pendiente con Sargel. Pese a las dudas del filatélico, había encontrado a Gambino y eso me daba derecho a cobrar los pesos que habíamos apostado. No era mucho dinero, pero la posibilidad de ver su rostro al momento de pagar la apuesta, aseguraba un placer que no estaba dispuesto a perder.

No consideré que Sargel me hubiera reservado una sorpresa hasta que estuve frente a su tienda y noté que algo extraño ocurría en su interior. La vitrina estaba cubierta con hojas de diario y dentro de la tienda un muchacho de nariz ganchuda estaba dedicado a la tarea de guardar en unas cajas las colecciones de estampillas y monedas.

—La tienda está cerrada —dijo el muchacho al verme entrar. Di una rápida mirada a mi alrededor y comprobé que faltaba la vitrina con las monedas de Julio Popper.

—Busco al señor Sargel —dije, sin considerar la información del muchacho, que al oír la pregunta dejó de trabajar y me observó considerando si mi presencia merecía unos minutos de atención.

—Murió hace dos semanas. Tuvo un infarto cardíaco y lo encontraron botado en el mismo lugar donde usted está parado. Soy su sobrino y estoy despejando el lugar. A nadie en la familia le interesa seguir con el negocio del tío Igor. Arrendamos el local y la próxima semana se instala una tienda de ropa para guaguas.

—Lo siento —dije.

—¿Para qué lo necesitaba? —preguntó el sobrino.

—Pasaba a saludarlo. Años atrás hicimos algunos negocios —respondí, pensando que al fin de cuentas ambos habíamos ganado una de nuestras apuestas. Yo había encontrado a Francisco Gambino, y él había muerto sin llegar a saberlo.

—Puedo ofrecerle un buen precio por las monedas o estampillas que le interesen.

—Por ahora no quiero comprar nada.

—Lo que no se venda irá a dar a una bodega.

—¿Y su tío, a dónde fue a dar?

—Descansa en el Cementerio General —contestó el sobrino, al tiempo que guardaba unas estampillas dentro de la caja que tenía a sus pies.

Me despedí del sobrino y luego de recorrer la galería comercial, encaminé mis huesos hacia la calle Aillavilú. Antes de abordar el ascensor que me dejaba frente a la

puerta de mi oficina, pasé a dejar a Anselmo el dinero para las apuestas del día siguiente. El quiosquero guardó los billetes y me entregó una hoja con un recado de Violeta.

—Vino a verlo y como no lo encontró dejó ese mensaje —dijo Anselmo—. Está bien bonita la muchacha. ¿Cómo hace para conseguir esas presas? A su edad y con los kilos que ha ganado en el último año, me parece un milagro que una minita así se fije en usted, don.

—Las muchachas inteligentes buscan experiencia, no solo músculos huecos.

—Yo creo que deben estar algo chaladas. Lo que es a mí, la experiencia no me sirve ni para seducir solteronas bigotudas.

—Paciencia, Anselmo; como dicen las viejas, a nadie le falta Dios.

—No sabe la envidia que me da, don.

—Concéntrate en las apuestas de mañana. Mi destino está en tus manos.

Decidí hacer una última parada en el Touring Bar y al entrar vi al peruano Méndez. Estaba en el mismo lugar de nuestro primer encuentro, en la actitud del forastero que no logra entender cabalmente lo que sucede a su alrededor. Pedí una cerveza y me acerqué a él.

—Estamos predestinados a encontrarnos —le dije a modo de saludo.

—Heredia, mi pata detective —respondió Méndez, sorprendido—. He pensado todo el día en usted. Roberto Coiro me contó que descubrió al asesino de su hermano y quería pasar por su oficina para agradecerle lo que hizo por nosotros. El resultado no fue el que deseábamos, pero saber que el responsable está preso es un consuelo.

—También deseaba un final distinto, Méndez. Pero no puede haber final feliz en una historia que comienza con muertes. Encontrar a un culpable recompone el orden inicial, pero no evita las trizaduras del alma. Nada vuelve a ser igual. Nada nos devuelve a los que perdimos, ni siquiera la justicia, cuando funciona.

—Como sea, se le agradece, Heredia. No estamos acostumbrados a que alguien se preocupe de nosotros.

Bebí un sorbo de cerveza y al igual que Méndez recorrí el bar con la mirada. Los rostros de los clientes, sus risas y conversaciones en voz alta me decían que la vida seguía su curso al margen de los pequeños dramas, y que lo más probable era que al día siguiente o en un tiempo más otro acertijo golpearía a mi puerta con su carga de miserias por descubrir.

—¿Qué hora es? —pregunté—. Dejé mi reloj en una casa de empeño.

—Las ocho. ¿Tiene que irse?

—Tengo una cita y el tiempo justo para una ducha.

—Los peruanos del barrio no nos olvidaremos de usted, Heredia.

—Amigo Méndez, mis problemas con el Perú todavía no terminan.

—¿No? ¿Hay algo más que aclarar?

—Se lo contaré la próxima vez que lo vea.

Entré al rodoviario veinte minutos antes del horario de salida del bus. Junto a los

andenes se arremolinaba una gran cantidad de personas que cargaban bultos y maletas. Me abrí paso a empujones y conseguí acercarme al andén de la Empresa Mercury. Violeta estaba sentada sobre un bulto voluminoso y a su lado tenía una maleta que parecía a punto de reventar por sus cuatro costados.

—Sabía que no ibas a fallar —dijo al verme llegar.

—Me enteré de tu viaje hace dos horas. De lo contrario habría ideado otra despedida. ¿Por qué esperaste el último día para avisarme?

—Elegí verte en el terminal y rodeados de mucha gente. Pensé que así sería más fácil.

—¿Puedo decir algo que te haga cambiar la decisión?

—Debo volver a Lima y si alguna vez cambio de opinión, serás el primero en saberlo. ¿Crees que lo nuestro podía tener futuro?

Pensé en una respuesta y al no encontrarla, me limité a besar los labios de Violeta.

—Yo sí pensé que era posible, Heredia.

—Hagamos el intento —dije y al oír mis palabras sentí algo parecido al miedo.

—No por ahora, Heredia. El bus ya sale y debo subir mis cosas.

Tomé el equipaje de Violeta y lo trasladé hasta el compartimento de carga del bus. Enseguida volví junto a ella y la abracé. Me besó en los labios y en silencio se apartó de mi lado, y sin mirar atrás, subió al bus. Lo demás transcurrió deprisa. El vehículo se apartó del andén y alcancé a ver por última vez su rostro apegado a una ventana.

Encendí un cigarrillo y salí de rodoviario sin saber qué rumbo dar a mis pasos. Algo se había vuelto a trizar en mi interior y el dolor que sentía se unió al de otras pérdidas, tan antiguas como el deseo de tener una mujer entre mis brazos o respirar una bocanada de aire puro junto al mar.

La noche caía sobre Santiago y entre la gente que a esa hora recorría la Alameda mis pasos recuperaron el anonimato de costumbre. Busqué un bar donde rematar la noche con una copa de vino. Recordé un poema de Muñoz Lagos: «De improviso se abre una puerta al golpe del viento y todos nos vemos navegando en un mar de tinieblas rumbo a la embriaguez más espantosa».

47

—No está mal para ser día lunes.

—Hay que reconocer que Anselmo nunca falla con sus datos. Los dos caballos a los que aposté pagaron buenos dividendos.

—Al fin vuelven los bifos y los tallarines a nuestra dieta.

—Una comida de duques y el resto del día para holgazanear —dije en el instante que alguien golpeaba a la puerta de la oficina.

Un hombre flaco, que parecía venir levántadose de la cama estaba al otro lado del dintel.

—Con todo respeto, señor, ¿usted es el detective Heredia? —preguntó, y antes de escuchar mi respuesta, entró a la oficina y se sentó en la silla ubicada frente a mi escritorio.

Me senté frente a él y esperé sus siguientes palabras.

—Con todo respeto, señor Heredia, ¿tendría un cigarrillo que me convide?

Dejé mi tabaco a su alcance y el hombre tomó un cigarrillo y lo encendió con los cerillos que sacó de su chaqueta.

—Con todo respeto. Abarzúa para servirlo —agregó el extraño.

—¿Qué desea? —pregunté de mala gana.

—Con todo respeto, señor Heredia, me dijeron que usted me podía ayudar. En la institución pública donde trabajo se ha cometido un delito. Yo y otros colegas hemos sido amenazados de despido por haber denunciado la existencia de una financiera ilegal.

—No veo en qué pueda ayudarlo. No soy abogado ni conozco la legislación laboral. Denuncien el problema al jefe del servicio o vayan con el cuento a un diario.

—Queremos que usted nos ayude. Con todo respeto, señor Heredia, ¿qué me dice?



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.